



Lola Cooper

★ *Cómo caer
en tus
redes*



Índice de contenido

[Titulo](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Otras novelas de la serie](#)

[Sobre Lola Cooper](#)

Cómo caer en tus redes

Lola Cooper

Título original: CÓMO CAER EN TUS REDES

© 2019 Lola Cooper.

© Imagen de la cubierta: Bigstockphoto

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Esto es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Capítulo 1

Marie terminó de anotar el último tema a presentar en la reunión de contenidos y pulsó el botón de imprimir. Recogió las dos hojas que salieron por la impresora y se dirigió a todo correr a la sala de reuniones de la NBC News Ottawa. Era consciente de que ser únicamente una becaria no la ponía en el lugar idóneo, pero estaba dispuesta a demostrar lo que valía. Iba a ser tan buena reportera que al final del periodo de pruebas le ofrecerían un contrato en toda regla.

—Hola. Parece que somos las primeras —saludó a la secretaria de la sección de deportes.

La llegada del resto del equipo interrumpió la contestación de esta.

—Hoy tenemos prisa —comenzó James, el redactor jefe de los Servicios Informativos—. Kristin, recuérdanos los temas candentes de la semana.

La mujer comenzó a leer las notas tomadas en la reunión previa que tenía con James todos los días.

—Huelga de los controladores aéreos de Toronto y consecuencias en el aeropuerto de Ottawa. Accidente del autobús escolar. Tratar el tema de los controles periódicos a los conductores de este tipo de vehículos. Cómo y cuándo hacerlos.

—Yo creo que en este tema también podríamos hablar de... —comentó Marie.

—Ejem... —carraspeó James, interrumpiendo de este modo su opinión—. Kristin, puedes continuar.

—Se abre una nueva unidad coronaria infantil en el Hospital General: «Una nueva oportunidad para nuestros pequeños» —recitó el titular—. Disminuye el consumo de cocaína en el país, pero aumenta el de drogas sintéticas. Más de cinco millones y medio de canadienses tienen como lengua materna una distinta al inglés o francés. Esto es todo lo apuntado.

—¿Nuevas sugerencias?

Las ideas comenzaron a surgir en cuanto James soltó la pregunta. Aquella era una de las cosas que más le gustaban a Marie del trabajo de periodista: cómo crear noticia a partir de ideas sueltas.

Ella levantó la mano en seis ocasiones, pero James siempre daba paso a Martha, Kevin, Sally, Stephen, Allyson, Peter, Ivan, Jennifer o Andrew. Por una u otra razón, las ideas de Marie seguían quedándose en el papel; nunca conseguía compartirlas.

Kristin no hacía más que escribir: tanto los temas que sus compañeros comentaban en alto como las apreciaciones de James y el enfoque acordado para cada una de las noticias.

—Tenemos veinte temas para esta semana —resumió Kristin media hora después.

—Perfecto. Es suficiente. Buen trabajo, chicos —concluyó James, levantándose de su asiento.

La reunión había finalizado y ella no había podido abrir la boca.

—¿Ya está? —preguntó en alto—. ¿No vamos a hablar de los deportes?

—Ruth MacDouglas se ha puesto enferma. La reunión de deportes la haremos mañana, cuando se haya recuperado.

—¿Y si no se recupera en un día? Ayer ganaron los Ottawa Owls contra los Knicks en Nueva York. No podemos dejar pasar la oportunidad de hablar de la victoria del equipo local contra uno de los grandes de la NBC estadounidense.

—La noticia saldrá en el informativo de mediodía. No te preocupes.

—Podemos sacar mucho más partido a esa victoria que un mero comentario a la puntuación obtenida o las faltas personales cometidas por Bruce Ross, Sergio Ríos o Erik Visenko—. Marie evitó el nombre de Matt Storm a propósito.

El comentario captó ¡por fin! el interés de James, que se sentó de nuevo.

—¿Qué propones?

—Una entrevista, pero no a los jugadores del equipo.

—Te escucho.

Esas dos palabras envalentonaron a Marie. Era la primera vez que James la tenía en cuenta. Y no iba a perder aquella oportunidad.

—Iremos a la cabeza del equipo. Propongo entrevistar al dueño de los Owls: a Scott Truman.

—Truman no concede entrevistas. Ya conoces su máxima.

—«Hable con mi secretaria y, después, ya veremos». Y ese después nunca llega. Lo sé. Pero lo conseguiré. Conozco a alguien dentro del equipo que me dará acceso a Truman.

—¿El nombre del contacto?

De nuevo evitó mencionar a Matt Storm.

—Eso es lo de menos.

La estrategia dio resultado porque James sonrió.

—Marie, ¿no?, ese es tu nombre.

—Marie Lovefield. Sí, señor.

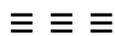
—Lovefield, mañana quiero la fecha de la entrevista.

—Tendrá algo mejor: tendrá la entrevista entera.

—Marie Lovefield, si prometes algo, tienes que cumplirlo o perderás toda tu credibilidad ante mí. Y ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad?.

—No, señor.

—Bien, estamos de acuerdo entonces. Consigue esa entrevista.



Se había comprometido a tener la entrevista. Y James la tendría. Aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo. Bueno, en realidad sí, pero todo pasaba por un nombre: Matt Storm, el alero más joven de los Ottawa Owls, una de las promesas deportivas en alza de la ciudad, íntimo amigo de su hermano Paul.

—Y el metomentodo más metomentodo del mundo —masculló con los ojos puestos en una de las puertas del estadio que engullía a los aficionados, emocionados por ver de nuevo ganar a su equipo.

Lo cierto es que cuando le aseguró a James que conseguiría la entrevista no había pensado precisamente en abordar a Truman en el estadio, fuera como fuera. Había probado primero el modo tradicional. Se había puesto en marcha nada más salir de la reunión aquella misma mañana y diez minutos después ya se había chocado contra un muro; una pared de hormigón llamada Silvia Peters, secretaria personal y perro cancerbero de Scott Truman, de la que únicamente había podido conseguir un: «El señor Truman no concede entrevistas. Pasaré la solicitud a su gabinete de prensa».

—Muchas gracias por su interés, señora Peters —farfulló una burla hacia la «eficiente» secretaria del dueño de los Owls una vez hubo colgado—, pero no tengo tiempo para esperar a que su gabinete de prensa me haga esperar. Necesito esa entrevista y la necesito ahora.

A lo lejos vio llegar un autobús del que empezaron a salir seguidores de los Owls. Con decisión se dirigió hacia aquel grupo y se colocó detrás de cuatro mujeres. Nadie se fijó en ella, salvo una de las mujeres, que miraba con insistencia los tacones de más de diez centímetros. Las demás siguieron la dirección de sus ojos y luego todas cuchichearon entre risitas. «Que os den», se dijo. Por supuesto, era muy consciente de que no era el calzado más adecuado para ir al estado, pero lo necesitaba para enfrentarse a alguien como Scott Truman. Se agarró con fuerza al asa del bolso donde guardaba una pequeña cámara de vídeo de mano, por si acaso. Y sin dejar traslucir sus nervios, avanzó hacia el control de acceso que tenía a unos metros.

Si sus compañeros de la redacción se enteraban de sus planes para abordar a Truman, se reirían de ella en sus propias narices, por ingenua. Así que decidió ir de incógnito, sin acreditarse como periodista. Ella tenía sus propios métodos, y nadie tenía por qué enterarse de ellos, tanto si fracasaba como si lo conseguía. Claro que si lograba esa entrevista, callaría más de una boca.

Aunque se habría ahorrado unos cuantos dólares si le hubiera pedido a Paul una entrada para el partido. Con seguridad tendría una. Matt Storm tenía muchos defectos, algunos que Marie odiaba, como ejercer de protector con ella a todas horas, pero había que reconocer que era un hombre generoso con sus amigos.

Los guardias de seguridad revisaron los bolsos de las cuatro mujeres que iban delante de ella y, a continuación, ella abrió la cremallera del suyo y ofreció al hombre que iba a revisarlo la mayor sonrisa del mundo. Este escudriñó el interior: pañuelos de papel, monedero pequeño, la cámara, el teléfono móvil, pintalabios y bolsita de higiene bucal. Nada que no llevaran las cientos que mujeres que se morían por los huesos de los jugadores de los Owls.

—Puede pasar —le dijo y la dirigió hacia el control de entradas, un par de metros más allá.

Cerró el bolso con decisión mientras se acercaba allí y, con la misma decisión, pasó por delante sin detenerse.

—¡Señora, señora! ¿Su entrada? —le preguntó una chica con aspecto de ser tan becaria como ella.

Marie se detuvo con expresión de auténtico desconcierto y señaló a las cuatro mujeres que habían pasado antes que ella.

—¿No se la han dado mis amigas? Las llevaban ellas.

—No, me han entregado cuatro, ni una más.

—¿Cómo? —preguntó con cara de susto—. ¡Chicas, chicas! —gritó a las mujeres que subían ya las escaleras de acceso a las gradas—. ¡Chicas! ¡Voy a buscarlas!

Y salió corriendo dejando a la joven incapaz de reaccionar ante la imposibilidad de abandonar su puesto.

Subió las escaleras como una loca y en el piso superior, corrió hasta el vomitorio siguiente, para evitar quedarse en la zona que correspondía a la puerta por donde se había colado. De esa manera, si la chica mandaba a alguien de seguridad a buscarla, le sería más complicado localizarla. Por ese mismo motivo, se quitó el abrigo y se lo colgó bajo el brazo.

Localizó el palco de las autoridades no demasiado lejos del lugar donde se encontraba. A pesar de no haber estado nunca en el estadio de los Owls, había estado acertada en la puerta por donde debía colarse. Disimuló. Se sentó por aquí y por allí ocupando distintos asientos, que abandonaba con una sonrisa cuando aparecían sus propietarios. A punto de empezar el partido localizó un par de asientos vacíos y ocupó uno de ellos.

El tiempo se le fue en localizar a Scott Truman mientras los jugadores se disputaban las pelotas en la cancha y en revisar los accesos a las dependencias de los jugadores y del resto de la plantilla durante las pausas. Al terminar el tercer cuarto se acercó a la puerta de acceso del pasillo que conectaba con los vestuarios y se esforzó por entablar conversación con Nancy, una simpatiquísima limpiadora, con un enorme carro de limpieza, que estaba deseando contar cuál de todos los jugadores era el más encantador y tenía los mejores músculos.

—¡Me encantaría conocerlos! ¡Nancy, por favor, necesito hacerme una foto con ellos! ¿No podrías colarme dentro? ¡De verdad, necesito conocerlos, lo necesito! —Marie insistió al ver que la mujer titubeaba, poco convencida—. Podría esconderme en tu carro y salir luego, sin que nadie me viera. ¡No diré nada de cómo he entrado, de verdad, lo mantendré en secreto! No pasará nada. Simplemente me echarán cuando me encuentren. Nunca, nadie sabrá que tú me has ayudado. ¡Por favor! ¡Nancy, por favor!

La convenció con sus ruegos. Y con un billete de cincuenta.

Fue un paseo corto que recorrió entre toallas mojadas y malolientes, que habrían hecho el delirio de muchas de las fans de Ross, Visenko, Ríos, Teopolus y de... prefirió no pensar en Matt acosado por una veintena de mujeres.

—Puedes salir —susurró Nancy—. Esto es seguro.

Estaban junto a una puerta. Cuando Marie consiguió descolgarse del contenedor de ropa, no tuvo tiempo ni de pensar.

—¡Vienen! —gritó Nancy.

Y de un empujón, la metió dentro de... Miró a su alrededor... Taquillas. Estaba... Bancos. Ropa deportiva por todas partes. Estaba... Duchas... ¡Nancy la había metido en el vestuario de los jugadores! Miró el reloj al tiempo que una potente sirena seguida de un aullido generalizado resonó en el estadio. El partido había terminado. En menos de dos minutos la descubrirían y la echarían de allí sin tener la posibilidad de acceder a Scott Truman. Con el agravante de que, además, su nombre encabezaría la lista negra de periodistas *non gratos*. Nunca conseguiría la entrevista prometida a James. Sería el fin de su no iniciada carrera.

Miró a todas partes, pero no encontró ningún lugar donde esconderse. A punto estuvo de meterse en la ducha colectiva, pero en el último instante, tuvo el acierto de pensar que sería menos humillante si los jugadores la descubrían antes de que se hubieran desnudado. Al final decidió hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio: abrió la puerta para largarse y se dio de bruces con un pectoral sudoroso.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Dylan, ¿crees que nos hemos equivocado de lugar?

—Eso parece, colega.

Marie miró para arriba; tuvo que mirar muy pero que muy para arriba para reconocer la caras de Ríos y de Teopolus.

—Ejem. Perdón —se disculpó ella, al tiempo que empujaba al primero ligeramente para sugerir que le cediera el paso.

Pero, al parecer, ninguno era de los que entendía una sugerencia; no se movieron.

—¿Buscabas a alguien?

—Sí. No. Bueno... Ha sido una equivocación. Si me lo permitís, quisiera pasar.

—Sergio, ¿no ves que no ha venido por ti? —bromeó Teopolus—. Déjala marchar. Esta pequeña no sabe lo que se pierde.

Ambos se apartaron a un lado y Marie aprovechó para escabullirse fuera del vestuario. El resto de los jugadores aparecieron de repente. Marie avanzó entre ellos, a contracorriente, hasta que se topó con la única persona que estaba dispuesta a evitar en aquel vestuario: Matt Storm en persona.

—¡Marie, ¿qué haces tú aquí?!

—Así que esta pequeña ha venido por ti —exclamó un Ríos divertido.

—¡Cállate, Sergio! —Matt la cogió del antebrazo y la introdujo de nuevo en el vestuario del que acababa de huir—. ¿Qué haces aquí? Sabes que esto es zona prohibida. ¿Cómo has conseguido entrar?

Marie abrió la boca, dispuesta a explicarse pero él la cortó antes.

—No me lo digas, no importa. No pasa nada. Lo importante es que nadie sepa que estás aquí.

—¿Cómo que nadie? ¿Y nosotros? —inquirió Teopolus, burlón.

—Vosotros no habéis visto nada. Esta chica no ha estado nunca aquí. Y como alguien se vaya de la lengua, os las veréis conmigo. ¿Habéis entendido? Y ahora tú...

Y allí estaba Matt Storm, el mejor amigo de su hermano, el chiquillo que frecuentaba su casa desde que eran niños, el que trepaba a los arces mejor que nadie a pesar de su tamaño, el hombre del que estaba enamorada desde que era una niña, haciendo lo que siempre hacía y lo que ella más odiaba: encubriéndola. Protegiéndola de todo y de todos; tratándola como una cría; mirándola como la hermana pequeña de Paul, como la eteerna hermana pequeña.

Y no estaba dispuesta. Se dio media vuelta, dejándolo con la palabra en la boca.

—¿Adónde te crees que vas?

—A entrevistar a Scott Truman, que es lo que he venido a hacer.

—Que has venido a... ¿qué?

—A en-tre-vis-tar a Scott Tru-man pa-ra mi tra-ba-jo. ¿O es que no me has o-í-do?

—¿Tienes una cita con él?

—La tendré si puedo encontrarlo.

—Es decir, no tienes una cita. Te acompaño —se ofreció él amablemente.

—Eso, ni hablar.

—Será lo mejor. Sé dónde localizarlo y tendrás más posibilidades de que te atienda si yo...

—¡Ni hablar! ¡Ni ha-blar! —Le clavó el dedo índice en los duros abdominales—. ¿Me has oído, Matt Storm? Tú no me vas a acompañar y yo no voy a conseguir esta entrevista gracias a ti, sino por mí misma —le espetó.

Extrajo del bolso la cámara que llevaba y se alejó de él taconeando, subida en sus diez centímetros de aguja.



En el vestíbulo del estadio apenas quedaba ya nadie más que algún rezagado y un par de cámaras de televisión que esperaban la salida de los jugadores. Nadie la había detenido en su deambular por las instalaciones, a la caza y captura de su oportunidad. Una vez fuera del vestuario la habían confundido con los periodistas acreditados.

Marie estaba a punto de desistir cuando lo divisó al fondo, al salir del ascensor.

—¡Señor Truman! ¡Disculpe, señor Truman!

Scott Truman se separó con rapidez de la rubia policía que se rumoreaba iba a convertirse pronto en su esposa.

Marie corrió hacia ellos con torpeza, cámara en mano.

—¿Me podría responder a unas preguntas? Soy Marie Lovefield, para la NBC.

—Lo siento, señorita, pero tendrá que gestionarlo a través de mi jefe de prensa —le cortó el propietario de los Owls, que enlazó su brazo en el de su prometida y continuó el camino hacia la salida.

Marie los persiguió con un taconeo nervioso.

—Por favor, serán solo un par de preguntas para el programa *Triples canastas*. Seré rápida, se lo prometo. Por favor, señor Truman —suplicó.

—En otro momento, de verdad —dijo él sin volverse siquiera—. Ahora tenemos un poco de prisa.

Su novia le dedicó una mirada compasiva. Se notaba que le daba pena el desplante que le estaba haciendo el presidente de los Owls. A Marie le cayó bien aquella chica.

—¡Eh, Truman! —Esta vez, Scott sí se detuvo. Conocía esa voz. Se giró para ver a Matt Storm venir hacia ellos a grandes zancadas. La señaló a ella con un gesto y dijo—: Es Marie, una amiga de la familia. Me harías un gran favor si pudieras contestar a sus preguntas...

—¡Eh! ¿Se puede saber quién te ha pedido ayuda, Matt Storm? ¡Yo puedo hacer sola mi trabajo! —exclamó Marie indignada, dándole la espalda para dirigirse a Scott en tono muy digno—. No se preocupe, señor Truman. Solicitaré la entrevista a su jefe de prensa.

—Hágalo señorita...

—Lovefield. Marie Lovefield para el programa *Triples canastas*.

—Marie Lovefield. De acuerdo. Será un placer responder sus preguntas en un lugar más tranquilo.

Storm dio dos pasos atrás con un bufido. Scott Truman y su novia sonrieron a la vez.

—Muchas gracias, señor Truman. —respondió ella, y según se alejaba, se dirigió a su supuesto «protector»—: ¡Aléjate de mí, Matt Storm! ¡No necesito la sombra de mi hermano sobre mi cabeza!

Capítulo 2

En cuanto se cerraron las puertas del ascensor de su edificio, Marie se apoyó contra el espejo con un largo suspiro. Estaba agotada por la tensión acumulada durante la jornada. Y el dolor de pies la estaba matando. Despacio, se bajó de los tacones de diez centímetros que le había prestado Sheila Murray, la redactora que cubría los partidos de *football* americano.

Esa mañana, cuando le dijo que se marchaba al estadio de los Owls a la caza de una buena entrevista, su compañera de redacción rodó el sillón hacia su sitio y se inclinó de medio lado para mirarle los pies bajo la mesa.

—No puedes ir con eso —sentenció, señalando las preciosas bailarinas con estampado de leopardo que lucía ese día.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a mis bailarinas?

—¿En serio quieres parecer un tapón en las entrevistas, cuando te pongas junto esas columnas de hombres kilométricos? Eso por no hablar del encuadre de la imagen... —La ceja derecha de Sheila se elevó hasta dibujar un arco perfecto sobre sus ojos azules. De un impulso, regresó a su mesa, abrió la última gaveta de su cajonera y sacó un par de zapatos con un tacón infinito, en color azul eléctrico—. Te voy a hacer el mayor favor que te hará nadie, nunca, jamás, en este programa: te voy a prestar mis All-Starlet, edición especial *Mundo Basket*.

Marie miró alternativamente los tacones y a su compañera, sin salir de su asombro. Jamás se había subido a unos tacones de esa altura y no creía poder hacerlo en ese instante. Intentó balbucear alguna excusa convincente sin mucho éxito.

—Deja de mirarme como si hubieras visto a la niña del exorcista y pruébatelos —insistió Sheila—. Cuando te veas allí, rodeada de esos chicos «vitaminados y mineralizados», te sentirás en deuda conmigo el resto de tu vida. ¿O prefieres acabar escribiendo chistes malos para el presentador del

talent show Duelo de voces?

¿Chistes malos para un...? ¡Ni hablar! Su sitio estaba ahí, en la trepidante información deportiva; en pelearse a codazos por la mejor posición para enchufarle el micrófono al capitán del equipo de turno; en escalar el Himalaya, si hiciera falta, para captar la emoción del máximo esfuerzo humano, en...

—¿Se puede saber a qué demonios esperas, Marie? Como no te des prisa, el jefe te va a endosar la tabla de resultados de la liga de hockey para el informativo deportivo y te aseguro que no hay nada más aburrido que teclear numeritos dentro de un excel. ¡Baja de las nubes y cálzate estos malditos tacones!

Bueno, tal vez su trabajo en la redacción de *Triples canastas* no fuera todavía como ella se lo había imaginado, pero lo conseguiría.

Pero mientras eso ocurría, se quitó sus cómodas bailarinas e introdujo el pie en esos zapatos imposibles, con cuidado de mantener el equilibrio. Sus dedos se deslizaron por la empinada pendiente de la suela hasta tocar la punta y comprobar que le sobraba medio dedo en el talón, pero no eran tan incómodos como imaginaba. Dio unos cuantos pasos frente a Sheila y... guau. La redacción al completo se veía distinta desde esa altura: menos intimidante, más manejable. Era increíble lo que podía lograr un simple tacón en el ánimo de una chica cualquiera.

—Me los llevo. Te los devolveré mañana, sanos y salvos.

—Más te vale, Lovefield. Son los únicos que tengo.

Lo que sin duda fue un gran acierto al verse frente a esas torres de Ríos y Teopolus —sí, le debía una grande a Sheila—, se convirtió en una horrible tortura conforme avanzaba el día. A las siete de la tarde, cuando el taxi le dejó frente al portal de su edificio, apenas podía caminar sin sentir mil alfileres clavados en la planta de los pies. Si no se quitó los zapatos en el portal de su edificio fue porque se cruzó con la señora del sexto, siempre tan amable y parlanchina, y su perro, un caniche blanco que parecía obsesionado con frotarse contra su pantorrilla. Se desembarazó de ella lo más rápido que pudo para correr hacia el ascensor. Tras la larga pero fructífera jornada laboral, estaba, al fin, en casa.

—¡Ya estoy aquí! —gritó, al entrar. Por pura precaución, más que nada, porque no era la primera vez que pillaba a Tiffany, con su novio, en plena maratón sexual en el salón.

Permaneció unos segundos inmóvil en el recibidor, con los zapatos en una mano y las llaves en la otra. No se oía ni una mosca. Dentro del apartamento

reinaba un completo y maravilloso silencio. Y no solo eso: adherida a la pantalla del televisor encontró un post-it con un mensaje de su compañera de piso:

«Estoy camino de Vancouver debido a una emergencia familiar. Estaré fuera tres o cuatro días. Cuida de Memphis en mi ausencia, por favor. Recuerda que no le gustan las cucarachas; dale solo grillos, moscas y saltamontes. Te llamaré en cuanto pueda. Besos, Tiffany».

Marie buscó entre la frondosa vegetación del terrario a Memphis. Le costó un rato dar con él hasta que lo distinguió dormitando sobre una rama. Su piel verde se había oscurecido para confundirse con el verde del ficus.

—Así que hasta los camaleones tenéis vuestros caprichitos, ¿eh, Memphis? —le dijo, mientras se bajaba la cremallera del vestido que llevaba puesto. El reptil abrió de repente sus diminutos ojos oscuros y realizó un movimiento circular hasta enfocarla. Marie sonrió. Desde que se instaló en ese apartamento con Tiffany, había tenido la sensación de que entre Memphis y ella había mucha química—. Estamos solos tú y yo, amigo. Esta noche, te daré ración doble de grillos, para celebrarlo.

El camaleón desplegó un par de veces su lengua veloz, como si ya se relamiera. Señal inequívoca de que lo había entendido, pensó Marie, camino de su habitación.

Lanzó el vestido sobre la cama, se quitó las medias negras con cuidado y las anudó para echarlas a la lavadora. Después de darse una relajante ducha, se puso la vieja sudadera de los Canadiens de Montreal, el equipo de hockey de su ciudad natal, se enfundó unas mallas rosas y unos gruesos calcetines de lana, y se dirigió a la cocina. Estaba hambrienta.

Acababa de abrir la nevera cuando sonó el timbre del telefonillo.

—¿Quién es?

—Marie, abre. Soy Matt.

—¿Matt? ¿Qué Matt? No conozco a ningún Matt —respondió ella, sin la menor intención de abrir. Seguro que su hermano Paul le habría pedido que le hiciera una visita de «reconocimiento»—. Lo siento, se habrá equivocado.

—Marie, no seas cría. ¡Ábreme, por favor!

—¿Cuándo has hablado con Paul por última vez? Y si me mientes, lo sabré, Storm.

Al otro lado del interfono oyó mascullar un taco antes de volver a escuchar la voz del insoportable «mensajero fraterno».

—Me llamó ayer por la tarde.

—¿Ayer? Pero si esta mañana me ha dicho que habló contigo el lunes pasado, hace tres días.

—Y es cierto, me llamó el lunes. Y el martes. Y el miércoles. Y ayer.

Lo iba a matar. O peor aún: le amenazaría con colgar en Instagram la foto que tenía del día en que se durmió en la hamaca con un helado de vainilla en la mano, se le cayó encima y ni se enteró. Esa sería su muerte social entre las chicas de Saint-Jean-sur-Richelieu, el pueblo donde vivía.

Y ahora en serio: ¿En qué pensaba su hermano? ¿Cuándo conseguiría demostrarle que ya no era una niña, que había cumplido veinticuatro años, que había terminado la universidad, tenía un trabajo y una vida propia? ¿En qué momento la trataría como una adulta responsable?

Siempre estuvieron muy unidos, pero desde que murieron sus padres en un accidente de tráfico doce años atrás, su hermano Paul maduró de la noche a la mañana y asumió un papel mucho más grande del que le correspondía a sus dieciocho años recién cumplidos. Se hizo cargo de ella como tutor. Se preocupó de sus estudios, de su alimentación, de la salud, de la ropa que se ponía cuando salía con sus amigas y de los sitios a los que iba.

A veces, Paul podía ser muy pesado; pero la mayoría de las veces era el mejor hermano del mundo y ella lo adoraba. Fue él quien se empeñó en que debía ir a la universidad; no solo porque era buena estudiante, sino porque eso era lo que sus padres habrían querido. Le ayudó a elegir la carrera y la acompañó a la universidad de Ottawa, donde fue aceptada. Y mientras ella estudiaba en la capital, Paul montó un taller de motos en la localidad donde habían vivido desde pequeños, Saint-Jean-sur-Richelieu, muy próxima a Montreal. El plan era que cuando Marie terminara sus estudios, buscaría trabajo en Montreal, regresaría a casa con Paul e iría cada día a trabajar desde allí.

Sin embargo, todo cambió el día en que uno de los profesores de Marie le ofreció trabajar como becaria en la NBC de Ottawa. ¿Cómo iba a renunciar a eso? ¡No podía! Por más que se lo intentó explicar a Paul, no lo entendió, así que, al final, no le dejó otra opción: le dijo que había encontrado un apartamento compartido con una compañera de la universidad y que se quedaría en Ottawa, al menos mientras durara el contrato con la NBC. Luego, ya verían. Y desde entonces, Marie debía soportar las continuas intromisiones en su vida de su hermano y de Matt, el «amiguito del alma» de su hermano.

—Marie, por favor. Ábreme —insistió Matt—. Solo quiero hablar. Te

prometo que no informaré de esta visita a Paul.

Ella se tomó su tiempo para pensarlo.

—¿Lo juras?

—Te lo juro sobre el emblema de los Canadiens.

—¡Pero si tú desprecias el hockey!

—¡De eso nada! Yo despreciaba a esa panda de jugadores quebrantahuesos que no hacían honor ni a su club ni a la camiseta que llevaban.

Ya sabía a quiénes se refería. Y aun así...

—De acuerdo. Pero nada de fotos con el móvil a mi apartamento, nada de husmear en mi habitación ni en la nevera. ¿Entendido?

—¡Eh! ¿Por quién me has tomado?

—Por Matt Storm, el amigo más leal y estúpido de mi hermano — respondió ella apretando el botón del interfono. Después de soltarlo, añadió en voz baja para sí—: Y el más insufriblemente guapo también; todo hay que decirlo.

Razón por la cual corrió al baño a arreglarse el pelo recogido en un moño casual y untarse de brillo los labios.

El timbre de la puerta sonó dos veces. Marie entreabrió la puerta despacio y se apoyó en el canto, impidiéndole el paso. Le llegó una ráfaga del perfume fresco que él utilizaba, pero contuvo la respiración y se obligó a observarlo con expresión indiferente. Lo cual no fue nada fácil: verlo ante ella, plantado ante su puerta con la preocupación reflejada en cada rasgo de su rostro rectilíneo, con el pelo castaño ondulado cayéndole sobre la frente, vestido con un ceñido jersey de lana que marcaba sus hombros y esas largas piernas enfundadas en unos vaqueros impecables... Dios mío. Parecía un auténtico dios griego. Un Apolo inalcanzable para una simple y diminuta mortal como ella.

—¿Qué quieres?

—¿No me vas a invitar a pasar? ¡Venga ya, Marie! Si alguien me ve aquí y me reconoce puede ocurrir dos cosas: que me pida un autógrafo y avise a todo el edificio de mi presencia, lo cual, hará que tu rellano se convierta en un infierno, o que no me reconozca, piense que soy un acosador y llame a la policía. No sé qué es peor.

Justo en ese instante, ambos escucharon un portazo y el zumbido del ascensor en marcha.

—Pasa, me has convencido. —Marie se echó a un lado—. Y ahora,

desembucha: ¿A qué has venido?

Matt entró de dos zancadas y se quedó quieto en el recibidor, con las manos en los bolsillos de su pantalón, a la espera de que Marie le diera paso hacia el interior de la casa.

—Solo quería disculparme por lo ocurrido esta tarde con Scott —dijo con un mohín adorable que le borraría a besos. Pero no. Debía mantenerse firme, así que puso cara de póker—: Tenías razón, debía haberte preguntado antes si necesitabas mi ayuda.

Eso sí que era adorable de verdad.

—Vaya. Pues... disculpas aceptadas. Me has pillado a punto de cenar. ¿Tú has cenado ya? Marie pasó por delante de él y se dirigió hacia la cocina.

—He picado algo en el club.

—De todos modos, no tengo gran cosa. Mi compañera de piso ha tenido que regresar unos días a su casa en Vancouver y no hay demasiado en la nevera.

—¿Estás tú sola en el apartamento? —preguntó él con tono preocupado.

Mala señal. A Matt le iba a faltar tiempo para enviarle un mensaje a su hermano advirtiéndole de los mil peligros que acechaban a una chica sola en un apartamento del centro de la ciudad. Marie se detuvo en mitad de la cocina, se volvió hacia él con gesto decidido y clavó el dedo índice en su pecho al tiempo que le advertía:

—Sola, no. Estoy con Memphis. Los dos estamos muy a gusto y tranquilos en este apartamento.

Matt clavó en ella sus ojos verdes y la miró fijamente.

—¿Quién demonios es Memphis?

Ella sonrió y le indicó con un gesto el terrario del camaleón. Desde su incommensurable altura, Matt se inclinó sobre el terrario y echó un vistazo al animal con auténtico interés. Memphis dormitaba de nuevo, pero su cresta puntiaguda se erizó ante la proximidad de un extraño.

—Es más peligroso de lo que parece —le avisó Marie.

—Seguro que sí —se burló él.

—Matt, te lo advierto: como se te ocurra decírselo a mi hermano, te haré la vida imposible. Todavía tengo mis recursos secretos para defenderme de vosotros dos, no me tientes. Acuérdate de lo que os ocurrió en la fiesta de Colleen Smith...

La expresión de Matt cambió inmediatamente: estaba claro que lo recordaba. Paul y él se habían vestido como dos pinceles para la ocasión,

convencidos de que iban a triunfar entre las chicas. Los dos estaban irresistiblemente guapos cuando se despidió de ellos en la puerta de su casa. Lo que ninguno de los dos sabía era que llevaban sendas mitades de una pequeña cebolleta podrida en los bolsillos de sus chaquetas. Por lo que oyó contar después, no hubo una sola chica que aguantara más de tres minutos junto a ellos. Fue su venganza por la escena que le habían montado unos días antes: la agarraron cada uno de un brazo y la arrastraron contra su voluntad en dirección al coche cuando la pillaron con sus amigos fumando su primer cigarrillo. Tenía quince años, pero ¿era esa razón suficiente para humillarla así?.

—Eras una cría de ideas perversas.

—Y lo sigo siendo, Matt. Lo digo completamente en serio.

Él se volvió a mirarla con una leve sonrisa en sus labios.

—Vale, fiera.

—¿Vale? —repitió ella, incrédula.

—Creo que me ha quedado muy claro. Y con esa demostración de carácter, serías capaz de intimidar incluso al pendenciero de Ríos. Peeero...

—por supuesto que habría un «pero». ¿Cómo habría podido pensar, ingenua de ella, que lo había convencido?—, tendrás que prometerme que me llamarás si notas algo extraño, sospechoso o lo que sea, en los alrededores.

—¿Solo eso?

—¿Qué más quieres? ¿Que te obligue a enviarme un mensaje cada noche antes de acostarte para cerciorarme de que estás sana y salva? —Ella le dedicó una mirada suspicaz—. De acuerdo, me has pillado: ¿lo harías? Me quedaría mucho más tranquilo, Marie.

—¡Ni hablar! Si lo necesitara, ya me buscaría yo a alguien que me hiciera compañía por las noches.

—¿A alguien? ¿Quién es ese «alguien»?

Marie bufó de aburrimiento.

—Solo estaba...

La melodía de *We are the Champions*, de Queen, resonó por toda la cocina. Matt extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón vaquero y respondió:

—Hola, Bonnie.

—...

—Estoy en... casa de un viejo amigo, recordando viejos tiempos de la infancia. —Matt le guiñó el ojo y a continuación, le dio la espalda y se alejó de ella un par de pasos.

Marie contempló a sus anchas la figura apolínea del chico con el que había soñado toda su vida. Si por un minuto, por un solo minuto, dejara de verla como a una hermana pequeña a la que proteger, y la mirara como a la mujer que era, tal vez se diera cuenta de lo que ella sentía, pero eso era imposible. Lo notaba en la forma que tenía de hablarle, de tratarla, de vigilarla constantemente, como si fuera a caerse a cada paso que ella daba por sí misma.

Para Matt Storm sería la pequeña Marie por siempre jamás.

—....

—¿Este sábado? —le oyó decir en voz melosa—. Bien, de acuerdo. En el bar Oakland, a las ocho de la noche, tras el partido. Perfecto. Nos vemos allí, cielo.

Y colgó.

—¿Cielo? —se mofó Marie.

Matt le dedicó una enorme sonrisa de diversión.

—¿Te molesta?

—¿Perdona? Puedes llamar cielo, corazón, cucú o lo que te salga de la punta de la nariz a quien te plazca. Simplemente, no me imaginaba que un hombretón como tú...ya sabes.

—Ya sé... ¿qué?

—Pues eso... que utilizaras esas palabras tan... moñas.

Matt soltó una enorme carcajada que retumbó en toda la casa. Hasta el pobre Memphis se despertó e hizo rodar sus ojillos negros alrededor de todo su globo ocular.

—¿Moñas?

Esta vez fue el móvil de ella el que los interrumpió con el aviso de mensaje entrante. Marie cogió el dispositivo que reposaba sobre la encimera y revisó su bandeja de entrada. ¡Tenía un mensaje de la secretaria del señor Truman!

«El señor Truman tendrá el gusto de dedicarle veinte minutos el próximo sábado a las 16 horas, en su despacho del estadio de los Owls, antes del partido contra los Vancouver Stars. Se ruega confirmación en el teléfono.... Un saludo».

—¡Sí! —gritó Marie con un gesto de victoria.

—¿Qué ocurre?

—¿Ves como no os necesito para nada? Ni a ti, señor Storm, ni a mi

insoponible hermano mayor. ¡Scott Truman me ha concedido la entrevista! ¡A mí y solo a mí, Marie Lovefield!

—Vaya. Me alegro por ti.

—Pues ya ves. Le he debido de impresionar. O quizá haya sido por el convincente correo que le envié al jefe de prensa del club, con enlaces a otras entrevistas que realicé para el periódico deportivo de la facultad. ¡Los he dejado deslumbrados!

—Yep. Estoy seguro de que así ha sido.

Capítulo 3

Marie golpeó con suavidad la puerta abierta del despacho. James alzó la vista de su teclado y la invitó a pasar con un simple movimiento del mentón.

—Y ahora qué ocurre, Battlefield —dijo, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Lovefield. Marie Lovefield —lo corrigió ella—. Ya tengo la fecha de la entrevista con Scott Truman.

Eso bastó para captar toda la atención del redactor jefe, que apartó las manos del teclado, se recostó contra el alto respaldo de cuero de su sillón y la miró sin pestañear durante unos segundos.

—¿Truman te ha concedido una entrevista?

Ella asintió con una sonrisa de triunfo.

—¿Estás segura de que hablamos del mismo Scott Truman? ¿El presidente de los Owls?

Marie volvió a asentir enérgica, casi ofendida por la duda, pero añadió:

—La cita es este sábado antes del partido. Dispongo de media hora.

—Vaya, vaya —dijo mordisqueando la punta de un boli sin dejar de mirarla, pensativo—. Marie, ¿verdad?

—Marie Lovefield.

—Buen trabajo, Marie Lovefield. Le diré a René que se encargue de preparar las preguntas; tú le ayudarás y podrás acompañarle, por supuesto. Así vas cogiendo práctica.

—¿Cómo?

—Sabes quién es René Thibau, ¿no? —le preguntó antes de agarrar uno de los dos móviles que tenía sobre la mesa para poner sobre aviso al redactor—. No te separes de él, estate atenta, absorbe todo cuanto veas y te aseguro que llegarás muy lejos. ¡Ah! Y avisa también a Bob; él será el cámara.

Ella apretó los puños, irguió la espalda y carraspeó levemente antes de

lanzarse.

—Esto... creo que... es decir, la verdad es que la entrevista solo la puedo hacer yo. Es una de las condiciones que ha puesto el señor Truman al aceptar —mintió con aplomo. Si el juego funcionaba así, ella también sabía jugar sus cartas. Podía ser joven, pero no tonta; y desde que se murieron sus padres, Paul le había enseñado a no dejarse avasallar por nadie—. Mi contacto en los Owls me lo ha transmitido bien claro: si lo haces tú, la entrevista es tuya. — James alzó una ceja escéptica y se vio obligada a añadir—: Truman confía en mi contacto y mi contacto confía en mí. Es como una cadena de confianza, ya me entiendes.

—¿Cadena de confianza? ¿Qué estupidez es esa? —replicó James—. Irás con Thibau y no se hable más. Búscales y empezad a preparar la entrevista.

—Pero jefe...

—Lovefield, ¿quieres acompañar a Thibau o prefieres encargarte del café?

Marie se dio media vuelta sin rechistar y se dirigió a su escritorio. Se dejó caer en su sillón, derrotada. Le habían «levantado» su trabajo en un abrir y cerrar de ojos, sin darle la menor opción. ¡Maldita sea! Thibau sería muy buen periodista pero sabía de buena tinta que se guardaba muy mucho de hacer favores a «la competencia». Y en este caso, la competencia era ella. No dejaría que ese tipo se apropiara del fruto de su trabajo. Ni hablar.

Cogió su móvil y se dirigió al aseo, donde tecleó el teléfono de la secretaria de Truman. Cuando Silvia Thomas respondió, ella ya tenía claro lo que pensaba decirle.

—Soy Marie Lovefield. Recibí anoche su mensaje con la cita para la entrevista del señor Truman.

—Ah, sí, señorita Lovefield. ¿Confirmamos entonces la hora?

—Esto... sí. Iré yo, con un cámara que será quien grabe la entrevista. Sin embargo, debido a un tema burocrático necesito que envíe un correo electrónico a mi redactor jefe en el que confirmen lugar, fecha, hora y duración de la entrevista, así como mi nombre. ¿Sería posible? Su correo electrónico es james arroba nbc punto com.

—No entiendo. Si acabo de confirmar la entrevista con usted. ¿No es eso suficiente? ¿Existe algún problema, señorita Lovefield?

Marie dudó si confiar en esa mujer de voz agradable. La imaginaba como una mujer pulcra, discreta, eficiente y... comprensiva. Así que se arriesgó.

—Verá, mi jefe le ha asignado a otro compañero la entrevista que tanto

me ha costado conseguir a mí. Lo cual es injusto, denigrante, discriminatorio, poco...—Notó que se hallaba en pleno ataque de incontinencia verbal y se detuvo. «Tranquilidad, tranquilidad», se dijo, antes de proseguir con más calma—. La cuestión es que necesito demostrar que yo soy capaz de hacer esa entrevista y no se me ocurre otra alternativa mejor que la de que sea el propio señor Truman quien se lo pida por escrito a mi jefe.

—Entiendo —dijo la secretaria.

Marie la oyó teclear al otro lado del teléfono, como si hubiera pasado ya al siguiente asunto del día.

—Puede que sea joven, pero le aseguro que soy tan profesional como cualquier otro.

La secretaria se tomó unos segundos en responder. El sonido del teclado se detuvo al mismo tiempo que oyó su voz de nuevo.

—No lo dudo, Marie.

—¿Entonces? ¿Lo hará?

—Acabo de enviar el correo electrónico a su jefe con la indicación de que la esperamos a usted, Marie Lovefield, a la hora convenida en el despacho del señor Truman. Y que por estrictas razones de seguridad, solo podrán venir dos personas: usted y el cámara. ¿Está bien así?

A Marie se le escapó un gran suspiro de alivio.

—Muchísimas gracias, señora.

—No hay de qué. Espero que sepa aprovechar la oportunidad.

—Descuide. No la dejaría escapar por nada del mundo.

Al cabo de media hora, James la llamó de nuevo a su despacho.

—De acuerdo, Lovefield. La entrevista es tuya, pero escúchame bien: quiero que te conozcas la vida y milagros de Scott Truman como si lo hubieras parido. Luego, te sentarás con Thibau y juntos, prepararéis bien el enfoque y las preguntas que vas a dispararle a Truman. No quiero chapuzas, Marie. ¿Te ha quedado claro?

Cristalino. Le había quedado cristalino.

≡ ≡ ≡

—¡Buen trabajo, chicos! ¡Mañana, más! —gritó el entrenador en el pabellón de baloncesto, dando por concluida la sesión de entrenamientos del día—. Esta noche, idos a la cama temprano que mañana tenemos sesión

intensiva. ¡Pasaré revista! ¡Os quiero concentrados para preparar el partido contra los Stars!

—¡Eh, *míster*! ¿Y puedo irme a la cama pronto, aunque no sea para dormir? Ya me entiende... —exclamó Visenko bien alto, para que todos lo oyeran y le rieran la gracia.

—¡Pero si me confesaste anoche que hace dos semanas que no te comes ni un colín, Visenko! —se burló Ríos, propinándole una colleja, camino de los vestuarios.

Sus compañeros de equipo corearon una gran carcajada.

—Aquí el único que duerme cada noche como un angelito es Bruce, que desde que Samantha trabaja de fisio en el hospital infantil se ha apropiado de sus manos mágicas para él solo, ¿eh, capitán? —Thompson palmeó la espalda de Bruce Ross, el capitán del equipo.

—Si quieres, le digo que venga a darte una paliza cuando lo necesites, Steve. Ya sabes cómo le gusta que grites como un niño al masajearle el cuádriceps.

Los compañeros aullaron de dolor solo de recordarlo. Sam era de armas tomar.

A Matt le vino entonces a la cabeza la pequeña Marie. Otra pequeña guerrera. ¿Cómo podía haber tanta cabezonería y carácter en un cuerpo tan menudo?, se preguntó, mientras se desprendía de la ropa deportiva sudada.

Lo cierto es que la noche anterior, en su apartamento, no pudo evitar fijarse en el contorno de los pequeños pechos erguidos que se adivinaban bajo la holgada camiseta de tirantes. Y en el trasero respingón remarcado por los *leggings* rosas. ¿Desde cuándo tenía Marie ese cuerpecito tan bien formado? Matt notó que algo empezaba a animarse ahí abajo, en su entrepierna, y se metió rápidamente en la ducha antes de que alguno de sus compañeros se percatara. Abrió a tope el grifo del agua fría, se puso debajo y dejó que el agua helada hiciera efecto sobre su cuerpo y su mente.

Había cosas que más le valía no pensar. Y eso, ESO precisamente, con Marie, era una de ellas. Joder, ¡que era una cría!

«Bueno, tal vez ya no sea tan cría...».

¡Pero seguía siendo la hermana de su mejor amigo!

«¿Y eso es malo?».

Silencio en su mente.

—¡Eh, Matt! ¿Te apuntas a una birra en Snuff?—le preguntó Ríos, mientras se vestía tras la ducha—. También van a ir las chicas del

CheerOwlers, ya sabes.

Sí, lo sabía. Bonnie se lo había dicho.

—Hoy no, tío. Estoy hecho polvo y tengo cosas que hacer. Otro día. —En realidad, no tenía gran cosa que hacer excepto ir al supermercado para rellenar la nevera y, de paso, había pensado en reemplazar las fruslerías que se había zampado la noche anterior en el apartamento de Marie. Ella también tenía el frigorífico un tanto vacío, pero él se lo dejó temblando.

En eso pensaba al abandonar el estadio al volante de su deportivo cuando sonó el manos libres. En la pantalla digital del salpicadero apareció el nombre de su padre. Apretó las mandíbulas, dubitativo.

—Hola, papá.

—¡Matt! ¿Cómo estás? ¿Qué tal llevas la temporada? ¡Hace tiempo que no hablamos!

—Hablé con mamá el domingo. Me llamó para felicitarme por la victoria de los Owls y mi récord de canastas.

—Ah, sí, algo me comentó —comentó su padre tras una breve pausa—. ¡Yo también me alegro, hijo! ¡Bien hecho! Los Storm nos dejamos la piel en todo cuanto emprendemos, ¿verdad?

Sí, eso es lo que les había inculcado desde que nacieron, a base de mano dura y un nivel de exigencia casi inalcanzable.

—Claro, padre.

—¿Te matriculaste al fin en el máster de derecho internacional y comercio exterior? Debes preparar tu futuro para cuando termine tu carrera deportiva, Matt. Siempre tendrás un hueco en el bufete, al igual que lo han tenido tus hermanos, por eso es bueno que te especialices en un área que tenga desarrollo dentro del negocio.

Siempre lo mismo. El maldito bufete. Lo único que de verdad le importaba a su padre. Matt apretó las mandíbulas para no soltar la respuesta que se le venía a los labios.

—Padre, te lo he dicho varias veces: no me interesa trabajar en Storm & Storm.

—Bueno, bueno. Eso lo dices ahora. Pero cuando te retires a los treinta y tantos, necesitarás una profesión respetable a la que dedicarte el resto de tu vida. Porque no pretenderás abrir un bar o una discoteca como hacen todas esas estrellitas de la NBA, y derrochar el dinero en juergas, coches deportivos y mujeres, ¿verdad?

—Lo que haga cuando me retire será decisión mía, padre. Y te aseguro

que esas «estrellitas de la NBA», como tú los llamas, tienen más visión de los negocios de lo que te imaginas.

Oyó a su padre bufar al otro lado del teléfono.

—Mira, no vamos a discutir ahora esto. Lo hablaremos más adelante. Te llamo porque dentro de dos semanas celebro mi septuagésimo cumpleaños y tu madre se ha empeñado en dar una pequeña fiesta familiar en casa. Algo íntimo, rodeado de todos vosotros. Espero que puedas venir también tú. Estarán tu hermana Patricia y Rob, con los niños, y también Warren con Miranda, que por fin se ha quedado embarazada. Por cierto, ¿has felicitado ya a tu hermano por la buena nueva?

—Claro que sí, papá —respondió él, con cierto hastío en la voz. Llegó hasta el supermercado y aparcó frente a la puerta. Apagó el motor, pero mantuvo la llave en el contacto del coche mientras terminaba de hablar—. Chateo con él casi a diario. Es una noticia fabulosa.

—Sí, lo es —admitió su padre con voz complacida—. Warren se lo merece. Es un buen hijo, un buen hombre, y está haciendo un gran trabajo en el bufete, al igual que Patricia, por supuesto. Ambos son dignos descendientes de Storm & Storm Abogados. El abuelo estaría orgulloso.

—No me cabe la menor duda.

—Bien, pues te esperamos en casa dentro de dos semanas —resolvió su padre, con renovada energía—. ¡No me falles, Matt!

Había crecido bajo el yugo de esa frase: «No me falles, Matt». O lo que era lo mismo: «Ya puedes hacer lo imposible para no decepcionar a tu padre y sus elevadas expectativas». Y que su hijo pequeño se convirtiera en jugador profesional de baloncesto no era, precisamente, una de ellas.

—No, padre. Allí estaré.

Capítulo 4

Marie echó un último vistazo al espejo y quedó satisfecha con su aspecto. Se había puesto un traje de chaqueta y falda gris, una blusa blanca de lazada y unos zapatos de tacón manejables que, en su opinión, la hacían parecer muy profesional y, lo que era mejor, varios años mayor. Las molestas pecas de su nariz habían desaparecido debajo de una buena capa de maquillaje y había conseguido domar los rebeldes rizos rubios a fuerza de plancha. En conjunto, después de más de hora y media, Marie Agnes Lovefield, la eterna hermana pequeña, había dado paso a Marie Agnes Lovefield, la periodista profesional. Por unos instantes deseó que Matt pudiera verla ahora.

Al pensar en Matt, recordó que aún seguía furiosa con él; no solo por su insoportable tendencia a entrometerse en su vida, sino por el modo en que se había despedido de ella la última vez. Le hervía la sangre solo de pensarlo.

A pesar de que, según él, había picado algo antes de pasarse por su casa, se había comido la mayor parte del único trozo de queso que había en la nevera, un plátano, una bolsa entera de sus patatas fritas preferidas y dos cervezas de su compañera de piso. Al marcharse, había tenido que ir corriendo a reponerlo, porque no tenía ni idea de cuándo regresaría Tiffany y su compañera se ponía como una fiera si se comían sus cosas.

El apetito de Matt Storm siempre había sido prodigioso; aún la atormentaba el recuerdo de su propia estupidez cuando, siendo tan solo una niña con lacitos en el pelo, fingía estar llena para poder cederle su merienda. Pese a que en aquellos tiempos Matt era todo piernas y brazos, engullía como si fuera un pozo sin fondo.

Así que después de zamparse sus últimas vituallas, se había levantado de la silla con aire satisfecho, listo para marcharse. Ella lo había acompañado hasta la puerta y, no contento con revolverle los rizos con una caricia distraída, había tenido la osadía de despedirse con un: «¡Hasta la vista,

mofletes!».

¡Mofletes! ¿Quién que no fuera un palurdo sin el menor rastro de sensibilidad podía haber inventado un apodo más infame, ofensivo y vulgar?

Marie volvió a examinar su reflejo para asegurarse de que los pómulos afilados, surgidos milagrosamente después de que se deshiciera de la grasa de su adolescencia, seguían allí.

—Ni caso, Marie —se dijo en voz alta y con tono firme—, no pienses más en ese patán. No merece la pena. Hoy va a ser uno de los días más importantes en tu carrera de periodista; vas a llegar muy lejos en esta profesión y conseguirás olvidarte de una vez de ese gigante cabeza hueca.

Y ahora, encima, empezaba a hablar sola, como una loca.

Impaciente, echó un vistazo al móvil y el corazón se le aceleró de golpe. Como no se diera prisa no iba a llegar y nunca se perdonaría —y, por supuesto, su jefe aún menos— llegar tarde a su cita con Scott Truman.

≡ ≡ ≡

La entrevista con Scott Truman transcurrió en un ambiente de inesperada cordialidad. Pese a su aspecto imponente, con ese tamaño que no tenía nada que envidiar al de los gigantes jugadores de su equipo, y los penetrantes ojos grises que parecían atravesar a la persona que tenía enfrente, se había mostrado increíblemente amable.

Primero la condujo hasta el enorme ventanal desde el que se veía toda la cancha de baloncesto, en la que varios de los jugadores entrenaban en ese momento, mientras le contaba un par de anécdotas de algunas de las estrellas del equipo que la habían hecho reír con ganas, consiguiendo que se le pasaran los nervios. Bob, mientras tanto, grababa cada detalle con la cámara al hombro. Luego la invitó con un gesto caballeroso a que se sentara en el cómodo sofá que había en un rincón del despacho. Él se había acomodado a su lado. La secretaria les había servido un café con unas pastas riquísimas, que ella había devorado, quizá con demasiado entusiasmo.

La entrevista había fluido sin roces de ningún tipo. Marie se había preparado las preguntas a conciencia y el resultado final era un artículo lleno de interés, no solo deportivo, sino personal. Además, Bob era un tipo tan discreto, que había habido momentos en los que Marie se había olvidado de que lo estaba grabando todo.

Scott Truman era un hombre muy reservado pero, además de los proyectos que tenía esa temporada para los Owls, también le había hablado de

sus humildes comienzos en el pueblecito donde nació y de su primer negocio de coches usados. Luego, Marie, con una habilidad de la que se sentía orgullosa, había conseguido llevar la entrevista a un terreno aún más personal y, Scott no había dudado en hablar de su noviazgo con la sargento Bouchard de la que se notaba a kilómetros que estaba locamente enamorado. Y, lo mejor de todo, ¡le había dado la exclusiva de su próxima boda en cuanto acabara la temporada!

Cuando se despidieron de Scott Truman con un firme apretón de manos, Marie estaba tan excitada que le costó un esfuerzo titánico mantener la imagen de periodista relajada y profesional.

—Encantado de haber hablado con usted, señorita Lovefield. Me alegro de que Matt me convenciera para que le concediera esta entrevista, he pasado un rato muy ameno conversando con usted.

Al oír aquello, la enorme sonrisa, que no había desaparecido de los labios de Marie durante la mayor parte de la conversación, adquirió una rigidez considerable.

—Matt... —repitió con un hilo de voz.

—Me contó que la conoce desde la infancia. Matt es uno de mis jugadores favoritos, aunque preferiría que no se enterase de que se lo he dicho. Ya sabe cómo son estos deportistas de élite; a veces sus egos alcanzan un tamaño desorbitado.

Marie se rio educadamente, y consiguió pronunciar una despedida adecuada para la ocasión:

—Buenas tardes, señor Truman, quiero que sepa que le estaré eternamente agradecida por la magnífica oportunidad que me ha dado hoy.

—Ha sido un placer, señorita Lovefield, resulta estimulante tratar con jóvenes que aún conservan intacto el entusiasmo por su profesión.

Sin saber muy bien cómo había llegado hasta ahí, Marie se encontró de nuevo en la entrada del estadio. En lo único en lo que podía pensar era que, una vez más, había sido incapaz de conseguir algo importante por sí misma. Unos minutos antes se había sentido tan orgullosa, tan capaz, tan... adulta. Y todo había sido un engaño; como siempre ocurría en su vida, eran su hermano Paul o su amigo Matt los que manejaban los hilos, como si ella fuera una marioneta.

Una ráfaga de aire helado y el carraspeo paciente de su compañero, le recordaron que estaban a menos doce grados y que, si no se movían pronto, ambos corrían el riesgo de convertirse en carámbanos. Sin embargo, la rabia

que empezaba a sustituir a la desolación y a la sensación de fracaso la mantenía caliente, así que se volvió hacia su compañero:

—Será mejor que vuelvas a al estudio, yo aún tengo que hacer unas gestiones. No te importa, ¿verdad?

—¡Ningún problema! Hasta mañana, Marie.

—Hasta mañana Bob.

En cuanto Bob desapareció por la boca de metro, Marie hizo un gesto decidido con la cabeza.

—Se va a enterar ese... —soltó una palabrota que a ella misma la escandalizó.

En ese momento pasó un taxi, y Marie se apresuró a levantar el brazo para detenerlo. No era que sus finanzas estuvieran muy boyantes, pero no tenía ganas de meterse en el metro. Ya abría la boca para dar su dirección, cuando, de pronto, cambió de opinión. ¡Aquello no iba a quedar así!

—A... —dio la dirección del lujoso ático del *downtown* en el que vivía Matt.

En cuanto llegaron, pagó al taxista y corrió hacia el vestíbulo del edificio. El portero la conocía y la dejó entrar sin problemas. Era un tipo muy simpático y siempre que iba, solía detenerse a charlar un rato con él, pero ese día pasó por delante del mostrador como una exhalación y apretó con impaciencia el botón del ascensor. Subió al último piso y buscó detrás del exuberante ficus que había en el descansillo. En cuanto dio con la llave, abrió la puerta y taconeó por el pasillo a toda velocidad sin dejar de gritar:

—¡Matt! ¿Matt Storm, dónde estás?

Oyó una respuesta que provenía del cuarto de baño, mezclada con una canción de Queen a toda potencia y, sin molestarse en llamar, abrió la puerta de un empujón y se coló dentro. Sus ojos se toparon al instante con una espalda de anchos hombros que se iba estrechando a medida que llegaba a las caderas, unas nalgas que parecían esculpidas en mármol y unas piernas largas y musculosas, todo ello cubierto con una fina capa de jabón. Y pese a que no estaba de humor, no pudo evitar disfrutar de la vista.

—Bonnie, croquetita, ven a ducharte conmigo —gritó Matt para hacerse oír por encima de la música atronadora, al tiempo que abría la puerta de la mampara cubierta de vaho.

—¡Yo no soy tu croquetita!

—¿Marie? ¡Marie! —Matt se apresuró a taparse con la toalla que encontró más a mano y la miró con expresión horrorizada —¡Joder, Marie, qué

coño haces aquí! ¿Cómo has entrado?

—Pues por donde imagino que entran todas tus «croquetitas», por la puerta. Con lo que disfrutas dándome lecciones sobre seguridad, y tú vas y guardas la llave de tu casa detrás de un ficus.

Matt se apresuró a enrollarse la toalla a las caderas, pero por mucho que intentara taparse era inútil; ella ya había visto todo lo interesante y, desde luego, era MUY interesante.

—¿Por qué entras cuando me estoy duchando y sin llamar? —preguntó muy enfadado.

En ese momento, Marie consiguió despertar del hechizo inducido por la contemplación de aquel espléndido cuerpo, y se recordó que la única que tenía derecho a estar enfadada allí era ella. Así que se encaró con él con los brazos en jarras y una mirada acusadora.

—¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿El qué? —Matt se apartó un mechón empapado que se le pegaba a la frente. Se notaba a la legua que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—¡Hablar con Scott Truman para conseguirme la entrevista!

—Vamos, Marie —soltó una risita que a Marie le pareció que estaba cargada de desdén—, Scott no concede entrevistas a nadie y menos a una becaria que acaba de empezar.

—¡Quería conseguirlo por mi cuenta! Habría hecho lo que fuera necesario.

—¿Como colarte en su mansión y acosarlo? —Matt la miró con aire burlón y eso solo consiguió ponerla más furiosa todavía.

—Lo que fuera necesario —repitió muy despacio, para que no le quedara la menor duda de que era capaz de todo.

—Joder, Marie, yo solo quería echarte un cable. Haría lo mismo por una hermana. —Marie se estremeció al oírlo—. ¿Amigos?

Matt le tendió una de sus manazas empapadas, acompañada por una de esas irresistibles sonrisas que dejaban a la vista los dientes perfectos.

El amigo de Paul calculaba muy bien el poder de sus sonrisas pero, en esta ocasión, se dijo Marie con firmeza, no pensaba caer en la trampa de su encanto. Se estaba jugando mucho. Si no ponía límites claros de una vez por todas, entre Matt y su hermano le impedirían madurar. Así que hizo como que no veía la mano que le tendía y dijo con una seriedad y una calma muy distintas de las pataletas con las que solía reaccionar ante los intentos de ambos por controlarla:

—Te lo voy a decir una vez y espero no tener que repetirlo, Matt Storm: no necesito que me cuides, ya soy mayor para salir adelante por mí misma. Así que no quiero que te dejes caer por mi apartamento cuando te da la gana para vigilarme. No soy tu hermana pequeña ni quiero serlo.

Un brillo herido destelló en los ojos azules y Marie se sintió culpable.

—Muy bien —dijo Matt al cabo de un rato; en esta ocasión, no había ni rastro de sonrisa en sus labios—. Me lavo las manos. A partir de ahora puedes hacer lo que quieras, pero no cuentes conmigo para protegerte.

Pese a que ella misma se lo había buscado, sus frías palabras le dolieron, pero entonces se recordó que él solo la veía como una hermana pequeña. Pensó también en todas las «croquetitas» que habían pasado por su vida y buscó una respuesta que mantuviera su orgullo a salvo.

—Me parece muy bien. Y no te preocupes, si en algún momento necesito protección, llamaré a mi novio.

Marie levantó la barbilla con aire digno, se dio media vuelta y salió de allí a toda prisa.

—¡Espera!

Miró por encima de su hombro sin detenerse. Matt la seguía de cerca, dejando huellas mojadas por el pasillo mientras se sujetaba la toalla con el puño. Siguió andando.

—Marie, ¿quién es ese novio? ¿De dónde ha salido? ¿Lo conoce Paul? ¿Qué sabes de él? ¿Desde cuándo...?

Marie soltó un bufido, abrió la puerta y dio un portazo al salir que estuvo a punto de aplastarle la nariz.

Capítulo 5

—Dos minutos para finalizar el partido y van ganando los Owls, en una lucha que podríamos definir como aburrida. Los jugadores del equipo local han estado correctos, pero no hemos visto en ellos el brillo y la emoción de otros días.

—Pues sí, Will, parece que el Ottawa Owls necesita tener las cosas complicadas para brillar. Han sido cuarenta y cinco minutos de paseo. Les ha faltado interés, les ha faltado chispa. Las pocas ocasiones de peligro han venido de la mano de los Vancouver Stars, pero también se han desinflado cuando han visto que no llegaban a canasta todo lo que debieran.

El ruido de la bocina que indicaba el final del partido sonó justo encima de la tribuna de la prensa. Marie se sobresaltó, concentrada como estaba en la retransmisión de sus compañeros de la cadena de radio PBR.

—Ottawa Owls, 86; Columnia Stars, 74. Final de un partido que las gradas celebran emocionadas, tal y como pueden escuchar.

El griterío alababa a los sudorosos jugadores como si fueran sus héroes griegos. Marie echó un vistazo rápido. Matt saludaba a las gradas con ambas manos.

—Si será tonto... —Aunque un tonto muy atractivo, tuvo que admitir.

Se levantó a toda prisa cuando se dio cuenta de que el tiempo corría en su contra.

—Bueno, chicos, ha sido un placer. Cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que llamar a la NBC y preguntar por mí. Estaré encantada de poder echar una mano. Hasta la próxima —se despidió de los dos veteranos periodistas deportivos.

Cuando los jugadores llegaron a la puerta del vestuario, Marie ya estaba esperándolos, con su compañero Bob, el cámara, listo para grabar.

En cuanto Visenko se aproximó al banquillo, Marie corrió hacia él y le

solicitó unas declaraciones para el programa, que el jugador aceptó con resignación. Marie se giró a su compañero, repasó brevemente las notas que había tomado en su cuaderno, se arregló un poco el pelo y cuando Bob alzó el pulgar avisando del inicio de la grabación, tomó aire y miró directamente a la cámara con el micrófono en la mano.

—Estamos con Eric Visenko, pívot de los Owls, dueño absoluto de todos los rebotes bajo canasta en este partido. —Se giró para lanzar la primera pregunta al jugador—: ¿Os lo han puesto los Stars más difícil de lo que esperabais?

—No, los Stars siempre son contrincantes duro de roer, rápidos y escurridizos, pero nosotros hemos dominado claramente el partido desde el segundo cuarto.

—¿Han sido esos veinte rebotes que has recuperado la clave de esta victoria, Visenko?

Erik se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez una de las claves, pero también ha habido otras como los pases de Bruce Ross y la puntería desde la línea de triples de Matt Storm, que ha anotado casi treinta puntos. La victoria es de todos.

—¿También de Ríos, con quien se te ha visto cruzar un par de gestos no muy amigables en la cancha?

Visenko la miró fijamente, sorprendido.

—Esos son cosas normales dentro de la dinámica de un partido. La victoria es de todos, también de Ríos —sentenció con dureza antes de despedirse de ella. Al parecer, no le había gustado nada la pregunta.

«Peor para él», pensó Marie.

Al volverse, divisó a Sergio Ríos refrescándose en el banquillo, por lo que decidió abordarlo. Le hizo un señal a Bob para que la siguiera y enchufó el micrófono al jugador, quien se incorporó sobresaltado.

—Ríos, unas declaraciones para el programa *Triples Canastas*: Hemos visto que mantienes una dura rivalidad con Visenko, fuera y dentro de la cancha. ¿Es eso cierto?

El jugador sonrió, malicioso.

—¿La «bestia» Visenko? Nah. En el fondo, es buen tío.

—Pero se os ha visto intercambiar algunos gestos no muy agradables durante el partido...

—Eso es porque los dos somos muy competitivos y queremos lo mejor para el equipo, aunque no siempre nos entendamos —dijo, conciliador.

—¿Esa rivalidad profesional la lleváis también al plano personal?

—¿Rivalidad? No, no hay ninguna rivalidad profesional ni personal entre Visenko y yo. Nos gusta picarnos entre nosotros, simplemente. Él sabe que yo soy más guapo que él, y no le gusta —bromeó Ríos—. Me ha retado a teñirme el pelo de rosa si no llego a los ciento cincuenta taponos esta temporada.

—¿Y qué os jugáis?

—Tendría que cortarse su preciosa melenita rubia y afeitarse ese cabezón eslavo —dijo con una carcajada.

Marie pensó rápidamente que esa historia podía dar mucho de sí a lo largo de la liga. Era un reto divertido que implicaba a dos jugadores carismáticos y que les daría contenido para el programa, así que no dudó al proponerle una idea que se le acababa de ocurrir:

—En Triple canastas nos ofrecemos como testigos de este reto. Estaremos pendientes de tus taponos hasta final de temporada y comprobaremos cómo termina. Incluso os acompañaremos con la cámara para grabar el momento peluquería. ¿Qué te parece?

—Cojonudo. A Visenko le va a encantar la idea de humillarme delante de millones de telespectadores.

En ese instante, Matt pasó de largo por detrás de su compañero y Marie no pudo evitar seguirlo con la mirada, gesto que tampoco le pasó desapercibido a Ríos.

—Gracias, Sergio Ríos. Y con esto, despedimos la conexión por hoy. ¡Mañana les esperamos a la misma hora para que marquen con nosotros... Triple canasta! —dijo Marie frente al objetivo con voz cantarina y una enorme sonrisa: acababa de inventarse esa frase a modo de cierre para los telespectadores y le había gustado cómo sonaba. El pulgar alzado de Bob le demostró que su compañero opinaba lo mismo.

—Muchas gracias por responder a mis ataque por sorpresa —le dijo a Sergio Ríos, una vez cortada la emisión. El jugador no se había movido de allí.

—Ha sido un placer. Eres la amiga de Matt, ¿verdad?

—¿Amiga? —repetió Marie, mientras recogía sus bártulos—. Bueno, más o menos. Es amigo de mi hermano. Nada más.

—¿Nada más?

—Exacto.

—Entonces, ¿puedo invitarte a una copa después? Sin micrófonos, claro. Marie ni se lo pensó. Le gustaba el carácter bromista y despreocupado de

Ríos y a ella no le vendría mal ampliar su red de contactos dentro del equipo.
—Me encantaría, Sergio.

≡ ≡ ≡

The Highlander Pub era el sitio al que siempre iban los Owls cuando querían tomar unas cervezas relajados. Era el lugar preferido de todo el equipo. Y ahora el de ella, sobre todo un jueves, día de descanso de los Ottawa Owls. El lugar perfecto para su cita con Sergio Ríos.

Como siempre, llegó tarde y corriendo. Al bajarse del taxi, se encontró con una marabunta a las puertas del *pub*. Sergio estaba en el centro de un grupo de fans, emocionados por haberse encontrado con uno de sus ídolos mientras paseaban por la ciudad. Marie esperó pacientemente a que el jugador terminara de firmar autógrafos y de sacarse *selfies* con quien se lo pidiera.

—Estaba esperando a que llegaras y uno de ellos me reconoció. No he tenido más remedio que atenderles. Perdón por la espera —se disculpó.

A Marie se le iluminaron los ojos. Que la esperara en la calle le pareció un gesto de los más tierno.

—No te preocupes, ha sido estupendo verlos disfrutar.

Él la sonrió, complacido.

—¿Entramos?

El local era un *pub* escocés en toda regla. Luz tenue, una inmensa barra de madera oscura y mesas, dispuestas aquí y allá, separadas en su mayoría por paneles. Estaba lleno de gente. Todos con una pinta de cerveza en la mano. Nadie se preocupaba por lo que pasaba a su alrededor. Era un buen lugar para pasar desapercibido.

Pero ella no había elegido aquel lugar para ser discreta.

Se puso de puntillas y estiró el cuello todo lo que pudo, pero su escasa altura solo le permitía ver un mar de espaldas.

—¿Hay alguien conocido?

—¿Esperabas a alguien más?

—No, no. Era solo por preguntar. Bueno, en realidad es por precaución. Tengo un hermano demasiado protector.

—Eres mayor de edad, ¿no?

Marie se abrió la americana y se puso derecha como una vela. La camiseta marcaba todas sus curvas

—¿Quieres que te enseñe mi carnet de conducir?

Sergio soltó una carcajada y Marie pensó que, a poco que se lo propusiera, podría enamorarse de aquel gigantón... si no estuviera ya enamorada de otro gigantón insoportable.

Como era de esperar, las mesas estaban todas ocupadas.

—Podríamos ir a otro lugar más tranquilo —sugirió Sergio después de intentar en vano penetrar hasta el fondo del local.

—¡De eso nada! Me gusta este *pub*. Ya verás como encontramos un sitio —aseguró Marie mientras conseguía colarse en un hueco entre una pareja y un grupo de chicas—. ¿Ves?, ya está. ¿Qué vas a tomar?

Sergio era un chico estupendo. Hijo de una familia de inmigrantes mexicanos, sus padres habían luchado mucho para llegar hasta Canadá y conseguir un trabajo decente con el que dar de comer a cuatro hijos.

—Mi hermano pequeño y yo nacimos aquí. Los dos mayores allí. Ellos se ríen de nosotros, dicen que ser canadienses nos ha hecho blanditos.

—¿Y es verdad?

—Tú misma has estado en la cancha. ¿Te he parecido blandito?

Marie rio.

—Imagino que no. La última vez te expulsaron por una entrada demasiado fuerte.

—Que se lo digan al árbitro cuando me cascó la cuarta personal —comentó divertido—. Juego duro, pero nada que ver con Visenko, ¿eh? A ese sí que hay que temerle.

—¿A quién hay que tenerle miedo, Ríos? —dijo una voz a la espalda de Marie.

—¿Matt? —Se giró sorprendida.

El gesto de contento se convirtió en una mueca cuando se lo encontró con... ¿Bunny, Baby, Bonnie?

—¡Marie! ¿Qué haces con este?

Ella le enseñó la cerveza.

—Tomar algo con un amigo. ¿Nos presentas a tu... acompañante?

No lo pretendía, pero al pronunciarla, la palabra acompañante sonó un poco extraña.

—Sí, sí, claro. Bonnie Spencer, Marie Lovefield. A Sergio ya lo conoces. Bonnie es la *cheerleader* del equipo.

—Sergio Ríos, encantadíísima de verte fuera de la cancha —dijo la rubia Bonnie mientras le ofrecía la mejilla a Sergio—. Muacs, muacs, muacs.

Encasquetó tres besos al jugador, aunque solo hubo uno para ella. A

Marie le pareció perfecta para Matt: una cara bonita, un cuerpo estupendo y, con un poco de suerte, pocas neuronas en la cabeza. O eso le gustaría a ella.

Marie solo tuvo que esperar a que Bonnie abriera dos veces más la boca para confirmar lo que ya sabía: era más simple que el mecanismo de una polea. Tampoco valía para escuchar. Sergio le hizo a Marie algunas preguntas sobre su trabajo y la *cheerleader* comenzó a poner caras de aburrimento. Después de eso, Marie la ignoró por completo y dedicó todo su tiempo y su conversación a los dos grandullones que la escuchaban. Le encantó ver cómo ambos competían por arrancarle unas sonrisas y cómo a Bonnie se le ponía cara de vinagre cada vez que Matt intervenía y se olvidaba de ella.

≡ ≡ ≡

—¿Llamas un buen mate a eso que hiciste ayer, Ríos? ¡Vamos, colega! El *míster* hizo la vista gorda, pero ¿sabes qué? Ha sido el mate más patético que he visto en los últimos tiempos.

—¡Pero de qué vas, Storm! ¡Ja ja! ¡Tienes que dejar la cerveza, que te ha hecho polvo las entendederas!

Matt le dio un fuerte empujón a Ríos, que se desequilibró en la banqueta. Lo sujetó en el último momento. Ambos se echaron a reír.

Antes de meterse de nuevo con su compañero de equipo, echó un vistazo rápido a Marie. Tenía los ojos iluminados y las mejillas sonrosadas por el calor del local lleno de gente y las tres cervezas que llevaba en el cuerpo. Bonnie, en cambio, no parecía estar pasándose nada bien. Matt hizo caso omiso al gesto en dirección a la salida que acababa de lanzarle.

—Esperad a que vuelva antes de que os matéis entre vosotros —comentó Marie, divertida. Se bajó del taburete y se encaminó al fondo del local, donde estaban los servicios.

Bonnie aprovechó el momento para atacar.

—Amoor, creo que olvidas que hemos reservado una mesa para cenar.

Matt miró el reloj de su muñeca.

—Todavía no es la hora.

Ella le quitó la cerveza a medio consumir que tenía en la mano y la dejó sobre la barra.

—Necesitaremos tiempo para llegar.

Dio tres besos a Sergio como despedida, lo cogió del brazo, lo arrastró

fuera del *pub* y antes de que él pudiera evitarlo, había parado un taxi.

—Se me ha olvidado una cosa dentro —le dijo y la dejó plantada, con la puerta del vehículo abierta.

Sergio seguía solo. Marie no había regresado del lavabo todavía.

Le dio un par de golpecitos en la espalda y su compañero se volvió.

—¿Storm?

—Una cosa te voy a decir, Ríos. Esa chica de ahí —señaló al fondo del local— es la hermana pequeña de mi mejor amigo. Es mi amiga, casi una hermana para mí y como te aproveches de ella, la hieras, le hagas llorar, le rompas el corazón, la emborraches y te la llesves a la cama; como Marie suelte una sola lágrima por ti, el próximo triple que tire a canasta va a ser con tu cabeza como balón. ¿Has entendido bien?

Salió del bar con las carcajadas de Ríos resonando por encima del ruido del local. Fue la primera vez que tomarse una cerveza entre amigos le pareció una mierda.



¿De qué estaba hablando Bonnie? Matt tragó otra cucharada de tiramisú sin saborearlo siquiera.

—¿Matt? Matt, ¿has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, bueno, algo sobre la nueva coreografía de las animadoras.

—Eso ha sido en el primer plato.

—¿Sobre la casa que han comprado tus tíos en Riverdale, al lado del lago?

—Eso ha sido mientras esperábamos el segundo plato

—¿El tiempo que hará el fin de semana?

—¡Matt! ¡Te estaba hablando de irnos de viaje a Europa!

—¡¿Nosotros?! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—¿Y con quién quieres ir? —gritó Bonnie fuera de sí.

Varios comensales se volvieron hacia ellos.

—¿Quieres hacer el favor de no gritar? Nos mira todo el mundo.

—¡Me da igual! ¡Respóndeme! ¿Con quién te irías de vacaciones si no es conmigo?

—No pienso responder como sigas comportándote como una loca.

La referencia a su salud mental consiguió enfurecerla aún más y se

levantó tirando la silla al suelo.

—Es por esa Marie, ¿verdad?

Matt sacó tres billetes de cincuenta dólares de la cartera, los dejó sobre la mesa y se marchó del restaurante. Bonnie lo alcanzó en la calle.

—¿La prefieres a ella antes que a mí!

Un taxi paró a su lado.

—No digas tonterías. Marie es prácticamente mi hermana.

—¡Ja! ¡Tu hermana! Una hermana con la que te gustaría darte un buen revolcón. He visto cómo la miras, Matt. Se te cae la baba, a mí no me engañas. Ni tú ni ella: esa tía es una trepa, solo te utiliza para ascender en su trabajo. Conozco a las zorras como ella. Van de mosquitas muertas, de vecinitas de al lado, y os chupan la sangre. En cuanto termine con Ríos, irá a por ti o a por cualquier otro. Aunque no parece que seas su tipo, le gustan los morenos.

Matt sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta.

—¿Qué vas a hacer ahora, llamarla?

—Acabo de borrar tu número de mi teléfono. No te acerques a mí nunca más. No quiero saber nada de ti.

Se subió al taxi, dio la dirección de su apartamento mientras pensaba en un nuevo escondite donde dejar la llave de su casa: el ficus ya no era una opción.

Capítulo 6

James se asomó la cabeza por la puerta de su despacho hacia la redacción y oteó las cabezas ocultas tras las pantallas de los ordenadores, hasta dar con la persona que buscaba.

—¡Lovefield! —gritó. Cuando vio que Marie lo miraba con ojos asustados, le hizo un gesto con la cabeza—: ¡A mi despacho!

A Marie le empezaron a temblar las canillas. Menos mal que ese día llevaba sus botas de motera, con las que aparentaba pisar con mucha más fuerza y seguridad de la que sentía en ese momento en su interior. Al pasar junto al escritorio de Sheila, le susurró: «¡La que has montado, Marie!».

¿A qué se refería? Ya en el despacho de James, cerró la puerta tras de sí. Mejor ahorrarse la humillación de que el resto se enterara del rapapolvo que se le venía encima.

—¿Qué es eso del reto del peinado entre Visenko y Ríos en el que nos hemos metido? —le espetó cuando ni siquiera se había terminado de sentar en la butaca frente a su mesa—. ¿Por qué nadie me lo ha contado?

Marie se tensó.

—Ah, eso. Solo es una tontería, una especie de apuesta entre ellos dos. Al parecer, no hacen más que picarse mutuamente, dentro y fuera de la cancha.

—¿Y cómo demonios se te ocurrió...?

—¡No fue cosa mía! —le cortó ella, antes de que la despidiera sin contemplaciones—. Visenko ya le había lanzado el reto a Ríos, y éste lo contó a cámara en mi entrevista, así que... Lo siento. Me pareció que ser testigos del reto podía dar juego para el programa.

El redactor jefe se la quedó mirando fijamente.

—Pues diste en el clavo, Lovefield. —Le mostró un papel con unas gráficas que sostuvo ante sus ojos y señaló un punto concreto—: Durante tu entrevista tuvimos un pico de audiencia considerable en el programa y

además, el vídeo no deja de compartirse en redes sociales bajo el hashtag #RíosSelaJuegaEnTriplesCanastas, aparte de suscitar todo tipo de comentarios de gente que se declara partidaria de uno u de otro. ¡Hay que seguir por esa línea!

—¿Qué línea? —preguntó Marie, totalmente despistada. No entendía nada.

—¡Esa! ¡La de generar espectáculo en las retransmisiones, provocar, divertir, entretener!

—Yo no pretendía generar...

—¡Pues lo has hecho y ha funcionado muy bien, Lovefield! ¡Los espectadores nos han demostrado que quieren algo fresco, diferente! Quieren sumarse al espectáculo contigo, codearse con los jugadores, bromear con ellos, saltar con ellos si hay que hacerlo —dijo, entusiasmado.

—Y también informar, ¿no?

—Sí, sí. Pero la información no tiene por qué ser aburrida ni con la misma fórmula de siempre. ¡Tú lo has demostrado! Quiero que tengas una sección fija en el programa donde hagas ese tipo de cosas.

—Pero eso no lo hice yo, fue algo que ya tenían entre ellos dos. Yo solo le di visibilidad. No ocurren este tipo de cosas todos los días.

—Pues tendrás que hacer que ocurran.

—¿Cómo?

—¿Cómo? —la observó con extrañeza, como si fuera algo obvio—. ¡Pues con inventiva! Me has demostrado que eres una periodista creativa, inteligente y con recursos ¿no? ¡A por ello! En este oficio, hay veces que la información te sale al paso, pero en otras ocasiones, debemos ser avisados y generarla nosotros, dar carnaza al público. ¡Estamos en la era de las redes sociales! ¡El contenido es el rey! —exclamó, exaltado por el discursito que le estaba lanzando—. Nosotros somos generadores de contenido, de información. Piensa, dale a la neurona, conviértete en redactora y productora a la vez, mimetízate con los jugadores y también con el público en las retransmisiones. ¡Diviértete!

Marie no daba crédito a lo que estaba oyendo en boca de su jefe. Ella ya se divertía haciendo buena información deportiva. Aquello era... era... Eso, puro *show*. ¿Era eso lo que quería?

Por supuesto que era una periodista creativa e inteligente, no necesitaba que se lo dijera James. Lo que sí necesitaba era una oportunidad para demostrarlo y James se la estaba dando. Dependía de ella aprovecharla y

hacer algo de lo que sentirse orgullosa. Dudaba de que una simple becaria hubiera conseguido tener su propio espacio en un programa deportivo como *Triples canastas*. ¡Claro que podía hacerlo!

—¿Tengo vía libre para hacer lo que yo quiera?

—Tienes vía libre absoluta... mientras los datos de audiencia respondan. Si el contenido es el rey, la audiencia es nuestro dueño y señor, ya lo sabes.

Muy bien. Lo haría. Montaría un buen espectáculo en torno a los Owls, aunque todavía no sabía muy bien cómo.

—De acuerdo. Pero quiero que Bob y su cámara se queden conmigo. — No conocía a muchos cámaras del programa pero con Bob se habían sentido muy a gusto trabajando. Tenía bastante más experiencia que ella, sabía lo que tenía que hacer en cada momento, y le había dado un par de consejos en su primer día que le había venido muy bien.

≡ ≡ ≡

Marie repasó los correos y mensajes de su teléfono móvil. Leyó rápidamente el que le había mandado aquella misma mañana Ríos:

«Lo pasé muy bien anoche en el pub, a pesar de haber recibido serias advertencias de peligro por parte de nuestro querido amigo Matt. ¿Debo preocuparme de él?».

Matt, Matt, Matt. «Mattdito» sea. Sonrió al tiempo que tecleaba una respuesta rápida:

«Tú ni caso. Hablaré con él y con mi hermano. Esto es cosa de los dos».

Luego se guardó el teléfono en la chaqueta y recorrió el pasillo dentro del estadio que llevaba hasta la cancha de los Owls. Había quedado allí con Bob para hacer un listado de posibles ideas de cara a los próximos programas. La improvisación estaba bien, pero era muy arriesgada si se trataba de hacer cosas distintas.

Lo primero que había pensado fue encargarse una equipación completa de los Owls a su medida. Si se trataba de mimetizarse con los jugadores, no se le ocurría mejor manera que convertirse en «una de los suyos» para moverse a sus anchas por la cancha.

—Podríamos hacer que cada jugador nos enseñara qué malabarismos sabe hacer con el balón de baloncesto —fue la primera idea que lanzó ella, sentados ambos en la grada.

—Esa es buena idea. Hay algunos, como Bruce Ross, que hacen maravillas con los dedos. Y Teopolus es capaz de hacer rodar el balón por cada centímetro de su cuerpo sin tocar el suelo.

—Mmm... sí. Algo así. Podríamos grabar cada día a un jugador distinto y al final, cuando hayan pasado todos, invitamos a los espectadores a puntuar la habilidad de cada jugador para hacer un ranking. ¿Cómo lo ves?

Bob le dedicó una sonrisa socarrona.

—¿Una interacción programa–espectadores? Al jefe le va a encantar.

—También quiero solicitar permiso para entrar en el vestuario y que los jugadores me enseñen cómo tienen decoradas sus taquillas personales y qué guardan en ellas.

—¿Podríamos pedir también que nos dieran un masaje sus fisios? —preguntó Bob, medio en broma, medio en serio—. A mi espalda le haría mucho bien...

—Me temo que para eso tendríamos que sobornar a alguien de arriba... —respondió ella, riéndose—. Lo que sí debemos hacer es seguimiento de los rebotes de Ríos en cada partido para el reto con Visenko. Cada semana, haremos recuento y lo destacaremos en la sección con una gráfica divertida, al estilo de los *talent-show*.

—Y hablando del rey de Roma... —murmuró Bob al ver venir a Sergio Ríos hacia el lugar de la grada donde estaban sentados. Marie se volvió hacia él y le sonrió.

—¡Sergio! Creí que llegabas más tarde. ¿A qué hora empieza vuestro entrenamiento?

—En un cuarto de hora. He venido antes por si acaso te encontraba por aquí —respondió con una sonrisa complacida—. ¿Vendrás este sábado al partido?

—Ajá.

—Tal vez vayamos después a cenar a algún sitio, todos juntos. ¿Te apuntarías?

¿Eso era una cita? Por un lado, le apetecía un montón ir a esa cena y mezclarse con el resto de jugadores. Incluso aunque estuviera Matt por ahí. Por otro lado, le resultaba incómodo volver a salir con Ríos e introducirse en el grupo en calidad de «amiga especial». Rozaba lo poco ético aprovecharse

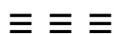
de él en ese sentido, y también era peligroso para su futuro como redactora que debía cubrir la información de los Owls. Decidió rechazarlo con delicadeza.

—Imposible. El sábado ya he quedado con unas amigas, Sergio. Y el domingo tendré que trabajar.

—Oh. De acuerdo. Lo entiendo.

—Tal vez en otro momento...

—Claro, sin problemas.



El sábado por la tarde, el estadio de los Owls estaba a rebosar de público. Venían dispuestos a ver cómo los Owls machacaban a los Chicago Bulls tras la ajustada victoria de los norteamericanos en el partido de ida. Un buen número de seguidores de los Bulls se había desplazado hasta Ottawa para ver jugar a su equipo. Marie los distinguió claramente en uno de los laterales de la grada, vestidos de rojo y con el emblema de la cabeza de toro grabada en sus ropas. Armaban mucha bulla entre todos.

—Bob, nos vamos a colocar allí, detrás de aquella valla, entre los seguidores de los Bulls. Vamos a ver cómo se vive desde el equipo contrario un partido de los Owls.

—¿Estás segura?

—¡Claro!

Ambos ascendieron las escaleras hasta hacerse hueco entre un grupo de hinchas que exhibía una enorme bandera con la insignia del equipo. Marie se volvió hacia las personas que tenía alrededor y comenzó a grabar pequeñas entrevistas, a modo de testeo. Le hizo una seña satisfecha a Bob y, en cuanto sonó la alarma que avisaba del comienzo del partido, toda su atención estuvo pendiente en los jugadores sobre la cancha, y en concreto en Matt, que parecía levitar cada vez que saltaba para lanzar un triple.

Al finalizar el tercer cuarto, los Owls aventajaban a los Bulls por la mínima: dos puntos, una sola canasta podía cambiarlo todo. Deberían apretar si querían ganar.

Los seguidores de los Bulls, comenzaron a corear cánticos para animar a su equipo. Los hinchas de los Owls, por su parte, contraatacaron con consignas a voz en grito, acompañadas del sonido de bombos y trompetas. El

ambiente se empezaba a caldear y Marie le pidió a Bob que no dejara de grabar los cánticos de uno y otro lado; creía que tal vez tuvieran suficiente material para hacer luego el montaje de una «guerra de cánticos». Ajena al bullicio, observó las idas y venidas de los jugadores de una canasta a otra. Vio a Bruce Ross interceptar un balón, lanzarlo a otro compañero más adelantado y al rebote, Ríos. Visenko se la pidió, aunque Matt estaba en mejor posición... Le llegó el balón, lanzó y... ¡canasta de tres puntos!

—Marie, vengo en seguida. Voy a comprar una botella de agua —le dijo Bob, señalando a un tipo con una bandeja de refrescos, en la entrada del vomitorio. Lo vio alejarse.

Fue entonces cuando un grupo de seguidores de los Bulls que tenía tras ella comenzó a botar sobre las gradas. Marie notó cómo la estructura del vallado temblaba peligrosamente. Y antes de que pudieran darse cuenta, una parte de la estructura cedió y se hundió lentamente bajo sus pies. A su alrededor, oyó chirriar el metal, los gritos de pánico, el estruendo de un panel al golpear contra una plataforma. Intentó agarrarse a una de las barandillas pero de poco le sirvió: las manos se le resbalaban y cayó al suelo junto sobre una hilera de asientos.



El súbito estruendo enmudeció el estadio unos instantes antes de que los chillidos de pánico, sorpresa y dolor retumbaran por todo el recinto. Los jugadores contemplaron, paralizados, el caos que comenzaba a reinar alrededor. El único que reaccionó rápido fue Matt. Saltó la barrera y corrió como un loco hacia la «zona cero». Había visto a Marie y a su compañero, el cámara, entre el público de los Bulls, al comienzo del partido. Marie destacaba como un sol en medio de un campo de «toros rojos» y ahora ya no la veía, ni a ella ni al cámara.

—¡Marie! ¡Marie! —Esquivó los ríos de personas que huían despavoridas del área y se asomó por el hueco abierto. Buscó a Marie entre el amasijo de hierros, asientos de plástico y gente asustada. Tardó en encontrarla, pero la vio. Estaba en el suelo, agarrada a un pilar, asustada. Viva.

Se le ocurrió rodear la zona y entrar por uno de los vomitorios cercanos para salir bajo las gradas. Una vez allí, le resultaría más fácil llegar hasta ella. La luz se apagó de pronto y dejó el hueco con una tenue oscuridad. La gente

gritó, asustado. Él avanzó a tientas, guiándose por las potentes luces del techo del estadio que se colaban entre las rendijas de los asientos y por fin, consiguió llegar a su lado.

—Marie, soy Matt, mírame —dijo agachándose a su lado. Le cogió con suavidad la cara que lo miraba con los ojos como platos y añadió—: Déjame revisarte, pequeña. ¿Te duele algo? —Ella negó con la cabeza. Matt buscó alguna mancha de sangre en su cuerpo; le palpó los brazos, las piernas. Nada. No veía nada.

—Estoy bien, Matt —dijo ella, al fin—. Solo ha sido un susto. He tenido suerte.

—¡Marie! —Bob la llamó desde lo alto de la grada desplomada. Llevaba la cámara en la mano, apagada.

—¡No dejes de grabar, Bob! Yo estoy bien, ¡graba todo lo que puedas! —gritó ella, al tiempo que hacía amago de incorporarse.

—Ni se te ocurra moverte —le dijo Matt.

—Tengo que subir, tengo que ir con Bob. Esto es noticia, los informativos de todo Canadá van a abrir con esta información.

—Ni hablar. Ya se ocupa Bob.

—Matt, estoy bien, te lo aseguro. No me ha pasado nada. Estoy bien.

—Te has caído de una grada. Puedes haberte golpeado sin saberlo.

—¡No me he golpeado con nada!

Afuera volvió la luz e iluminó un poco más el espacio donde estaban.

Matt puso el su dedo índice ante sus ojos y le ordenó:

—Está bien: mira mi dedo y sigue su movimiento.

Marie suspiró con resignación. Matt se fijó en la trayectoria que seguían esos preciosos ojos verdes moteados de pintitas marrones. No vio nada extraño.

—Ahora, levántate despacio. Si notas algún mareo o náusea, te paras ¿entendido?

Ella no respondió. Se incorporó despacio, tal y como le había dicho, atenta a cualquier pinchazo o dolor inesperado. Cuando se vio de pie y erguida, le dedicó una sonrisa de satisfacción.

—¿Ves? ¡Estoy perfecta! Ahora voy a buscar a Bob.

—Iré contigo. No me fío de lo que puedas hacer con tal de conseguir tu «exclusiva».

En el momento en que salieron de nuevo al vomitorio y llegaron al parque, una patrulla de policía y un equipo de bomberos entraba para

desalojar a todo el mundo. Marie divisó a dos periodistas de la cadena rival grabando desde la cancha, y a Bob, que se hallaba cerca de una pareja que parecía herida. Corrió hacia su compañero y le ordenó:

—Tú sigue mientras puedas. Yo voy a intentar averiguar qué ha ocurrido y cuántos heridos ha habido.

Matt la siguió de cerca. No pensaba perderla de vista ni un segundo.

Capítulo 7

James apagó la enorme pantalla con el mando a distancia y se volvió hacia Marie con una expresión de satisfacción nada habitual en su grueso rostro de carnes flojas.

—Bien, Lovefield —Desde que la audiencia del programa subía sin pausa, su jefe no había pronunciado mal su apellido ni una sola vez—, un nuevo éxito. Un reportaje con una fuerte carga dramática, muy humano y lleno de emoción, justo lo que nuestro público quiere ver.

—Gracias, jefe, pero sin Bob no lo hubiera conseguido, hacemos un gran equipo —afirmó Marie sin falsa modestia; el reportaje había quedado increíble y lo sabía.

Nada había escapado al ojo experto de su compañero, tras el objetivo de la cámara: hombres, mujeres y niños que lloraban y gritaban mientras buscaban a los suyos; los jugadores de ambos equipos volcados en el rescate de los heridos; los testimonios en directo de esos mismos heridos —por fortuna menos de media docena y todos leves, a pesar de lo aparatoso del accidente— y, como broche de oro, el famosísimo Matt Storm siguiéndola a todas partes, preguntándole cada cinco minutos si se encontraba bien, tratando de sacarla de allí con todo tipo de excusas y, sin querer, dando al conjunto el toque justo de humor y ternura.

Seguramente, pasarían años hasta que se le volviera a presentar otra oportunidad como aquella, se dijo Marie pero, desde luego, estaba muy satisfecha de cómo la había aprovechado.

—Por supuesto, por supuesto. —James hizo un gesto con la mano; saltaba a la vista que a su jefe no le interesaba el cámara lo más mínimo—. Tráeme más reportajes como este, Lovefield, y te prometo que haré de ti una estrella de los informativos.

—Eso está hecho, jefe.

Marie salió del despacho con un ánimo tan ligero que se sentía flotar en el aire. ¡Por fin, empezaba a demostrar su valía! ¡Por fin, la gente empezaría a tomarla en serio! En ese momento sonó su móvil.

—¿Lo has visto, Matt? —preguntó entusiasmada, sin molestarse en saludarlo.

—Claro que lo he visto, mofletes —las comisuras de la boca de Marie se torcieron hacia abajo—, una exclusiva fantástica.

—¡No es una exclusiva y te he dicho mil veces que no me llames mofletes!

—Perdona, no pretendía ofenderte, es un apodo cariñoso.

—¡Pues guárdatelo para alguna de tus «croquetitas»!

—Oye, no te he llamado para pelearme contigo —se quejó él—, solo quería darte la enhorabuena. Hemos visto tu programa en el bar y los chicos también querían felicitarte, están muy orgullosos de ti.

—Muchas gracias —respondió Marie más calmada y con una sonrisa en los labios—. Son todos fantásticos.

—Me alegro de que pienses así, creo que te has convertido en algo así como la mascota del equipo.

Marie volvió a fruncir el ceño, no estaba muy segura de que le gustara eso de ser «la mascota del equipo».

—En fin, mofle... ¡ejem! —se detuvo justo a tiempo—. En fin, Marie, me están esperando, tengo que irme. ¡Nos vemos en el próximo partido!

Matt colgó sin esperar respuesta, pero no antes de que ella oyera una voz claramente femenina al fondo. Marie colgó el teléfono despacio y se quedó mirándolo con fijeza, mucho menos animada que unos segundos antes. Ríos le había comentado que Matt lo había dejado con Bonnie, ¿estaría ya con otra?

Furiosa consigo misma, sacudió la cabeza con decisión.

—Marie Agnes Lovefield, ¿cuántas veces he de decirte que ese mujeriego imposible no es para ti?

—¿Decías algo, Marie?

No se había dado cuenta de que había hablado en alto ni de que Bob caminaba justo detrás de ella. Avergonzada, negó con la cabeza:

—Nada, nada. Es solo que estoy agotada, será mejor que me vaya a casa. Buenas noches, Bob.

—Buenas noches.



Matt sacó la llave del bolsillo del abrigo y entró en su ático. Había ido a picar algo con los chicos, y luego se les habían unido las *groupies* habituales que solían perseguir a los jugadores famosos. La verdad era que no tenía el cuerpo para aguantar una noche de charla vacía con ese tipo de mujeres: largas melenas rubias, piernas aún más largas, extremada delgadez y la cabeza vacía del todo salvo de pensamientos mercenarios. Bonnie, su ex, por llamarla algo, aunque solo habían estado saliendo un par de meses, también era así.

Sus amigos le habían mirado sorprendidos cuando anunció que se iba a dormir. Por lo general, era el primero en apuntarse a una buena juerga, pero durante toda la noche no había conseguido apartar de su cabeza el momento exacto en el que, nada más oír el estruendo, levantó la cabeza y vio que la grada en la que hasta hacía unos minutos estaban Marie y su compañero, el cámara, había desaparecido. Y luego, cuando la vio aferrada con todas sus fuerzas a un pilar, asustada pero viva, sintió un alivio tan grande que había estado a punto de vomitar.

Se quitó la ropa y la tiró en el suelo del baño. Desnudo, fue al dormitorio y se tumbó en la cama con las manos detrás de la nuca. Los grandes ojos verdes y asustados de Marie le perseguían, así que se concentró en la Marie que había visto la última vez que había ido a su casa: la minúscula nariz llena de pecas apuntando al cielo en un claro desafío, los labios provocativos, las manos delicadas y nerviosas, que solían acompañar siempre sus conversaciones con gestos expresivos, el cuerpo pequeño y esbelto, pero lleno de curvas en los lugares precisos...

—¡Joder, Matt, eres un perverso! —exclamó en voz alta al sentir la súbita rigidez de su miembro—. ¿Puede saberse en qué cojones estás pensando?

Y más le valía que fuera lo que fuese dejara de hacerlo, porque como Paul se enterase del modo en que pensaba en su hermanita últimamente, le iba a cortar los cojones bien cortados. Un castigo merecido, por otra parte.

—A partir de ahora mismo, nada de pensar en sus curvas, nada de pensar en labios insinuantes, nada de... En resumen, nada de pensar en ella como en una mujer, ¿entendido?

Marie volvería a ser la pequeña Marie, se juró a sí mismo y, un poco más calmado, cerró los ojos y enseguida se quedó dormido.



«Nada de pensar en ella como en una mujer, nada de pensar en ella como... Nada de pensar en ella.»

Matt se lo había repetido más de cien mil veces en la última semana. Dormido, despierto, vestido, desnudo, mientras se duchaba, comía, conducía, paseaba y veía la televisión. Los únicos momentos en los que su cerebro le daba un descanso era mientras entrenaba. Así que llevaba siete días machacándose el cuerpo desde el amanecer, de tal manera que tenía a sus compañeros de los Owls preocupados. Era jueves, día de relax y de cervezas, y había ido al *pub* con ellos, aunque no le apetecía nada. Pensar en Marie lo dejaba eufórico y a la vez de mal humor.

—Mirad a Storm, parece un corderito perdido en medio de la estepa —se rio Visenko—. ¡Pasadle una birra, a ver si lo convertimos en el lobo!

Una jarra se deslizó a toda velocidad por el mostrador. Matt la detuvo con la mano derecha, mientras que con la izquierda levantaba el dedo índice y le hacía el gesto más grosero que conocía. Las carcajadas del resto atrajeron la atención del *pub* entero.

Se llevó la pinta a los labios y la apuró de un trago, mientras Ríos, Ross y el propio Visenko le jaleaban a voz en grito.

Cuando la vio entrar en el *pub*, llevaba ya cuatro jarras de cerveza metidas en el cuerpo.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo ella como saludo.

Le pareció que estaba más guapa que nunca. Intentó responder con alguna frase simpática, pero no se le ocurrió ninguna.

—¡Eh, chicos, ha venido nuestra maravillosa Marie! —oyó que Ríos exclamaba—. ¿Qué quieres, preciosa?

—¡Hola! Una jarra de las pequeñas, será suficiente.

—¡Eso está hecho! —volvió a exclamar el tonto de Ríos, que puso una mano al final de la espalda de Marie, y la alejó de él .

¿Nuestra Marie? ¿Nuestra maravillosa Marie? ¿Desde cuándo ese... ese... de Ríos se había apropiado de «su Marie». En ese instante, un grupo de chicas rodeó a los jugadores y ella desapareció de su vista.

El camarero miró hacia él y Matt levantó una mano. En tres segundos tenía otra jarra llena de líquido espumoso delante de él y en otros dos estaba vacía. Todavía le dio tiempo a tomarse otro par de cervezas más antes de que

«su Marie», se diera cuenta de que él existía.

Ella se acercó con desenfadada alegría.

—¡Hola, Matt! No te había visto al entrar.

—Últimamente soy invisible para ti —masculló él.

—¿Qué hacías en este rincón? ¿Te has enfadado con los chicos?

Matt la miró con ojos vidriosos y apoyó la cabeza en el mostrador.

—Con el mundo, también estoy enfadado con el mundo.

Le costaba hablar. Y al parecer, también sostenerse derecho.

—¿Ha sucedido algo?

—Nada. Todo, según se mire.

Marie le señaló las jarras que se acumulaban ante él.

—¿Te has bebido todo eso?

—Tenía sed.

—¿Estás borracho?

—¡Shhh, no digas eso! Si alguien se enterara, me echarían del equipo.

¿Sabes que los jugadores no podemos beber ni trasnochar ni salir con mujeres? ¿Te han contado esos capullos de ahí —Apoyó la cabeza en la otra mano y señaló al resto del equipo, ajeno por completo a ellos— que tienen un contrato firmado donde han jurado ser buenos chicos? ¿Y lo son? —Se quedó callado unos instantes—. ¡Qué mierda, claro que lo son! ¿Ves a aquel?

—¿A Bruce Ross?

—Sí, a ese moreno de pelo ondulado y ojos azules. La mitad de las mujeres casadas de la ciudad se lo tirarían sin pensar en sus maridos, pero él está enamoradíisimo de su esposa.

Marie sonrió cuando le escuchó alargar la «i» hasta el infinito.

Definitivamente, Matt Storm borracho era un encanto.

—Ya veo, es un buen tipo.

—Y tiene una mujer de escándalo. ¡Shhh, no le digas que te lo he dicho!

Me arrancaría la garganta con una sola mano.

Marie volvió a reír mientras hacía el gesto de cerrarse los labios como si de una cremallera se tratara.

—No se lo diré a nadie. —Levantó una mano—. Prometido.

—Buena chica. ¿Y ves a aquel de allí?

—¿Visenko?

—Sí, el ruso. Le llaman la Bestia, pero en realidad solo ruge. No tiene garras ni dientes. Cualquiera día aparecerá una chica, pequeña como tú, y se convertirá en un gatito.

Marie se lo estaba pasando genial.

—¿Y Ríos? ¿También es un gatito?

—No quiero hablar de ese. ¿Has visto la peli del libro de la selva? —
Comenzó a sisear y a hacer círculos con una mano delante de sus ojos—. Es como Ka, la serpiente, parece bueno pero te hipnotiza con su mirada.

Marie soltó una carcajada.

—¿Y tú, a quién te pareces tú?

—Al oso.

—¿A Balú? —se rio ella.

—Era el bueno, ¿no? El más tonto, siempre amigo de todos.

Volvió apoyarse sobre la barra, con aspecto tristón, como abrumado por sus propias palabras.

—¿Saben tus compañeros lo que opinas de ellos?

—¡Shh! Lo que tengo yo aquí —se tocó la frente—, no lo comparto con nadie.

Pareció espabilarse y se irguió de repente. El taburete se tambaleó peligrosamente y Marie lo sujetó para evitar que se cayera.

—Creo que sería mejor que tú y eso que tienes en la cabeza os vayáis a casa.

—¿Tan pronto?

Ríos apareció de repente. Venía a buscar a Marie.

—Nos vamos a otro garito. Ross, tiene ganas de fiesta aprovechando que el entrenador nos ha dado la noche libre. ¿Os venís?

—La fiesta se ha acabado para mí. Creo que me iré a casa pronto —
decidió Marie—. En la tele nos levantamos antes del amanecer.

—Si me esperas un momento, aviso a los chicos y te acompaño.

Matt se puso en pie de un salto, con tanta rapidez que sorprendió a Marie.

—Yo también me marchó. La acompañaré. Le prometí a su hermano hace quince años que me comportaría como un caballero andante con ella —afirmó con rotundidad ante la cara de asombro de Sergio. Tú puedes irte y hacer compañía a las chicas. ¡Eh, Ross! —gritó. El capitán del equipo miró hacia ellos—. Cuidado con hacer ninguna tontería o Sam te dará una paliza con sus propias manos.

Después se dirigió a ella.

—Pídeme un café, doble. En un segundo estoy de vuelta.

El *pub* recobró cierta tranquilidad cuando el grupo salió, no sin antes

despedirse de ella.

A su regreso, Matt tenía el pelo completamente empapado. Marie no dudó de que había metido la cabeza debajo del grifo del lavabo para espabilarse. Se tomó el café de un trago, cogió la chaqueta y señaló la puerta con galantería.

—Después de ti.

≡ ≡ ≡

Matt dio el primer traspies en cuanto salieron del *pub*. Marie lo sujetó de un brazo para evitar que se estampara contra el asfalto.

—Será mejor que cojamos un taxi —decidió ella y levantó una mano para detener al primero que pasara.

—No, un taxi no, por favor. —Matt cogió aire como si de ese modo pudiera parar el movimiento del suelo—. Prefiero caminar.

—¿Hasta mi casa? Tardaremos más de una hora.

Matt se repuso lo suficiente como para guiñarle un ojo.

—¿Tienes algo más que hacer?

Ella se lo pensó solo un instante.

—¿Dar de comer a un camaleón, que hace lo que le viene en gana, cuenta?

—No cuenta en absoluto.

—Pues entonces, la verdad es que no —reconoció.

Marie se aseguró el bolso en el hombro, metió las manos en el bolsillo de la chaqueta y echó a andar. Matt tuvo que trotar para alcanzarla.

—Genial. Caminaremos, así nos despejaremos.

—Mejor dirás que te despejarás.

—Y tú también.

—Yo estoy perfectamente espabilada. Solo me he tomado una cerveza, y era pequeña —puntualizó.

—La mía también era pequeña.

—¿Cuál de todas?

Él simuló pensarlo detenidamente, pero solo le vino a la mente una imagen borrosa de varias jarras vacías.

—Alguna de ellas debía de serlo —farfulló.

Marie soltó una carcajada que resonó en la cabeza de Matt como un

tambor.

—Espero que todas tus noches de amigotes no terminen de este modo.

—¿Cómo? ¿Acompañando a... la hermana de mi mejor amigo a su casa?

Te aseguro que no.

—¿Y acompañando a una «croquetita», «bollito», «pan de azúcar» o «pastelito» a su casa?

Matt obligó a Marie a detenerse y la miró a los ojos fijamente.

—Te aseguro que tampoco. Pero hoy...

—Hoy era un día especial, por lo que veo.

—Especialísimo.

—¿Tenías alguna razón para beberte todas las existencias del *pub*?

—Una muy poderosa.

—Que no me vas a contar.

—No en este momento.

Pasaron el cruce en silencio y el siguiente, también. Marie fue la primera en hablar.

—Tenemos dos opciones: seguir sin dirigirnos la palabra o sacar un tema de conversación intrascendente. ¿Empiezas tú o lo hago yo?

—¿Hablamos del tiempo?

—¿No se te ocurre otro tema?

—¿Tienes frío?

—¡Matt!

—Está bien. No puedo pensar mucho en este momento. Empieza tú.

—¿Te gusta vivir en la ciudad?

—¿Ottawa? Genial. Al contrario que el tiempo, un tema nada polémico.

Ella le propinó una palmada de castigo en el brazo. Matt se sinceró.

—Es una ciudad fantástica. Aunque reconozco que al principio, me infundía respeto. Yo, como tú, imagino, no estaba preparado para este trajín. Un millón de personas. Siempre hay alguien mirándote. Y además, estaba lo de ser el centro de atención de la gente, los *flashes* de los fotógrafos de prensa, las entrevistas de los periodistas, el público enfebrecido mientras corea tu nombre. Era una locura, una auténtica y diabólica locura. Luego estaban los entrenamientos extenuantes, las broncas del *míster*, los partidos perdidos, la desconfianza entre compañeros... Estuve a punto de largarme. Si no llega a ser por tu hermano, no habría durado en el equipo ni un mes .

—¿Por Paul?

Matt asintió. Marie sintió un escalofrío y él se quitó la bufanda y la ajustó

en el cuello de Marie.

—Le llamé desde la estación de autobuses para decirle que regresaba. ¿Sabes cómo me convenció de que no lo hiciera?

—¿Cómo?

—La frase textual fue: «Eres un puto cobarde. ¿Quieres que la pequeña Marie piense en ti como el hombre que pudiste ser y no fuiste?»

Marie estaba a punto de que se le salieran los ojos de las órbitas.

—¿De verdad te dijo eso?

Matt se rio de ella.

—Solo la primera mitad.

—Así que te llamó cobarde.

—Con todas las letras.

—¿Y te quedaste por eso?

—Por eso y porque cuando llegué a la taquilla, descubrí que me habían robado la cartera mientras hablaba con él. Gracias a tu hermano y al carterista que me desvalijó, lo consulté con la almohada.

—Y te quedaste.

—Al día siguiente, Scott Truman y Gary, el entrenador, me convocaron a una reunión y me dijeron que confiaban en mí. Me regalaron los oídos como nunca lo había hecho nadie. Me infundieron la seguridad que me faltaba. Y aquí estoy. —Se quedó en silencio unos segundos antes de continuar—. ¿Y a ti qué te atraía de la gran ciudad?

Marie no tuvo que pensarlo ni un segundo.

—Las oportunidades. Todo lo que se puede hacer y conseguir, la posibilidad de llegar a lo más alto desde lo más bajo. Mírame a mí. Hace solo dos meses era la última de las becarias del estudio y ahora soy una parte importante del *staff* de *Triples canastas*.

—Marie, de eso te quería hablar. Tienes que ser precavida en tu trabajo y no lo digo por el accidente del otro día. Fiarse de la gente es un poco arriesgado. Sí, en todas partes hay gente buena, pero también están los que se aprovechan de lo que consiguen los demás.

Marie levantó un brazo para detener sus consejos.

—Cambio de tema. ¿Qué música oyes cuando quieres relajarte?

A Matt, que se había vuelto excesivamente formal de repente, se le escapó una sonrisa.

—Jazz.

—¿Cómo? No te pega nada.

—¿Y qué me pega?

—Algo como Eminem, Ice Cube o Cypress Hill.

La carcajada de Matt resonó en medio de la calle vacía.

Y así, hablando y discutiendo, discutiendo y hablando llegaron al portal de Marie.

—Bueno —comenzó Matt a despedirse—, ya estás sana y salva.

—Y tu cabeza completamente despejada.

—La conversación me ha venido bien. Eres el mejor remedio para la borrachera. La próxima vez que me pase te llamaré.

—Ni se te ocurra hacerlo.

—Descuida.

Matt metió las manos en los bolsillos de los pantalones. Parecía un tímido jovencuelo. Marie se puso de puntillas y le ajustó mejor la bufanda en torno al cuello.

—Buenas noches —se despidió sonriente.

—Buenas noches.

Capítulo 8

Tiffany, su compañera de piso, había regresado de Vancouver y venía desatada. Desatada la lengua —no dejaba de parlotear sobre su aburrida y solitaria estancia en su ciudad de origen—, desatada de hambre —se merendó en un abrir y cerrar de ojos los restos de sus macarrones con queso de la noche anterior; con su permiso, eso sí— y de juerga: planeaba hacer una fiesta en el apartamento ese mismo fin de semana para resarcirse del ambiente agobiante que, decía, se respiraba en casa de sus padres.

Y eso era lo último que le apetecía a Marie.

Sobre todo porque los amigos de Tiffany eran de esos frikis que escuchaban músicas psicodélicas, fumaban marihuana mientras vaciaban una botella de tequila y terminaban riendo y saltando como monos borrachos en el salón.

No, gracias. Lo malo es que ese fin de semana libraba. Los Owls no jugaban, ya que se celebraba en Toronto el partido clasificatorio para el mundial de baloncesto entre Canadá y Brasil, al que estaban convocados Bruce Ross y Visenko. Matt se había quedado fuera de la convocatoria, para su disgusto.

—¿Por qué no te vienes a casa a hacerme una visita? —le dijo su hermano Paul cuando le contó sus penas por teléfono—. Desde que te has convertido en la becaria estrella de *Triples canastas*, no se te ve el pelo. Espero que no se te haya subido el éxito a la cabeza.

—¿Qué éxito? Sigo siendo una simple redactora de un programa deportivo, con un sueldo miserable, que vive en un apartamento minúsculo, compartido con una neurótica de los manga y su camaleón.

Su hermano soltó una carcajada divertida.

—Lo sé. La investigamos entre Matt y yo antes de que te mudaras, ¿recuerdas?

Lo recordaba perfectamente. Casi se le cayó la cara de vergüenza cuando descubrió todo lo que habían averiguado sobre Tiffany.

—Prefiero olvidarlo.

—Te echo de menos, enana.

—Y yo a ti, hermanito —respondió, mimosa. De pronto, sintió la necesidad de volver a casa, dormir en su cama destartalada, oler sus libros, encender la chimenea y respirar el aire provinciano de su Montreal natal—. Me encantaría ir, pero dudo de que haya billetes de tren a estas alturas.

—Puedes venirte con Matt en su coche. Este fin de semana su padre celebra una fiesta por su jubilación y sé que le prometió venir.

—¿En serio? ¿Don Storm ha decidido jubilarse? —preguntó con tono de incredulidad.

—Eso parece. Warren y Patricia se quedarán al frente del bufete.

—Vaya... Me cuesta creer que el gran Storm ceda el mando.

—Por aquí no termina de creérselo nadie, me temo. Ni siquiera sus hijos. Creo que, en parte, Matt va a la fiesta para comprobarlo con sus propios ojos —bromeó Paul.

—Bien, hablaré con Matt para lo del viaje. Y cambiando de tema...

¿Cómo va el bar?

Oyó un gran suspiro al otro lado del auricular.

—No va mal.

Eso significaba que tampoco iba demasiado bien, pensó Marie. Cansado del escaso trabajo que tenía en el taller de coches desde que abrieron un gran centro de automóviles cerca, Paul había decidido alquilar y reabrir el *pub* del viejo Simon, un acogedor local decorado en madera y con reminiscencias escocesas, donde se solían reunir los más ancianos del pueblo hasta la muerte de su dueño. Paul pensaba que hacía falta un sitio cercano, agradable y acogedor para que los jóvenes de Saint-Jean-sur-Richelieu pudieran salir a tomarse algo en los duros meses de invierno, cuando las bajas temperaturas hacían peligroso desplazarse en coche por las carreteras.

—El sábado te echaré una mano en la barra. Le diré a mis amigas que se pasen. Tengo ganas de ver a todo el mundo por allí.

—Eso sería estupendo, enana. Ya estoy deseando tenerte por aquí.

≡ ≡ ≡

A medio centenar de metros del edificio de apartamentos, Matt divisó la figura menuda de Marie dando saltitos en la acera, en un intento de entrar en

calor ante la helada que estaba cayendo a esa hora tan tempranas. Ella era inconfundible: llevaba un abultado plumas amarillo canario, un gorrito de lana rosa con orejeras y unas botas a juego. Y a pesar de ese aspecto un tanto infantil, cada día que pasaba cerca de ella era más consciente de que aquella adolescente que los retaba constantemente, a su hermano y a él mismo, a impedir que se saliera con la suya, se había convertido en una joven fuerte y atractiva, con las ideas muy claras.

Matt aparcó su Toyota deportivo y le hizo una señal con la mano. Ella corría ya hacia él arrastrando su maleta.

—Llegas diez minutos tarde —le recriminó cuando estuvo a su lado.

—Sí, lo siento —dijo Matt, que le quitó la maleta de las manos y la metió en el maletero abierto—. Debería haberte avisado.

—Deberías, sí. ¿Sabes el frío que hace en esta ciudad a las siete de la mañana?

—Entra en el coche. Tengo un termo de café caliente dentro y he comprado donuts recién hechos.

Eso le calló la boca como por arte de magia.

—Oh, vale. —Entonces le dedicó una maravillosa sonrisa traviesa antes de acoplarse, decidida, en el asiento, y añadió—: Estás perdonado.

Él se abrochó el cinturón, giró la llave y le devolvió una sonrisa burlona.

—Me lo imaginaba.

Marie se quitó el gorrito de lana y luego se contorsionó en el asiento hasta que logró deshacerse del abrigo, que lanzó hacia atrás. Matt la observó de reojo, divertido.

—Uau... —Las pequeñas manos acariciaron el elegante salpicadero negro plagado de compartimentos que abrió, cerró, probó y juzgó sin ningún reparo. Revisó cada una de las opciones de la pantalla táctil del navegador, incluido el servicio de solicitud sobre la marcha de comida para llevar. «¿En serio puedes encargarte la comida desde aquí para que la tengan preparada cuando llegues? ¡Es increíble!». Luego se acomodó bien en el asiento de suave cuero negro y con un suspiro de satisfacción, agregó—: Creo que podría mudarme a vivir aquí dentro mañana mismo.

Él soltó una gran carcajada.

—Hazlo. No te cobraré alquiler.

Ella echó la cabeza hacia atrás y volvió la cara para mirarlo, con gesto pensativo.

—¿Sabes? Después de muchos años de observación y estudio en el taller

de coches de mi hermano, he desarrollado una teoría sobre las motivaciones de los hombres a la hora de elegir coche. Según mi teoría, los hombres elegís los coches de una forma similar a como las mujeres eligen los bolsos —dijo al cabo de unos minutos de silencio.

—No me digas.

—Sí. Hay un criterio elemental que es económico; es decir, elegís una marca de coche que refleje claramente vuestro estatus actual o aspiracional. Pero luego entran en juego otra serie de criterios como es el modelo, el color, los accesorios, los detalles o la falta de ellos, que son un buen reflejo de la personalidad de su dueño. Los hay que pretenden aparentar tanta autoridad y agresividad que caen en la fanfarronería y el mal gusto, como los que se compran esos Hummer negros, más propios de narcos que de jugadores de hockey. O los hay que se compran un aparatoso deportivo rojo al que jamás podrán sacarle partido en la carretera para demostrarle al mundo que están en la cima del mundo y se merecen que los miren y los admiren; los hay que prefieren un sencillo todoterreno metalizado de gama alta porque prefieren pasar desapercibidos en cualquier lugar y...

—¿Y qué dice mi coche de mí, señorita sabionda?

—Hum... Veamos, señor Storm: tu Toyota deportivo negro con la cabina interior elegante y personalizado dice que eres un tipo al que le gusta el riesgo y la velocidad... siempre que sea bajo control; que prefiere un toque de misterio y preservar su intimidad antes que llamar la atención y exponerse a la mirada de todos. Eres eficiente y organizado: valoras los pequeños detalles que te hacen la vida más fácil y agradable; te preocupa el medio ambiente y...

—De acuerdo, de acuerdo... no sigas. Admito que es una teoría con cierto fundamento.

—Eso ni lo dudes —afirmó con una enorme sonrisa—. Y ahora... ¿dónde están esos donuts?

Él señaló el asiento de atrás.

—En la caja de cartón. Cógela.

Y entonces Marie se desabrochó el cinturón, se puso de rodillas de espaldas a la carretera y se estiró hacia el asiento de atrás. El trasero redondo y respingón le quedaba casi a la altura de la mano. Matt resopló. Ese viaje se le iba a hacer interminable.

—¿De qué te gustan a ti? —le preguntó ella con la caja ya en su regazo.

—Con azúcar. Simples.

—Por supuesto. Yo me cogeré el de chocolate.

—El termo con el café lo tienes aquí delante —le indicó un compartimento, donde también encontró dos tacitas de plástico—. Viene azucarado. Espero que no te importe.

Ella negó con la cabeza y sirvió el café con mucho cuidado, sin derramarlo. Matt extrajo sendos posavasos de una ranura oculta.

—Eres una cajita de sorpresas, Matt Storm —le dijo Marie, tendiéndole su taza con una sonrisa encantadora—. Pensaba que lo sabía todo de ti, pero todavía me sorprendes.

—¿Y eso es bueno?

Ella aspiró el aroma del café y bebió un trago sin apartar la vista de la carretera que tenían por delante.

—Muy bueno.

—Menos mal. Todavía no me he puesto la coraza invisible contra los ataques —dijo él, en tono irónico.

—¿Qué coraza? ¿De qué ataques te tienes que defender?

—Era una forma de hablar, Marie.

—¿En serio? Yo creo que te referías a tu padre.

Vaya. Pues sin duda lo conocía mejor de lo que él pensaba. O Paul le había contado más de lo que debería. Era la única persona con la que tenía la suficiente confianza como para confesarle la lucha soterrada que su padre y él mantenían desde hacía varios años. El viejo Storm no admitía que ninguno de sus hijos se desviara del camino trazado por él. Y Matt más que desviarse, se había dado la media vuelta y tomado el camino contrario el día en que concedieron la beca de baloncesto para estudiar en la universidad de Chicago.

«—No necesitas ninguna beca —le había dicho cuando le enseñó la carta—. Le pagué la universidad MacGill a tus hermanos y te la pagaré a ti también. Ya he avisado al director de que te reserven una plaza para el próximo curso».

Él debía ser abogado, como ordenaba la tradición familiar. La especialidad podría elegirla, siempre que fuera útil para el bufete. Le plantó cara a su padre con diecisiete años: se negó a rechazar la beca de la universidad de Chicago y se marchó. En Chicago se convirtió en titular del primer equipo, que ganó la liga universitaria por primera vez. Para cuando regresó a Canadá, entre los profesionales ya se oía hablar de Matt Storm, aunque el viejo no quisiera reconocerlo. Jamás le había oído decir que estuviera orgulloso de él, de sus triunfos, de sus logros; más bien al contrario,

su padre no desaprovechaba ninguna ocasión para doblegarlo y menospreciarlo. Así que, sí. Se refería a su padre. Sin embargo, le dijo a Marie:

—Es complicado de explicar.

—Por lo que sé, tu padre siempre ha sido un hombre difícil. Recto, pero muy exigente.

—Sí, aunque la máxima exigencia no es lo peor: lo peor es que trate de imponer su forma de ver la vida, tanto en el plano personal como en el profesional, a todos los que le rodean si quieres que te respete. Y si no lo haces, no vales nada. Yo decidí elegir mi propia vida; por eso me marché de Montreal. Y resulta que he triunfado, soy bueno en lo que hago, aunque él no lo quiera reconocer. Para él, ser jugador de baloncesto no es suficiente y estoy desperdiciando la «gran oportunidad que el bufete representa para mí». Así ha sido siempre, y así será.

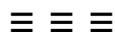
—¿También ahora, que se jubila?

—Precisamente ahora es cuando más presión ejerce: sé que utilizará la excusa de la celebración para hacerme chantaje emocional y arrancarme el compromiso de volver al redil más pronto que tarde.

—Vaya... ¿Y lo va a conseguir?

Matt sonrió sin apartar la vista de la carretera.

—Ni de coña. Tengo planes propios para mi futuro, pequeña.



Matt estiró la mano y cogió otro *gintonic* de la bandeja que portaba el camarero en su recorrido. El gran salón de la mansión de los Storm estaba repleto de gente, en su mayoría personas pertenecientes a los círculos de amistades de sus progenitores. Divisó también algunos rostros conocidos, amigos de sus hermanos Patricia y Warren. Había olvidado lo que entendía su madre por una «pequeña e íntima celebración familiar»: no menos de cien invitados engalanados, una pequeña banda de música, servicio de *catering* con sus correspondientes camareros y, por supuesto, los consabidos discursos en honor al protagonista de la velada.

—¿Qué tal, Matt? ¿Lo estás pasando bien?

—Divino, Patricia —ironizó él. En su gusto por las convenciones sociales y las apariencias, su hermana se parecía demasiado a su padre—. Si lo sé, no vengo.

—¡No seas tonto! A papá le hace muchísima ilusión que estés aquí.

—Claro, por eso apenas les he visto el pelo ni a él ni a mamá desde que me he levantado.

—¿Qué te pasa, Matt? ¿Sigues necesitando ser el centro de atención constante?

—¡Yo nunca he querido ser el centro de atención!

—¿Ah, no? Pues para no querer serlo, bastantes preocupaciones le has dado a papá.

—¡Venga ya, Patricia!

En ese momento, el tintineo agudo de una copa reclamó su atención. Todos los presentes se volvieron hacia el rincón de donde procedía el ruido. Margaret Storm se había colocado delante de la banda de música, frente a sus invitados, y sostenía el micrófono entre las manos.

—Queridos amigos, antes de nada, Don y yo queremos agradeceros de corazón que hayáis aceptado acompañarnos en este día tan importante y glorioso para ambos, pero sobre todo, para él. Doy gracias a Dios de que, por fin, mi incansable marido haya aceptado la ineludible realidad: hoy cumple setenta años en plenas facultades físicas, mentales y sex... mejor no sigo por ese camino, ¿verdad, Don? —le guiñó un ojo con gesto pícaro; su padre meneó la cabeza en señal de complicidad y una carcajada general resonó en la estancia—. Como os estaba diciendo, a partir de ahora, al hombre más testarudo, amable y cariñoso del mundo, le ha llegado la hora de dedicarse por completo a su encantadora mujer. ¡Me lo prometiste, Don!

Otra carcajada general. Matt también sonrió, no sin cierta emoción. Si alguien había sabido mantener la calma, la paz y el sentido común en su familia por encima de cualquier dificultad, había sido su madre.

—Por supuesto, querida. Mañana empezamos. Hijos, amigos, compañeros... hoy es un gran día para mí. ¡Quién me iba a decir que cumpliría setenta años deseando levantarme para ir al despacho cada día! Así ha sido toda mi vida. No era mi trabajo, era mi pasión, y a ella me he dedicado en cuerpo y alma. Pero todo llega, amigos. También para un viejo toro como yo. Hoy estoy aquí, celebrando mi cumpleaños y mi bien merecido retiro con todos vosotros y con mis queridos hijos: Warren, Patricia y Matt —al tiempo que los nombraba, los señaló por encima de la gente, que se volvió para mirarlos. Matt le correspondió con una sonrisa forzada—. Y ya que he conseguido reunirlos hoy aquí, he pensado que sería un buen momento para anunciar que, a partir de este próximo lunes, el bufete Storm & Storm pasará a manos de mis tres hijos, Warren, Patricia y también Matt, que se reincorporará

en breve, en cuanto los Owls superen a los Toronto Raptors que, como bien sabemos todos, será muy pronto si hay un Storm en el equipo.

De nuevo una carcajada general. Esta vez, Matt no sonrió en absoluto. De hecho, cualquier atisbo de sonrisa murió en la expresión de rabia que le atravesó el rostro. Soltó la copa encima de la mesa más cercana y abandonó el salón con paso decidido, en dirección al jardín.

—¡Matt! ¡Matt! ¡Hijo! —La voz de su madre lo persiguió en su camino. Podía salir huyendo como solía hacer o podía detenerse y pedirle explicaciones a la única persona que quizá pudiera dárselas.

—¿Cómo ha podido hacerme eso? ¿Con qué permiso? ¿Con qué derecho?

—Lo hace con la mejor intención, hijo... No quiere dejarte fuera, piensa que es lo mejor para ti.

—¡Sabe perfectamente que no es lo que quiero! ¡El bufete no es para mí! ¡Por más que lo anuncie a sus amigos y colegas, nunca seré parte de ese mundo!

—Tranquilízate, hijo. Podemos hablarlo y ver qué opciones hay.

—No hay opciones, madre. Yo tomo mis propias decisiones y ninguna pasa por formar parte del bufete de papá, ni ahora ni en el futuro. Y si para ello tengo que renunciar a ser parte de esta familia, lo haré.

—¡No digas tonterías! Tú siempre serás mi hijo, nuestro hijo, hagas lo que hagas, decidas lo que decidas. No voy a permitir que esto se convierta en motivo de discusiones o desunión en esta familia.

—Eso cuéntaselo a papá. Parece que él no opina lo mismo que tú. —A lo lejos oyeron de nuevo la voz de su padre al micrófono y las carcajadas de los invitados riéndole los chistes. Matt la miró con ternura. Su madre siempre había estado ahí para él y sabía que siempre, siempre, podría contar con ella. Con ella y con Warren. Ambos eran sus dos pilares en la familia; nunca le fallarían, de eso estaba seguro—. Vuelve a la fiesta, mamá. Sin duda, eres la que más te la mereces. Creo que yo, esta noche, iré a divertirme a otra parte.

Capítulo 9

—¡Paul, ya estoy aquí!

El ruido de la puerta mosquitera al cerrarse de golpe acompañó su anuncio. Marie empujó la maleta por encima de los tablones de madera que necesitaban una buena capa de barniz y miró a su alrededor, aspirando con deleite el olor a café, madera de pino y a felicidad, que había sido el inconfundible aroma de su hogar desde que tenía memoria.

Los pasos de una persona que bajaba por la escalera a toda velocidad retumbaron por toda la casa y, en cuanto vio a su hermano —quien, a juzgar por la camisa a medio abrochar y el pelo mojado, acababa de salir de la ducha—, Marie tomó impulso y se arrojó en sus brazos.

—Te he echado de menos, enana.

Marie se aferró con más fuerza a su cuello y apretó las piernas en torno a su cintura.

—Lo mismo digo, hermanito.

Después de un buen rato, Paul se soltó y la apartó un poco para poder examinarla a gusto.

—¿Has crecido? —preguntó al fin con los ojos entornados.

Al escuchar el comienzo del antiguo ritual que siempre seguía a los encuentros con su hermano, aunque solo hubieran pasado unas horas desde la última vez que se hubieran visto, Marie apretó los labios para no sonreír y respondió muy seria:

—Me temo que no.

—No pareces la pequeña Marie.

—Será porque ya soy mayor.

—En tus sueños, enana.

Y, como correspondía al final del ritual, su hermano empezó a hacerle cosquillas hasta que Marie, con las lágrimas corriendo por las mejillas,

suplicó clemencia. Paul pasó un brazo por encima de los hombros de su hermana y la condujo hasta el ajado sillón *chester* que, situado frente a la chimenea, ocupaba la mayor parte del salón.

—¿Y Matt?

—Ha ido derecho a su casa para ayudar con los preparativos de la fiesta. Me ha dicho que te dijera que se pasará por el bar.

Marie aprovechó a su vez para observar a su hermano con detenimiento. Él sí que parecía más mayor. Algunas canas asomaban ya entre los cabellos castaños, y tenía unas arrugas de preocupación en la frente que no recordaba haber notado la última vez que se vieron.

—¿Qué pasa con el bar? —A Marie no le gustaba andarse por las ramas, así que fue directa al grano.

Paul se encogió de hombros y suspiró.

—Al parecer, la juventud de Saint-Jean-sur-Richelieu sigue pensando que es un bar de viejos y prefieren desplazarse unos kilómetros hasta Saint-Luc.

Marie frunció el ceño.

—¿Has hecho un poco de publicidad?

—Puse un anuncio en el *Saint-Jean Informations*, pero no fue barato y, por lo visto, tampoco demasiado efectivo.

Marie sacudió la cabeza; su hermano era alérgico a internet y las redes sociales; tenía móvil solo porque resultaba más cómodo que vivir sin él, pero en el fondo era un romántico y seguía pensando que el contacto virtual jamás sustituiría a los encuentros cara a cara.

—Menos mal que he venido, hermanito. Lo que tú necesitas es un poco de publicidad de calidad.

Paul alzó una ceja, burlón.

—¿Habló la experta?

—Habló la superexperta.

Su hermano soltó una carcajada y le tiró cariñosamente de uno de los rizos rubios.

—No hablemos más del Anchor. Cuéntame cómo has llegado a convertirte en una estrella de la televisión de la noche a la mañana. Quiero todos los detalles.

Estuvieron charlando sin parar hasta que llegó la hora de abrir el bar. Mientras tanto, Paul preparó pasta para cenar y, en cuanto terminaron de comer, se pusieron los abrigos y salieron.

A pesar de la fuerte ventisca, diez minutos más tarde, Paul detuvo el

motor de la vieja *pickup* frente a la entrada del Anchor Bar. Ya en el interior, Marie miró con curiosidad a su alrededor. Solo había entrado allí un par de veces cuando era adolescente y siempre le había parecido un lugar tan decrepito y lleno de polvo como los parroquianos que solían echar la tarde en él con una pinta interminable de cerveza en la mano.

Su hermano, que siempre había sido muy creativo y habilidoso, le había dado un aire nuevo. El interior de madera relucía con el brillo de la cera fresca, y las luces tenues invitaban a las confidencias. Marie se dijo que era el sitio perfecto para pasar una velada acogedora durante los fríos meses de invierno y, cuando llegara el buen tiempo, en el pequeño prado que daba al arroyo que discurría a su lado. Estaba segura de que en cuanto los jóvenes del pueblo conocieran el local, serían de su misma opinión.

Paul le explicó cómo funcionaba la caja y el grifo de cerveza, y enseguida tuvo oportunidad de poner en acción sus nuevos conocimientos.

—¡Marie!

—¡Chris!, ¡Terry!

Entre gritos, Marie se abrazó a las que habían sido sus mejores amigas desde preescolar.

—¿Dónde están los demás?

—Vienen ahora.

—Oye, está chulísimo el sitio —dijo Terry mirando a su alrededor con admiración—. No parece el viejo Anchor de siempre.

—Es que no lo es —se apresuró a decir Marie—, el Anchor ahora es muy distinto. Estamos organizándonos para tener música en vivo un par de tardes a la semana. —Paul miró a su hermana con el ceño fruncido, pero Marie hizo como que no se daba cuenta.

—¡Música en vivo, qué bien! —Chris aplaudió con entusiasmo—.

Perdona que no hayamos venido antes, Paul, pero no sé por qué aún pensaba que aquí solo entraban los abueletes que venían a echar la partida de dardos.

—No te preocupes, Chris. ¿Qué te pongo?

Poco a poco, el local fue llenándose de gente. Las conversaciones y las carcajadas hacían la competencia a la Jukebox de los años setenta, que sonaba cada vez que alguno de los clientes depositaba una moneda en la ranura.

El barullo estaba en todo su apogeo cuando, pasada la media noche, la puerta se abrió una vez más y Matt, acompañado de una ráfaga de aire helado, se abrió paso hasta la barra en la que Marie servía cervezas sin parar de charlar con sus amigos de toda la vida.

—¡Marie! —La saludó con la mano.

—¡Matt!

No esperaba verlo esa noche y, en cuanto Matt se dejó caer en uno de los taburetes, se dirigió hacia él preocupada. No era que tuviera mala cara, todo lo contrario; su piel morena y los ojos azules destacaban contra el blanco impoluto de la camisa del esmoquin. Llevaba la pajarita suelta y colgando a ambos lados del cuello. En opinión de Marie, estaba para comérselo; sin embargo, lo conocía demasiado bien y sabía que algo le estaba reconcomiendo por dentro.

En ese momento, Paul, que volvía con una bandeja cargada hasta los topes de jarras de cerveza vacías, la dejó sobre la barra y se volvió hacia su amigo muy sonriente.

—No esperaba verte aquí esta noche, viejo —dijo como si hubiera leído los pensamientos de su hermana mientras golpeaba la espalda de su amigo con fuerza. Matt le devolvió las palmadas con la misma fuerza y, como siempre que los veía juntos, Marie no pudo evitar sonreír; Paul y Matt habían sido los mejores amigos del mundo desde que podía recordar. Sin preguntar, sirvió una cerveza y la puso delante del recién llegado.

—Cuéntanos qué ha pasado.

Su hermano le hizo una seña por encima de la cabeza morena para que se callara, pero Marie fingió no verla y siguió con el interrogatorio:

—Ha sido tu padre, ¿no? ¿Qué te ha dicho?

Paul puso los ojos en blanco, pero su amigo, después de dar un buen trago a la cerveza empezó a contarles los últimos acontecimientos. Pese a que a cada rato los interrumpía alguien para pedirle un autógrafo o un *selfie*, Matt consiguió contar la historia completa y Marie, como tantas otras veces, admiró la paciencia con la que atendía a sus admiradores —la mayoría hombres algo bebidos y mujeres con miradas provocativas—, sin perder nunca la sonrisa.

—¿Quieres dormir en casa esta noche? Ya sabes que el viejo *chester* todavía conserva la forma de tu cuerpo.

—Te lo agradezco, Paul. No tengo ganas de ver a mi padre en el desayuno.

—Pobrecito Matt.

Marie le pasó la mano por los oscuros cabellos, como había hecho mil veces de niña cuando el amigo de su hermano dormía en el sofá del salón después de una discusión con su padre. Sin embargo, esta vez el intenso calambre que siguió le hizo retirar la mano en el acto. En ese momento, sus

ojos se cruzaron con los ojos azules de Matt y, por unos segundos, tuvo la sensación de que él también había notado aquella extraña descarga de energía. Lo vio llevarse la jarra de cerveza a los labios y apurarla de un trago.

—¿Me pones otra, por favor? —pidió sin mirarla y Marie corrió a hacer lo que le pedía.

Cuando regresó con la bebida, la tensión había pasado y Matt y Paul hablaban de los problemas del Anchor.

—No lo entiendo, tío, es el lugar perfecto para los inviernos de Saint-Jean. El *pub* más cercano está a más de siete kilómetros y no es ni la mitad de acogedor que este.

Paul se encogió de hombros con ese gesto de derrota que Marie había visto esa mañana por primera vez. Su hermano mayor había luchado contra viento y marea para sacarla adelante cuando, siendo poco más que un adolescente, se hizo cargo de ella y no soportaba verlo ahora tan desanimado.

—Es un pequeño problema de publicidad —intervino Marie y, de pronto, se le ocurrió una idea magnífica—: Oye, Matt, ¿no te apetecería ser socio de Paul?

—Marie, no... —pero ella no permitió que su hermano la hiciera callar.

—Espera, Paul, escúchame sin interrumpirme.

—Eso, Paul, déjala hablar, la verdad es que llevo tiempo pensando en invertir en algún negocio y esta puede ser una buena oportunidad. Habla, mofletes.

Marie estaba tan entusiasmada por su brillante idea que, en esta ocasión, ni siquiera reparó en el odioso mote.

—Ni siquiera tendrás que invertir demasiado dinero, solo tendrás que prestar tu imagen para dar a conocer el local.

—Marie, puedo salir adelante sin necesidad de la fama de esta fabulosa «estrella del baloncesto». —Aunque hablaba en tono de broma, se notaba que su propuesta había herido a Paul en su orgullo.

—Es una idea excelente —afirmó Matt sin hacer caso de las protestas de su amigo—. Me dejaré caer por aquí de vez en cuando y, de paso, me traeré a alguno de lo chicos. Vísenko y Ríos siempre están deseosos de explorar nuevos cotos de caza.

—Y contrataremos grupos locales para tener música en vivo varios días a la semana... —añadió Marie.

—Y pondremos una pantalla gigante para ver los partidos de la NBL... —propuso Matt.

—Y *Triples canastas* podría emitirse desde aquí de vez en cuando...

—Y buscaré a un cocinero para que prepare las mejores hamburguesas de la zona. ¡Espera, creo que conozco al hombre adecuado!

Se quitaban la palabra el uno al otro y Paul, incapaz de resistirse a semejante entusiasmo, se contagió del mismo y empezó a hacer sus propias propuestas.

En cuanto el último cliente abandonó el local, Paul echó el cierre. En la calle desierta y desafiando a la ventisca, Matt, Marie y él cerraron el acuerdo con un apretón conjunto de manos y un grito de guerra. Entre risas, subieron a sus respectivos coches y, con cuidado para no patinar con la nieve recién caída, condujeron despacio hasta la casa de los Lovefield.

Capítulo 10

El sofá seguía siendo tan incómodo como siempre y la noche se le hizo eterna. Aunque la culpa de su insomnio no era únicamente la estrechez de la cama improvisada. Su padre y su absurdo empeño en que se convirtiera en un abogado tenían mucha culpa, y la mujer que dormía por encima de su cabeza muchísima más, se dijo Matt. ¡Para qué se iba a engañar!

Paul, Marie y él se habían quedado charlando hasta altas horas de la madrugada: planeando la estrategia a seguir hasta conseguir hacer del Anchor el bar de moda en Saint-Jean-sur-Richelieu. Marie estaba desatada y juró que no pararía hasta que el bar de su hermano fuera el referente absoluto de la juventud que vivía a menos de veinte kilómetros a la redonda. Paul parecía a ratos apabullado con las ideas de su hermana, pero él... él se había quedado anonadado, extasiado, hipnotizado con su vitalidad y optimismo. Se había quedado colgado de ella. Definitivamente. Lo había conquistado. *Forever and ever.*

Ahora necesitaba buscar el momento para decírselo.

Y ese pensamiento en vez de ponerlo más nervioso, lo relajó. Se acomodó en el viejo *chester* y se durmió tranquilo.

Lo despertó el sonido de la puerta al cerrarse. Abrió los ojos y los volvió a cerrar cuando la luz del día inundó su apacible sueño. Se le había olvidado cerrar las persianas.

—¡Paul! —llamó.

Pero nadie contestó y recordó entonces que su amigo había comentado en algún momento que el pedido de cerveza le llegaba a primera hora de la mañana. Intentó coger de nuevo el sueño, sin éxito. Treinta minutos después se rindió. Imposible volver a dormirse.

Tenía dos opciones: un buen desayuno o una buena ducha.

—El desayuno primero.

Por suerte, Paul era un hombre ordenado y de costumbres, y la tostadora, el pan y los cuchillos seguían en el mismo sitio. Asaltó el frigorífico sin ningún remordimiento. Terminó el último bocado de los huevos revueltos y se estiró en la silla.

—Y ahora, la ducha.

Subió las escaleras sin hacer ruido. El silencio y la oscuridad en la planta superior era total. Marie, sin duda, seguía durmiendo. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no entrar en su habitación y mirarla mientras dormía o... ¿en qué estaba pensando?

Se metió en la ducha y le dio al grifo del agua fría para que se le fuera de la cabeza la idea meterse en la cama con ella. Le costó un rato, pero lo consiguió. No cambió la temperatura del agua hasta que volvió a ver a su padre, micrófono en mano, anunciando a todo el mundo que se incorporaba al bufete.

Estaba a punto de cerrar el grifo, cuando oyó que alguien entraba en el baño.

—¿Paul? —preguntó.

Nadie contestó y, sin embargo, podía ver a una persona detrás del vaho que empañaba el cristal de la mampara.

—¡Paul!

La puerta se abrió y se cerró con rapidez. Antes de que a Matt le diera tiempo a darse cuenta de qué estaba sucediendo, ella ya estaba dentro.

El agua le corría por la cabeza. La tenía a dos centímetros de él. Desnuda. En la ducha. Con él.

—¡Marie! ¿Qué haces aquí?

Absurda pregunta.

—¿A ti qué te parece?

Rápida respuesta. Como rápida fue la reacción de una parte de su anatomía.

—¡Mierda! —farfulló antes de atraparla por la cintura y pegarla a él.

Ella le comió la boca a besos.

—Esto no es buena idea —murmuró Matt para autoconvencerse.

Pero ella no le dejó volver a repetirlo. Sintió sus manos en las nalgas y el pubis de Marie se frotaba contra él, incitándole con sus movimientos.

—Es una maravillosa idea —rio ella antes de ponerse de puntillas y mordisquearle el lóbulo de la oreja—. ¿No te parece?

—Mierda, sí, claro que me lo parece.

Sus grandes manos le abarcaban sus pechos redondos como manzanas. Eran suaves, turgentes, perfectos, tal y como los había imaginado. Le pellizcó los pezones y Marie soltó un suspiro que excitó a Matt mucho más de lo que ya estaba. Su boca se deslizó por el cuello, la línea del hombro y descendió hasta uno de los senos. ¡Umm! Marie se arqueó hacia él y cerró los ojos para disfrutar del placer que él le provocaba. Matt se lo chupó a placer, se los comió, los mordisqueó mientras Marie gemía y se retorció bajo su boca. Fue deslizando la mano por la suavidad de la piel mojada. Le recorrió la curva de la cadera, la redondez de las nalgas, la lisura del ombligo. Bajó por debajo de su estómago hasta llegar al borde del pubis. Penetró en los rubios rizos y siguió bajando y bajando. Paseó los dedos por el borde los labios y rozó el centro de su deseo. Ella seguía gimiendo y estremeciéndose debajo de él, de sus labios, de su boca, de sus besos. Matt sintió que le arañaba la espalda y gimió a su vez. Con un movimiento rápido le dio la vuelta. La espalda de Marie contra su pecho, y él recorriendo con ambas manos sus senos, su piel y rozando su feminidad con su miembro enhiesto. Los movimientos de ambos quedaron acompasados. Marie se arqueó contra él. Hubiera sido muy fácil empujar y entrar en ella. Ambos lo deseaban. Y sin embargo, todavía le quedaba a Matt un atisbo de sensatez. Atrapó su boca y la disfrutó al tiempo que sus dedos juguetones se hundían en el fondo de su vagina. Arriba y abajo, arriba y abajo y los movimientos circulares con el pulgar sobre su clítoris. Marie comenzó a estremecerse. Las piernas le empezaron a temblar y Marie explotó en sus brazos. Matt la besó de nuevo, una, dos, tres, diez, doce veces, veinte. Y mientras lo hacía, puso fin a su propio deseo.

Relajado, se apoyó en ella. Se sostuvieron el uno al otro, disfrutando de la sensación de irrealidad durante un largo rato mientras el agua caliente continuaba cayendo sobre ellos.



Matt la soltó de repente y a Marie le invadió una horrible sensación de frío, que aumentó cuando él cerró el grifo del agua caliente.

—¿Has oído eso?

—No he oído nada.

Abrió la puerta de la ducha.

Alguien subía por la escalera.

—¡Marie, dormilona! ¡Levántate que Matt ya se ha marchado!

—¡Mierda!

—¡Mierda!

A Marie apenas le dio tiempo a coger la toalla que estaba detrás de la puerta y a cubrirse con ella; Matt solo consiguió ocultar parte de su anatomía con la que colgaba del lavabo cuando Paul entró.

—¿Ya te has duchado? -Miró a uno y a otro alternativamente un par de veces. La sonrisa se le fue congelando según las imágenes de lo que había sucedido en aquel baño, «su» baño, entre «su» hermana pequeña y su «ex» mejor amigo le pasaban por la mente.

Matt agarró a Marie por el brazo y la puso detrás de él, en un intento de protegerla.

—Paul, yo...—comenzó.

Paul le dio un empujón que lo lanzó contra el lavabo y estuvo a punto de aplastar a Marie.

—¿Tú qué?

—Ha sido solo hoy... nosotros nunca habíamos... Yo debería haberte dicho que...

—¿Deberías haberme dicho que te ibas a follar a mi hermana pequeña en cuanto tuvieras ocasión?

—¡Paul! —Marie salió de detrás de Matt, dispuesta a enfrentarse con su hermano.

Él la apartó de mala manera y se encaró con Matt.

—Deberías habérmelo dicho, sí, para que yo pudiera haberte roto el alma de una paliza antes de echarte de nuestras vidas para siempre. Pero no, has preferido portarte como el cabronazo que eres y esperar a que yo te dejara el campo libre para tirártela.

—Sabes que eso que dices no es cierto... —dijo Matt con suavidad, intentando que su amigo se tranquilizara—. Será mejor que nos vistamos y bajemos a la sala para hablar.

—¿Hablar?! ¡No pienso volver a cruzar una palabra con alguien como tú que se aprovecha de las mujeres en cuanto tiene ocasión! ¡En mi casa, en mi propia casa! ¡En mi cara, en mi propia cara!

Marie se había ido poniendo roja por momentos. Matt pensó que era de la vergüenza que le daba que su hermano los hubiera descubierto en semejante situación, pero no, no era vergüenza lo que sentía Marie, sino rabia.

—¿Con qué derecho hablas así de Matt y de mí?! ¡¿Quién te has creído

que eres?!

Paul se olvidó de Matt por un instante y se volvió hacia ella.

—¿Tu hermano mayor? ¡El que te ha criado y te ha protegido todos estos años para que no te sucediera nada!

—¡Y te crees mi dueño y señor, ¿no?! Entérate de esto de una vez porque no pienso repetírtelo nunca más: ¡Tengo veinticuatro años, soy una mujer hecha y derecha, no la niña que tú pretendes que sea! No soy virgen y me acuesto con quien me da la gana. —Aprovechó la estupefacción de Paul y se sujetó mejor la toalla para que no se le cayera—. He crecido, he madurado, Paul, mucho más de lo que te piensas. ¡Deja de una vez de tratarme como a una niña! — Soltó una triste carcajada—. Y para que lo sepas, yo también siento deseo, ¡como vosotros! Y a este hombre, ¡me lo he follado yo!

Salió dando un portazo y dejó a los dos amigos compartiendo los escasos metros del cuarto de baño.

Matt tragó saliva antes de volver a hablar, abandonó la idea de seguir cubriéndose con la ridícula toallita e intentó enderezar aquella metedura de pata.

—Marie no es un juego para mí. Creo que siempre la he querido, aunque hasta hace poco no me haya dado cuenta. En realidad, al principio yo también la veía como una niña, pero ya no lo es, Paul. Es toda una mujer, y con un ingenio increíble. Si la vieras cómo se mueve en el estadio cuando trabaja. El resto de los chicos...

—Lárgate de mi casa —masculló Paul con los dientes apretados.

—¿Qué?

—¡Que te largues de mi casa en este instante! —gritó, abrió la puerta y salió.

—Pero Paul...

—¡Y puedes meterte tu maldito dinero por donde...!

Matt prefirió no escuchar los desatinos de su amigo y cerró la puerta. Se apoyó en el borde del lavabo y resopló.

Ahora sí que la había liado.

≡ ≡ ≡

Cuando se vistió y salió del baño, Paul ya no estaba en la casa. Tampoco buscó a Marie. Antes de meterse en el coche, miró hacia atrás por última vez con una tristeza absoluta. Recordó los buenos momentos que había pasado con

Paul —él había sido su refugio, su amigo del alma—, y con Marie. Ahora que parecía que lo tenía todo en sus manos, su vida se desmoronaba como un castillo de cartas.

Se metió en el coche, sin saber qué hacer ni adónde ir. La casa de su familia le pareció el peor de los lugares. No tenía el ánimo ni las ganas necesarias para tener otra bronca con su padre.

Y como siempre le sucedía últimamente, apareció una persona que decidió por él.

Marie abrió la puerta del copiloto, tiró la bolsa de viaje por encima del asiento y se metió dentro.

—No pienso quedarme con el *australopithecus* de mi hermano. Me voy contigo.

No le dijo adónde quería que la llevara. Matt tampoco se lo preguntó. Se limitó a pulsar el contacto y a pisar el acelerador. Viajaron en silencio, ensimismados cada uno de ellos en sus propios pensamientos; sin dirigirse ni una palabra ni una mirada hasta llegar a Ottawa.

Matt detuvo el deportivo en la puerta del edificio del apartamento de Marie.

—Tu hermano tiene razón —le confesó. Ella lo miró entonces por primera vez—. Un traidor, un auténtico traidor, eso es lo que soy.

—Esto no tiene nada que ver con una traición. Que él se lo haya tomado así, es culpa solo suya, no nuestra. Todos somos mayores para saber qué queremos y qué no queremos hacer y él no tiene ningún derecho a reprocharnos nada. Tú y yo...

Matt no quiso seguir escuchando.

—No existe un tú y yo. Esto se acabó, Marie. Todavía no sé cómo voy a solucionarlo, pero Paul es más que un amigo, es un hermano para mí y no voy a poner en riesgo su amistad.

—Ya, y lo tuyo y lo mío no está al mismo nivel, sino a uno mucho más bajo.

Matt se pasó una mano por el pelo y resopló.

—No tergiverses mis palabras.

—No las tergiverso. Tú mismo me lo estás diciendo.

—No quiero más problemas, Marie. Tengo muchas cosas en la cabeza: me dejan fuera de la selección nacional, mi padre le dice a todo el mundo que me uno a su despacho sin contar conmigo y mi mejor amigo piensa que he violado a su hermana pequeña.

—O sea que lo último que quieres ahora es que yo te dé otro «problema» más. —Marie se puso de rodillas en el asiento, se estiró todo lo que pudo para coger su bolsa y salió del coche—. Es mucho mejor y más fácil meter el «problema» en la bolsa de la basura, hacerle un nudo y tirarla al cubo. ¡Pues te comunico que este «problema» no quiere volver a saber nada más de ti! ¡Cobarde!

El portazo lo dejó sordo. Y deprimido.

Capítulo 11

Marie se despertó de un sueño inquieto. El timbre del móvil volvía a sonar de manera insistente sobre su mesilla de noche. Alargó la mano sin siquiera mirar y apretó el botón de colgar.

«Matt, Matt, Matt. Déjame en paz», refunfuñó.

Había sido un error darle el número del trabajo, debería de habérselo pensado bien antes de hacerlo. Ahora tenía que soportar sus insistentes llamadas y sus mensajes: que no se lo tomara a mal, que podían seguir siendo amigos, que para él siempre sería alguien especial, que quería verla y comprobar que estaba bien, porque estaba bien, ¿verdad?

Marie se acurrucó en la cama y se escondió bajo el edredón. Llevaba una semana muy mala.

No habían pasado ni diez segundos cuando el móvil comenzó a sonar de nuevo.

«Joder, pero ¡qué demonios le pasa...!» Se incorporó enfadada y agarró el móvil dispuesta a soltarle un buen berrido a Matt, pero cuando descolgó, lo primero que escuchó fue la voz de su jefe:

—¡Marie! ¿Se puede saber dónde te has metido, maldita sea? —le gritó James, fuera de sí—. ¡Te estamos esperando desde hace cuarenta minutos! ¡Más te vale tener una buena excusa porque ya es la segunda vez que llegas tarde esta semana!

Se espabiló de golpe y pegó un brinco en la cama. Buscó el reloj con la mirada. ¡Las nueve y media!

«Nononono... por favor, por favor», susurró corriendo por toda la habitación en busca de su ropa. Ese día tocaba grabación del programa en el estudio diez, y ella era la encargada de hacer la crónica semanal de los Owls.

—¡Estoy de camino, James! Es que se ha caído una anciana en la acera

delante de mí y me he quedado con ella hasta que ha llegado la ambulancia... pero ya estoy de camino, ¡en serio!

James enmudeció al otro lado del teléfono y, por un instante, pensó que su pequeña mentira había colado.

—Cuéntame otra, Marie —dijo su jefe con el tono más cortante que le había escuchado durante el tiempo que llevaba en el programa—. El otro día fue un ciclista, hoy es una anciana... ¡quiero tu culo aquí en menos de veinte minutos o estás despedida!

Ni siquiera esperó su respuesta. Simplemente, colgó.

Mierda, tenía un gran problema. Le temblaban tanto los dedos que no atinaba a meterse los calcetines en los pies. Eligió el calzado más adecuado que tenía para volar por las calles de Ottawa hasta llegar a los estudios de televisión.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué no había oído el despertador? No entendía cómo podía dormir así, tan triste y profundamente.

La noche de aquel nefasto domingo, a su regreso de Saint-Jean-sur-Richelieu, la pasó llorando, lamentándose de lo tonta que había sido al pensar que al fin había conseguido que Matt se enamorara de ella; que su hermano se alegraría por ellos dos y les daría su bendición porque, a partir de entonces, los tres estarían juntos de verdad, serían una pequeña familia. Paul, Matt y ella, juntos.

Pero no, claro que no. Para su hermano siempre sería una niña, la pequeña Marie a la que nadie, nunca, jamás, podría poner un dedo encima. ¿Qué esperaba Paul? ¿Que fuera él quien dijera a quién podía querer o a quién no? ¿Que nunca se enamorara? ¿Que nadie la amara, ni se acercara a ella?

¡Vamos, hombre! Estaba casi segura de que su hermano sabía que se había acostado tiempo atrás con Daniel, el chico de la ferretería, a quien Paul le arregló el Mustang rojo heredado de su abuelo. Daniel y ella se encerraban en la habitación mientras él desmontaba el Mustang pieza a pieza, ajeno a todo. O eso pensaba Marie, porque lo cierto era que Daniel rompió con ella un día, de la noche a la mañana y de manera inexplicable, con un simple mensaje de texto. También salió unas semanas con Steve, un chico del instituto —Paul tuvo que enterarse— y más tarde, ya en la universidad de Ottawa, estuvo casi un año con un compañero, aunque de eso Paul nunca supo nada.

Y ahora, Matt. Podía manejar lo de su hermano, pero lo de Matt... Lo de Matt, no. Estaba segura de que le gustaba, estaba segura de que la deseaba —le vino a la mente la escena de la ducha y oh, sí, claro que la deseaba, de eso

no tenía ninguna duda— y estaba convencida... realmente, creyó que... había querido pensar que él la empezaba a querer un poquito. Al menos, un poquito. Aunque por lo visto, no lo suficiente. La prueba era que no había dudado al elegir la amistad de su hermano frente al amor por ella. Para él no había sido nada más que otra chica rendida a sus pies de estrella del baloncesto. Otro trofeo en su colección de polvos memorables. La pequeña Marie, la estúpida Marie que se declaró enamorada de él desde que era una cría con coletas, había caído como cualquier otra.

Notó las lágrimas deslizándose por su rostro mientras cruzaba a la carrera la avenida que conducía al edificio de la NBC.

A Matt no se lo podría perdonar jamás.



Ya en el ascensor, frente al espejo, se secó las lágrimas, se arregló el pelo, tratando de adecentarse un poco antes de hacer acto de presencia en la redacción. Se notaba sudada y estaba exhausta. Todos sus compañeros la observaron con curiosidad cuando entró en la sala de reuniones. Bob le guiñó un ojo, con sonrisa animosa. Sin embargo, James le dedicó una mirada afilada que la dejó helada. No le dijo nada, no tenía tiempo ni para echarle la bronca en ese momento.

—Pasa a maquillaje y peluquería. Ya —ordenó, tras echarle un vistazo—. Que te arreglen un poco, vienes hecha un desastre.

—He venido lo más rápido que he podido...

—Entras en once minutos. Espabila.

Cuando empezó a sonar la cortinilla de su sección y le dieron paso, se dio cuenta de que el *prompter* no mostraba su texto, el que había redactado ella la tarde anterior. Detuvo la grabación y se encaró con Sheyla, que se encargaba de la producción.

—¿Quién ha tocado mi texto? —le espetó, de mala manera.

—Nadie ha tocado nada. Hemos puesto el documento que me mandaste ayer.

—No es cierto, aquí faltan datos, información. ¿Quieres quedarte con mi sección, Sheyla? ¿Es eso lo que quieres? —la acusó, mientras se dirigía a grandes zancadas a su ordenador para mostrarle a todo el mundo el texto que ella misma había redactado la tarde anterior, el texto real, el bueno.

Cuando abrió el documento, enmudeció. El texto que apareció en su

pantalla era el mismo que había leído en el *prompter*. Por alguna razón, no se había guardado la última versión, no estaban los datos que tecleó y la información era inexacta en varios puntos. Y mientras tanto, el resto del equipo comenzaba a mirarla con desprecio, con irritación. Marie se dejó caer en su butaca, sobrepasada por todo. Totalmente avergonzada. Había sido una completa imbécil. Una auténtica gilipollas.

—Marie, a mi despacho —le dijo James antes de que pudiera volver al plató.

Esta vez sí que le temblaban las canillas; sabía que nadie podía librarla de la bronca que se avecinaba.

—Lo siento de veras, James.

Él le hizo un gesto para que se callara. Ni siquiera le ofreció asiento. Los dos permanecieron de pie en ese despacho al que había entrado tantas veces antes. Su jefe comenzó a hablar con gesto severo.

—Puedo entender que un día tengas un problema y llegues tarde. Bien. Puedo llegar a entender y tolerar que, tres días después, vuelvas a tener otro problema y te olvides de que tenemos reservado el estudio de grabación. Pase. Pero lo que no puedo consentir, de ninguna de las maneras, es que me tomes por idiota y me mientas ni que le echas la culpa a un compañero de tus propios fallos. ¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que por ser responsable de una sección con cierto éxito puedes comportarte como si fueras una diva de la televisión? ¿En serio esperas convertirte en una profesional digna de respeto con esa forma de comportarte?

Marie comenzó a temblar y buscó apoyo en el respaldo de una silla cercana. Notaba el peso de las palabras de James sobre su espalda, clavadas como cuchillos, porque sabía que tenía razón.

—Yo...

—Tú entraste aquí como una becaria, Marie —le cortó él, sin dejarla explicarse—. Te ganaste una oportunidad porque vi algo en ti diferente, algo prometedor. Creí que llegarías muy lejos, pero ahora, sinceramente... has sido una gran decepción.

A Marie se le volvieron a empañar los ojos. No era justo. Era buena en su trabajo, su sección era muy popular y los índices de audiencia así lo decían, su único error había sido...

—Lo siento, en serio —se disculpó, aunque la voz le salía casi inaudible—. La culpa es mía y solo mía. Estoy pasando por un mal momento personal, James.

Él no se ablandó. Se mostró inflexible.

—¡Pues habérmelo dicho el día que llegaste tarde y me contaste esa historieta del ciclista atropellado! ¿Te crees que eres la única que tiene problemas personales? ¿La única que pasa un mal momento? —le reprochó—. ¡Por supuesto que no! Todos pasamos por malos momentos. Pero eso no justifica que mientas ni que descuides tu trabajo ni que pienses que eres intocable porque tu sección tiene éxito, Marie. Tal vez algún día llegues a ser una excelente profesional, pero todavía te queda mucho por aprender. Y por desgracia, no va a poder ser aquí. Recoge tus cosas y márchate.

—¡No, por favor, James! ¡No me hagas eso! No volverá a ocurrir, te lo prometo. Solo ha sido una mala racha, pero lo voy a superar y volveré a ser la misma profesional de antes. Por favor, James... no me puedes hacer esto, no ahora...

—Lo siento. Soy el redactor jefe, responsable de un programa y de un equipo de profesionales. No puedo permitir que ocurran cosas como las de hoy. Y créeme si te digo que, en el fondo, te estoy haciendo un favor, Marie. Quizá algún día me lo agradecerás.

≡ ≡ ≡

Sola, sin trabajo, sin nadie a quien recurrir. Se había quedado sin nada en un abrir y cerrar de ojos. Marie se sentó en el primer banco que encontró, en un pequeño parque solitario entre dos edificios. Observó el tráfico en la calle, la gente que pasaba por delante, la carrera de una ardilla en la rama de un árbol. ¿Qué podía hacer? En cuanto la noticia de su despido corriera por las redacciones de deportes, nadie la contrataría. Todos sabrían que no había sido una buena profesional, que se había comportado como jamás pensó que haría, de la misma forma que todas esas personas inaguantables que se creían por encima de los demás. Había sido un fraude. Un desastre.

El móvil vibró en el bolsillo del abrigo. Miró la pantalla. Era Paul.

—Paul, yo... —Antes de que pudiera decir nada más, se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó su hermano, alarmado—. ¿Estás bien? ¡Marie!

—Me han despedido... —dijo entre hipidos.

Oyó un suspiro al otro lado del teléfono, seguido de una palabrota en voz baja.

—De acuerdo, vamos a tranquilizarnos. No llores, pequeña. —Pero Marie no podía parar de llorar. No solo por el trabajo, también por Sheyla, y por James, y por Matt y por Paul... Lloraba por todo cuanto había ocurrido en esos últimos cuatro días—. Marie, escúchame. No pasa nada. Todo se arreglará, pero no llores.

—Lo he estropeado todo. He sido un desastre, todo me sale mal. Ya no pinto nada aquí, Paul, no valgo para esto —sollozó.

—¡Ni se te ocurra pensar eso! Tú eres la mejor, Marie. Vales mucho, sea lo que sea lo que te propongas, siempre lo consigues —le dijo él, con voz animosa—. ¿Dónde estás ahora?

—Sentada en un parque.

—Haz una cosa, Marie. Vete al piso, recoge tus cosas y vuelve a casa conmigo. Aquí te sentirás bien, te cuidaré y pensaremos juntos qué hacer ahora.

Sí, no era mala idea. Regresaría a casa, se encerraría en su habitación y se lamería las heridas junto a su hermano, que se ocuparía de ella.

—Marie, aquí estarás bien. Me tienes a mí y tienes a tus amigos, que te apoyarán. Podrás trabajar una temporada en el bar. A ti te vendrá bien y a mí también.

Se vio allí, en su pequeña ciudad natal, tras la barra de aquel bar en el que su hermano había puesto tanta ilusión, sirviendo cervezas y copas cada noche a los amigos de siempre, los que habían decidido quedarse en el pueblo y no salir a buscar mejores oportunidades en otro sitio, y de pronto sintió vértigo. Eso no era lo que ella quería. Había luchado todos esos años atrás por marcharse, por ser independiente y tener su propio trabajo, su propia carrera profesional. Si regresaba con su hermano, jamás saldría de allí y no podría alejarse de él ni de su influencia. Debía irse, sí. Pero lejos de Ottawa, lejos de Saint-Jean y de su hermano. Debía pelear por sí misma, madurar de una vez por todas.

Sí, eso era lo que haría. Empezar de nuevo, sola.

—No, creo que no es una buena idea, Paul. Creo que debo quedarme aquí o...

—Espera, espera. Voy a llamar a Matt y a ver qué se le ocurre a él ¿de acuerdo? Él puede ayudarte, Marie. Conoce a mucha gente, seguro que alguien le debe algún favor y puede encontrarte algún trabajo.

—Paul, no. No quiero hablar con Matt.

—¿Es por lo del otro día? Mira, ya he hablado con él, ya me ha dicho que

no hay nada entre vosotros, que no fue algo planificado y que no volverá a ocurrir y, a mí, con eso me basta. Llámalo, confío en él.

Escuchar una vez más la traición de Matt de boca de su hermano fue como una nueva puñalada en el corazón. Se dio cuenta de que, en realidad, necesitaba alejarse de los dos; le hacían daño y empezaba a sentirse aprisionada entre ambos. Debía desaparecer de su radar si quería ser ella misma. A partir de ese instante, ella sería la única que cuidaría de Marie Lovefield. Ella y nadie más.

—Claro, Paul. Lo llamaré cuando llegue a mi apartamento —le dijo para tranquilizarlo.

Pero en cuanto llegó a su casa, recogió todas sus cosas e hizo las maletas. Acordó con Tiffany pagarle el alquiler de un mes completo para que tuviera tiempo de buscar una nueva compañera de piso y compró un billete de autobús.

Esa misma tarde, la telefoneó Bob. Solo quería tranquilizarla y saber cómo estaba y qué pensaba hacer.

—Eres una buena profesional, Marie. No sé qué ha pasado exactamente, pero tienes madera. Te lo digo yo que llevo muchos años en esto. Esto solo ha sido un pequeño tropiezo, pero volverás y con mucha más fuerza, ya verás.

—Gracias, Bob. Tú me has enseñado mucho de lo que sé. He aprendido del mejor, sin duda. —Hizo una pausa, emocionada—. Me voy a Toronto una temporada, necesito salir de aquí.

—¿Tienes a alguien allí?

—No, pero me las apañaré.

—Te voy a pasar el contacto de una buena amiga. Llámala, no te vendrá mal tener a alguien que te eche una mano los primeros días.

Ese gesto de confianza por parte de Bob le llegó al alma.

—No sé cómo agradeceréte, Bob. Yo...

—Cuando seas una profesional de prestigio con la que todos deseen trabajar, te lo reclamaré, no lo olvides. Por el momento, cuídate.

Ella se rio con una pequeña carcajada emocionada.

—Lo haré. Seguiremos en contacto, Bob. Te llamaré para darte mis nuevas coordenadas. Quién sabe... ¡tal vez en un futuro volvamos a hacer equipo!

—Estoy convencido, Lovefield.

Esa misma noche, Marie se montó en un autobús con destino a Toronto. Antes, en el piso, le entregó a Tiffany una nota para su hermano en la que le

explicaba su decisión, y tiró a la basura la tarjeta de su teléfono móvil para que no pudieran localizarla. Sabía que tanto Paul como Matt no pararían hasta dar con ella, pero no se lo pensaba poner nada fácil.

Capítulo 12

—¿Estás lista? Vamos a llegar tarde.

—¡Ya casi estoy!

—Eso mismo has dicho hace un cuarto de hora. —La amiga de Bob entró en el cuarto de baño del piso que compartían y se apoyó en la pared con los brazos cruzados, mirando el reflejo de Marie, que en ese momento terminaba de aplicar máscara de pestañas en su ojo derecho.

—Entiéndelo, Phoebe, en estos últimos seis meses, creo que es la primera vez que voy a un bar en el que no soy yo la que pone las copas. Tengo ganas de arreglarme, de sentirme femenina. Ahora que no trabajo frente a una cámara, mi uniforme de diario consiste en vaqueros, sudadera y zapatillas.

Marie solo exageraba un poquito. En cuanto se bajó del autobús en Toronto, con las mejillas empapadas y los ojos enrojecidos de tanto llorar, lo primero que hizo fue ir a ver a la amiga de Bob. Por suerte, Phoebe resultó ser una buenísima persona y había insistido en que se quedara en su piso por un alquiler irrisorio; según ella, al ser maestra en un colegio solo de chicos, estaba muy necesitada de compañía femenina.

Al día siguiente Marie salió a buscar trabajo y, esa misma tarde, gracias a otro de los contactos de Bob, encontró un puesto de editora en una televisión local. El trabajo era interesante, pero no estaba demasiado bien pagado; así que, para redondear sus ingresos, los fines de semana servía copas en un bar de estudiantes muy concurrido. También había aprovechado para cambiar de imagen; se había cortado la larga melena rizada y estaba muy satisfecha con su nuevo peinado que, además de dificultar que alguien la reconociera, le daba un aire más serio y sofisticado.

Los primeros meses no habían sido fáciles. Echaba de menos su trabajo, a Bob, a los chicos del equipo pero, sobre todo, echaba de menos ver a Matt casi a diario. No se permitía pensar en él y, cuando el recuerdo de aquella

ducha compartida en casa de su hermano le venía a la cabeza, lo apartaba con firmeza. Estaba demasiado ocupada encontrando su lugar en el mundo y no podía permitirse el lujo de añorar a alguien que nunca sería suyo.

Así que para olvidarlo se había volcado en el trabajo. Firmaba sus reportajes como Marie Fairfax y ninguno de sus compañeros sospechaba siquiera que ella tuviera nada que ver con la Marie Lovefield que había presentado *Triples canastas* hasta hacía nada. Su jefa la apreciaba bastante y cada día le daba más responsabilidades, lo que la llenaba de satisfacción, aunque apenas tenía tiempo para sí misma.

Esa noche era la primera vez que había cedido ante la insistencia de su compañera de piso y había accedido a salir a tomar una copa con su grupo de amigos, por eso se había esmerado al arreglarse.

—Estás impresionante. Los chicos se van a volver locos. —Phoebe era tan guapa, que nunca se sentía amenazada por la belleza de sus amigas.

Marie sonrió a su reflejo, satisfecha con lo que veía.

—¡Toronto, prepárate que allá vamos!

≡ ≡ ≡

Habían quedado en un local de moda, y saltaba a la vista que la clientela del Moody's tenía mucho más poder adquisitivo que los estudiantes que abarrotaban el bar en el que ella trabajaba los fines de semana. Marie se estaba divirtiendo y no había parado de bailar y tontear con Mark y Bernie, dos de los amigos de Phoebe, que eran también profesores en su mismo colegio.

Los tres se bailaban en la pequeña pista al ritmo frenético del último éxito de *Broken Social Scene*, cuando Marie notó un toque ligero en el hombro y, al volverse, se encontró cara a cara con Sergio Ríos.

—Pequeña Marie, ¿eres tú?

—¡Sergio! —Al ver el rostro familiar del jugador de los Owls, Marie sintió un pinchazo de añoranza.

Hablar en medio de aquel jaleo era imposible y Sergio, con su audacia característica, la cogió de la mano y la llevó a un rincón que quedaba lejos de los altavoces.

—Me gusta tu nuevo peinado —dijo muy serio, después de examinarla de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía una reunión con mi agente y Don Morin.

Al oír el nombre del dueño de un equipo rival, la periodista que vivía en Marie se puso alerta en el acto.

—¿Estás pensando en dejar a los Owls? —preguntó acusadora.

—En absoluto; estoy seguro de que este año ganaremos la liga también, pero... —le guiñó un ojo con picardía— nunca está de más saber lo que te ofrece la competencia. Eso sí, ¡ni una palabra de esto a nadie!

Marie soltó una carcajada; resultaba difícil resistirse al encanto latino de aquel hombre moreno de profundos ojos negros.

—No te preocupes, soy una tumba cuando decido serlo.

Sergio se puso serio de repente.

—Y tú, pequeña Marie, ¿por qué desapareciste de la noche a la mañana? Los chicos te echan de menos, yo te echo de menos... —hizo una pausa y añadió sin quitarle la vista de encima— y si mi gran agudeza psicológica no me falla, creo que Matt es el que más te echa de menos de todos.

Marie soltó un bufido.

—Ni me lo nombres.

—Ya veo.

Sí, Marie no dudaba de que Sergio veía muchas cosas. Ya hacía mucho tiempo que había descubierto que debajo de ese aire de conquistador adicto a la juerga había un hombre inteligente y empático. Por eso nunca se había sentido culpable por coquetear con él para darle celos a Matt; sabía de sobra que Sergio había adivinado desde el principio el estado de su corazón y, además, al atractivo pívot de los Owls le encantaba hacer rabiar a su amigo.

—¡Prométeme que no le dirás dónde estoy!

Sergio se llevó una mano al pecho.

—Te lo prometo. Yo también puedo ser una tumba cuando quiero.

Aclarado ese pequeño asunto, siguieron charlando y riendo, y poniéndose al día de las novedades de los últimos meses. Ya estaban cerrando el local —Phoebe y sus amigos se habían marchado casi una hora antes—, cuando Sergio y ella, con alguna cerveza de más, salieron a la calle.

—Te llevo a tu casa. Tengo el coche en el aparcamiento del hotel —señaló un edificio un par de manzanas más allá.

—No hace falta. Yo vivo en la otra punta y no estás para conducir. —Sin hacer caso de sus protestas, Marie llamó a un taxi que llegó al poco tiempo.

Sergio la atrajo hacia sí, la rodeó con los brazos y le dio un ligero beso en los labios. Ninguno se percató de la ráfaga de destellos que provenían del interior de un coche aparcado a pocos metros. Se separaron y el jugador abrió

la puerta trasera del taxi.

—Bueno, pequeña Marie, ha sido un placer encontrarme contigo.

—Lo mismo digo, Sergio. Buenas noches.



El sonido insistente del timbre de la puerta lo despertó. Murmurando maldiciones porque se había acostado muy tarde, el pívot de los Ottawa Owls caminó descalzo por el pasillo, pegó un ojo a la mirilla y, pese a que su visitante estaba de espaldas, reconoció a Matt Storm en el acto.

—Qué cojones quieres a estas ho...

No le dio tiempo a acabar la frase porque Matt empujó la puerta hasta abrirla de par en par y le pegó un periódico a la nariz.

—¡Quiero una explicación!

Matt hablaba a gritos y su compañero de equipo —que se había corrido una buena juerga la noche anterior— apartó el periódico que el otro sostenía frente a su cara de un manotazo y lo miró sin entender nada.

—¿Te importaría hablar más bajo? —suplicó pasándose la mano por los revueltos cabellos negros.

—Esto —dijo Matt en un tono un poco más moderado mientras sostenía el periódico en alto y con el dedo índice de la otra mano señalaba una foto a todo color que ocupaba la mayor parte de la portada—. Quiero que me expliques esto.

Sergio dio un gigantesco bostezo y le arrancó el diario de la mano. Examinó la foto con atención y después de un buen rato dijo tan solo:

—Ah, esto.

—¡¿Eso es todo lo que vas a decir?! —La gruesa vena que latía en la sien derecha de Matt Storm parecía a punto de estallar.

Sergio cruzó los brazos frente al musculoso pecho desnudo y lo miró sin asomo de temor.

—Somos Marie y yo. Y nos estamos besando.

—¡Eso ya lo veo! ¡Lo que quiero que me digas...!

Pero, al parecer, su amigo no estaba dispuesto a aguantar más gritos porque se volvió hacia la consola, cogió el jarrón en el que siempre tenía flores frescas y le arrojó el contenido a la cara.

Tosiendo y con uno de los tulipanes enredado aún en el pelo, Matt lo miró

desconcertado.

—Te estabas poniendo histérico, tío.

Con cuidado, Sergio volvió a dejar el jarrón en su sitio antes de encararse con él.

—Mira, no tengo por qué darte explicaciones, pero como creo que en el fondo no eres más que un pobre imbécil que ni siquiera sabe que está enamorado, te voy a hacer el favor. Por esta vez.

Sus palabras terminaron de enmudecer a Matt.

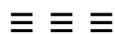
—Uno: que yo sepa la pequeña Marie no es tu novia, así que puede besar a quién le venga en gana. Dos: no sé lo que ha pasado entre vosotros, pero a juzgar por tu rendimiento de los últimos meses, te ha dejado muy tocado, tío. Tres: ya va siendo hora de que dejes de verla como a una niña. Marie es toda una mujer, te lo aseguro. —Sergio sonrió satisfecho al ver el modo en que su amigo apretaba las mandíbulas—. Cuatro: eres un idiota, y cinco y última: si no quieres que la pequeña Marie bese a otro, quizá tengas que tomar alguna decisión.

Se hizo un profundo silencio, y fue Matt el que primero lo rompió al cabo de un buen rato.

—Perdona, tío —dijo con voz suave—, te dejo dormir.

Se dio media vuelta, abrió la puerta y desapareció con la misma rapidez con la que había entrado.

Sergio se agachó, recogió la media docena de tulipanes que habían caído sobre la alfombra y, con una sonrisa jactanciosa en los labios, fue a rellenar el jarrón en el grifo de la cocina.



Matt caminó sin rumbo, inmerso en sus pensamientos, y cuando alzó por fin la cabeza reconoció los grandes árboles y las extensas praderas del parque Andrew Hayden, sobre las que numerosos estudiantes tomaban el sol en distintos estados de desnudez en aquella soleada mañana de junio. Buscando la soledad, tomó un estrecho sendero que discurría en paralelo con el río Ottawa.

Sergio tenía razón, se dijo, indiferente al precioso paraje que le rodeaba. Era un idiota. Llevaba seis meses en los que no había dejado de pensar en Marie. En cuanto le llamó Paul para contarle que su hermana había desaparecido dejando atrás una nota y su tarjeta telefónica en la basura, había

entrado en pánico. Imágenes de Marie sola, vagando sin rumbo por las calles y mal alimentada le habían atormentado dormido y despierto.

Su primer impulso había sido contratar un detective para que la buscara, pero ya estaba a punto de marcar el teléfono que le había pasado su amigo Bruce, cuando lo pensó mejor. Marie había huido de él —de ellos, en realidad— porque ninguno se resignaba a verla como a una mujer adulta. En ese momento comprendió que tenía que dejarla partir; tenía que dejar que madurara a su ritmo. No podía seguir tratando de controlar su vida; ella acabaría odiándolo si seguía así. Con un esfuerzo sobrehumano —que tuvo que repetir en numerosas ocasiones— decidió que no trataría de encontrarla. Por supuesto, los últimos seis meses habían sido un infierno.

Desde que tenía memoria había tratado a Marie como a una pequeña mascota; una mascota muy querida, a la que había que proteger y mimar, y de la que daba por hecho que siempre estaría ahí, esperándolo. No había sido hasta que la había perdido de verdad cuando había comprendido que Marie era mucho más; que siempre había sido mucho más. La había querido cuando no era más que una niña, y ahora que de pronto se había convertido en mujer la quería hasta el punto de que ya no podía imaginar su vida sin ella.

—Soy un imbécil —repitió en voz alta, asustando de paso a un pato negro y blanco que alzó el vuelo en medio de un agitado batir de alas.

Incluso Sergio lo había comprendido antes que él.

Capítulo 13

Matt esperó hasta que las luces del *pub* se fueron apagando poco a poco. Salió del coche con decisión y aprovechó la salida de los últimos clientes para colarse dentro.

Pero su amigo no aparecía por ningún lado. Carraspeó un par de veces para llamar la atención de Paul.

—¡Está cerrado!

Saltó por encima del mostrador y se metió en el almacén. La cabeza de Paul apareció detrás de una pila de cajas de cerveza.

—Tenemos que hablar de Marie —comenzó, muy serio.

—¿Cómo?

Matt sacó de la cartera el recorte de periódico donde Marie aparecía besando a Ríos y se lo mostró.

—Sergio estuvo con ella el otro día. Dice que está mejor que nunca.

—¿Están juntos?

—No.

—Y bien, ¿qué quieres entonces?

—¿Se puede hablar de amor sin tener varios litros de cerveza encima? —preguntó Matt, nervioso por primera vez desde que decidiera dejar de ser un imbécil.

—¿De amor?

—Sí, de amor del bueno, como el que siento por tu hermana.

—En ese caso, te pondré una buena pinta.

Matt lo siguió de regreso al *pub*.

—La más fuerte que tengas.

Paul sirvió dos jarras de cerveza negra hasta arriba. Chocó su vaso con el de Matt y le animó:

—Desembucha.

—La quiero. No me preguntes desde cuándo, creo que desde siempre. ¿Te acuerdas de cómo movía las coletas cuando iba a sexto curso? Me encantaba. Yo iba a recogerte a tu casa con la excusa de ir juntos al colegio, pero en realidad también iba por ver a Marie.

—Salíamos detrás de ella para vigilar que no le sucediera nada. Éramos sus guardaespaldas.

—Tú eras su guardaespaldas, yo era el amigo enamorado.

—Nunca me lo dijiste.

Matt se encogió de hombros. Dio un trago largo a la cerveza antes de continuar.

—Ni yo lo sabía. Me convencí de que era una hermana más para mí, pero lo cierto es que nunca tuve esa necesidad de protección hacia mi hermana. Pero con Marie era distinto, necesitaba estar a su lado. Escoltarla era solo una excusa para estar con ella. Lo sé ahora.

—Es mucho más joven que tú.

—Esa es la cuestión, Paul, que tú siempre la has visto como una niña y yo para evitarme problemas contigo, para mantener tu amistad y estar a su lado, la miraba también con tus ojos. Pero eso ya se ha acabado. Ríos me quitó la venda ayer. Marie hace mucho que dejó de ser la niña que tú crees que es. Es una mujer, como todas las que vienen por aquí, a las que sirves a diario. Me he pasado la tarde ahí afuera —señaló hacia la puerta—, las he estado observando, a muchas de ellas las conozco y son menores que Marie. ¿Cuántas te tiran los tejos? Estoy seguro de que con algunas te has acostado sin pararte a pensar en la edad que tienen.

Paul maldisimuló una sonrisa.

—Tienes razón. Pero es que Marie es mi hermana pequeña. Éramos nosotros dos solos y...

—No hace falta que me lo expliques, entiendo tus razones. Solo te pido que me entiendas tú a mí.

—¿Por qué vienes ahora? Hace más de seis meses que ella se marchó.

—Probablemente porque la he visto con otro —señaló el recorte del periódico— y me he dado cuenta de que como no haga algo, la voy a perder para siempre. Hasta el tonto de Ríos se ha enterado antes que yo de lo enamorado que estoy de ella.

—¿Y qué vas a hacer?

Matt se encogió de hombros.

—Intentar averiguar dónde está.

—Ríos lo sabrá.
—El muy capullo no ha querido decírmelo. Dice que su amistad está por encima de todo.
—¿Entonces?
—Contrataré al mejor detective de Ottawa. Pero tengo que encontrarla.
—Creo que yo... podría ayudarte.
Matt se levantó del asiento.
—¿Sabes dónde está?
—Bueno, Marie, es una buena chica y las buenas chicas se rodean de buena gente y...
—¿Vas a decírmelo de una vez?
—Me pasé el primer mes llamando a todos sus amigos. Al final, uno de ellos me comentó que mantenía una buena amistad con Bob, el cámara con el que trabajaba en la televisión. Él me lo dijo. Está en Toronto.
—¿La has visto?
—No. También yo he reflexionado. Decidí respetar su decisión.
Matt sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió a Paul.
—La dirección. Apúntala en un papel.
—No creo que deba, Matt... Tú mismo lo has dicho: es mayor y toma sus propias decisio...
—Hagamos un trato: tú me dices dónde vive y yo entro como socio en el *pub*, tal y como decidimos aquella noche.
Brindaron con las jarras de cerveza a rebosar. Aquella noche, Matt durmió de nuevo en el sofá de casa de los Lovefield. Y no le importó que fuera pequeño e incómodo para alguien de su tamaño.

≡ ≡ ≡

—Tu cambio. Muchas gracias. Hasta mañana. —Marie le dedicó una sonrisa a la chica y se volvió al siguiente cliente—: Buenos días, ¿qué quieres tomar?

El teléfono no paraba de sonar en el bolsillo del delantal de Marie mientras atendía a los clientes. Menos mal que tenía la costumbre de quitarle el sonido, pero la vibración la estaba volviendo loca. Llevaba dos horas sin poder tomarse un descanso y quien quiera que fuera le había llamado cinco veces en ese espacio de tiempo.

Entregó el zumo a la mujer que atendía y se volvió hacia Martha, su compañera de turno.

—Voy al servicio un segundo antes de que aparezca nadie más.
—Date prisa que esta tarde es un no parar.
Era Bob quien la intentaba localizar. Lo llamó en cuanto estuvo fuera de la vista del jefe.
—¿Por qué no me coges?
—Estoy trabajando. ¿Qué sucede?
—Algo urgentísimo, Marie.
—¿Qué ha pasado? ¿Te ha ocurrido algo? —Se alarmó de repente—. ¿Mi hermano? ¿Matt?
—No, no, no. No seas agorera. Te mando al móvil un mensaje con un teléfono. Se llama Joel, tienes que llamarle y decirle que sí.
—¿Que sí a qué?
—¡Céntrate, Marie!
—¿Que me centre? ¡Pero si todavía no me has dicho por qué me llamas!
—¡Un trabajo en la CTV! ¡Aquí!
—¿En Ottawa?
—De reportera. En casa. ¿No es maravilloso?

≡ ≡ ≡

Regresar a casa estaba bien, muy bien. Trabajar de nuevo como reportera era genial, siempre que la cogieran. Los seis meses lejos de la ciudad que había elegido para que fuera su hogar se le habían hecho largos, pero no estaba dispuesta a renunciar a lo que había construido en Toronto si el trabajo no le convencía. Mejor pequeños pasos, pero seguros, que comerse el mundo y que se le indigestara luego, como le había sucedido la vez anterior.

—Señorita Lovefield, puede pasar —le comunicó la secretaria de Joel Briscoe, productor del programa *Sports Today*, de la CTV.

Marie esperaba una entrevista formal y se encontró con todo el equipo.

—Siéntate, Marie. Hemos pensado que sería más distendido que nos acompañaras en nuestra reunión diaria. —Una chica morena y con el pelo recogido en una coleta, le señaló un asiento vacío a su lado. Marie se sentó, pendiente en todo momento de lo que decía Joel—. Queremos dinamizar el programa, hacer unos contenidos más frescos, acercarlo a un público más joven. Para ello, hemos organizado hoy un *brain storming*, una lluvia de ideas, donde cada uno diga lo primero que se le pase por la cabeza, sin filtros. Ya seleccionaremos y afinaremos luego entre todo lo que salga. —Joel se dirigió

al todo el equipo—. ¿Alguien quiere empezar? ¿No, nadie? Vale, empiezo yo: Cambiar el vestuario del presentador. ¿Siguiente?

Marie se inclinó hacia adelante, animada.

—Poner a una mujer de presentadora —dijo.

—Quitar la mesa del estudio, dejar solo las sillas, que hable con los espectadores directamente —siguió la chica morena.

—Incluir otros deportes aparte del hockey, el *lacrosse*, el baloncesto y el fútbol canadiense —añadió un chico rubio con gafas, sentado enfrente de ella.

—Retransmitir partidos de equipos femeninos —volvió a intervenir Marie.

—Acercar al comentarista al campo —sugirió Joel ahora.

—Entrevistar a los jugadores en el propio campo —siguió Marie—, a los aficionados en las gradas, hablar del clima que va a hacer antes de los partidos, del esfuerzo de los jugadores.

—Crear tertulias en directo —la interrumpió la chica de pelo largo que anotaba todas las ideas que se sucedían sin cesar.

—Colarse en bares y casas y comentar las jugadas con la gente en directo —se le ocurrió a Marie.

—¡Buena idea! —apuntó Joel.

Pero Marie apenas le hizo caso, concentrada ya en lo siguiente:

—Cambiar el tono del programa. Risas, incluir alegría.

—¿Posibilidad de tener público en el estudio? —sugirió el chico rubio.

Y siguieron así una hora más.

—Creo que tenemos suficiente por el momento —comentó Joel—. Ha sido estupendo. Con que solo implementemos cinco ideas de todas las sugeridas, le daremos una vuelta completa al programa. Bien, y antes de dar por finalizada la reunión, quiero darte las gracias, Marie Lovefield, por brindarte de manera tan generosa a acompañarnos en esta locura y decirte que si decides unirme a nuestro equipo, estaremos encantados de compartir el trabajo y las *cupcakes* del desayuno de los viernes contigo.

A Marie se le paró el corazón. Sus supuestos compañeros comenzaron a aplaudir y a silbar.

—¿Estás haciéndome una oferta de trabajo?

—Entiendo que ha sido una encerrona y que no es una forma muy habitual, pero me he dejado llevar por el entusiasmo del momento. En serio, estaríamos encantados de contar contigo en esta nueva etapa. Si quieres lo tratamos en mi despacho tranquilamente. No te he dicho las condiciones, ni el

sueldo, ni...

Marie lo detuvo con un gesto.

—No, en realidad no hace falta.

A Joel se le congeló la sonrisa en la cara.

—¿No?

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Cambiar el nombre del programa. ¿Puede haber un título más aburrido que *Sports today*?



Y ahora trabajaba para *En el último minuto*. Y trabajaba como nunca lo había hecho: millones de horas, pero con alegría. Le encantaba llegar a la cadena por las mañanas con un café caliente en la mano y encontrar a Liam, Marge, Julian y Sally esperándola para ponerse a funcionar todos a una. En aquel grupo no había malos rollos, eran amigos entre sí y la habían acogido en su familia.

Después de varias pruebas para ver quién daba mejor en cámara, decidieron que Julian y Marge hacían la pareja perfecta. Sally y Liam se encargaban de las miles de gestiones que había que hacer y de los miles de permisos que había que solicitar. Los guiones y reportajes los elaboraban entre los cuatro, además de Joel y Marie..., Marie se plantaba en los campos y se divertía como nadie.

El lunes hípica, el martes golf, el miércoles natación y el jueves baloncesto. ¿Dónde? En el estadio de los Owls.

No había vuelto a ver a Matt desde antes de su partida a Toronto. Phoebe le había contado que, el mismo día que Marie regresó a Ottawa, un «tiarrón guapísimo» había preguntado por ella. «Matt», pensó de inmediato. Phoebe le había explicado que se había marchado sin conseguir más que un puñado de datos bastante vagos, por mucho que él insistió.

¡Bien por Phoebe! ¿Cómo se había enterado Matt dónde vivía? Sergio Ríos había sido su primera opción, sin embargo, al final descubrió que Bob se había ido de la lengua con su hermano. Y si Paul lo sabía y se había reconciliado con su amigo, era evidente de dónde había sacado Matt la información.

Un rugido procedente de la cancha le indicó que el partido había acabado

con victoria de los Owls.

—Sígueme —le indicó al nuevo cámara—. Los esperaremos en los vestuarios.

—¿Estás segura de que nos van a dejar acceder? —le preguntó Ned. Al igual que ella, era nuevo en el programa.

Marie le guiñó un ojo para disimular que estaba un poco nerviosa.

—Soy Marie Lovefield, no hay jugador de *basket* que se me resista. Tú límitate a encender la cámara en cuanto te dé la señal. Hacemos la grabación y, después, salimos corriendo.

Matt siempre era el último en llegar a los vestuarios; le gustaba saludar a los contrincantes, a los árbitros y firmar unos cuantos autógrafos antes de abandonar la pista. Así que Marie había organizado una estrategia que consistía en captar los gruñidos de Visenko, entrevistar a Sergio y salir pitando del estadio antes de encontrarse con él. Si podía evitarlo, seguiría controlando las ganas de echarse a su cuello y...

—¡Por ahí llegan!

—¡Empieza a grabar! Señores y señoras, Marie Lovefield desde el pasillo de vestuarios del Owls Stadium. Aquí vemos acercarse a Erik Visenko y no parece estar de buen humor. No nos extraña nada, después de los cuatro triples que ha fallado esta noche. —Marie le plantó el micrófono delante de las narices—. Erik, una valoración rápida para los espectadores de El último minuto: ¿Qué ha pasado hoy? Parece que la canasta se te ha resistido, solo has anotado tres de los quince lanzamientos que has hecho a canasta. ¿Ha sido algo puntual? ¿A qué se debe esta falta de puntería?

El jugador ruso se comportó como Marie sabía que lo haría. Era parte del espectáculo. Apartó el micrófono de un manotazo —micrófono que Marie se apresuró a volver a ponerle delante—, y dijo de malos modos:

—¿Sabes lo que puedes hacer con tus preguntas?

Se largó sin esperar respuesta. De lejos lo vieron abrir la puerta del vestuario de un puntapié. En realidad, el objetivo de Marie era Sergio Ríos: siempre tenía una sonrisa amable en la boca y sabía seducir a la cámara. Además, era su amigo y le daría prioridad frente a otros medios.

—Aquí llega Sergio Ríos. Sergio, los Owls habéis ganado por la mínima y habéis sufrido ante un rival que parecía muy inferior a vosotros, ¿puedes explicarme...?

Pero Sergio Ríos, en vez de pararse y contestar a sus preguntas, tal y como Marie esperaba que hiciera, le dio la espalda y comenzó a responder a

las preguntas de su colega de la NBC News.

Marie se quedó con el micrófono en el aire, estupefacta. ¿La estaba boicoteando?

—¡Marie, Marie! —la llamó Ned.

Marie se dio la vuelta y junto a Ned se encontró con la sonrisa de Matt. Había adelgazado. Los kilos de menos le sentaban de maravilla, y se había dejado barba. Estaba guapísimo.

Marie vio la luz de la cámara, que indicaba que Ned la estaba grabando y recuperó la cordura.

—Intentamos que Matt Storm, alero de los Ottawa Owls, nos haga un análisis del partido. ¿Ha sido un partido complicado, Storm?

—Mucho más de lo que pensábamos. Los Hurricans llegaban con la peor puntuación, pero han sacado toda la artillería. Al principio nos han cogido por sorpresa.

—Veintiséis puntos de diferencia al finalizar la primera parte era para estar preocupados. ¿Qué ha sucedido en el banquillo para que encararais la segunda con semejante furia?

—Nos lo hemos jugado todo y hemos salido a ganar. Con las cosas como estaban no nos ha quedado otro remedio que tirarnos a la piscina.

Marie se rio ante el símil deportivo.

—Dirás mejor tiraros a la cancha.

—No, quiero decir a la piscina. Sin saber nadar y sin flotador. Igual que voy a hacer yo ahora.

—¿Perdón?

Pero Matt en vez de contestarle, se dirigió a Ned.

—Tú, chaval, si quieres una buena historia, sigue grabando.

—¿Pero qué...?

Y antes de que Marie pudiera pensar siquiera en qué demonios estaba sucediendo, Matt la besó delante de las cámaras.

Con toda la pasión del mundo.

Con toda la ternura del mundo.

Con todo el amor del mundo.

Luego, levantó la mano de Marie que sujetaba el micrófono y lo colocó delante de sus labios.

—Eres la mujer de mi vida, siempre lo has sido. Te quise, te quiero y te querré y quiero que todo el mundo lo sepa. Eres lo mejor que me ha pasado. Nada de lo que tengo vale un céntimo si no estás tú compartiéndolo conmigo.

Volvió a besarla y, después, se metió en los vestuarios y dejó a Marie temblando en medio del pasillo.

—¡Guau! Ese tío tenía razón: ¡esta sí que es una buena historia!

—¿Qué vas a hacer tú ahora?

La pregunta de Sergio la sacó de su estado de estupor.

Marie vio el gesto socarrón del jugador y lo decidió. Abrió la puerta de los vestuarios con una patada digna de Visenko.

—¡Matt Storm! —El vestuario se quedó en completo silencio. Matt se dio la vuelta poco a poco. Marie se fue acercando, apuntándole con el dedo índice —. No pienses que vas a hacerme quedar en ridículo delante de medio país y te vas a ir de rositas.

—¿Y qué vas a hacer para remediarlo?

—Ned, graba esto —ordenó al cámara, que se había colado detrás de ella —. Matt Storm eres el tonto más redomado que conozco.

—Tienes toda la razón —coreó medio vestuario.

—Pero te quise, te quiero y te querré y nada de lo que tengo vale una mierda si no estás conmigo. —Ella repitió las palabras que él acababa de decirle y, después, lo besó. Con toda su alma.

—¡Ohhh! —exclamó el coro que tenían alrededor.

—Y ahora, todos vosotros largo de aquí que la función se ha terminado —los despidió Matt, impaciente por quedarse a solas con Marie.

Lo que pasó después no lo vieron nunca los espectadores. Fue un pase privado solo para los dos.

Epílogo

Matt estiró el brazo hacia el otro lado de la cama y lo encontró vacío. Eso lo espabiló rápido. Alzó la cabeza y vio a Marie saliendo del baño, a medio vestir.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir a mi apartamento a recoger la maleta y algunas cosas para el viaje.

Matt se dejó caer hacia atrás, enfurruñado. Marie lo contempló con una sonrisa embobada. Lucía el magnífico torso desnudo y la sábana le remarcaba las largas y musculosas piernas que la habían sostenido en volandas la noche anterior mientras gozaba del orgasmo más excitante de su vida.

—No entiendo por qué te niegas a mudarte a vivir aquí conmigo —dijo él—. Llevamos juntos cuatro meses y has dormido aquí más noches que en tu apartamento.

—Esto ya lo hemos hablado, Matt. Prefiero mantener mi independencia, tener un sitio propio, solo mío.

—En este piso tienes habitaciones de sobra, Marie. Elige la que quieras y le pondremos cerradura, si es que quieres privacidad.

Ella se terminó de abrochar los pantalones vaqueros y se sentó a su lado, en el filo de la cama.

—Sabes que no se trata de eso.

Era eso y mucho más.

—¿Crees que todavía te trato como a una niña?

Marie soltó una gran carcajada.

—Después de lo de anoche, yo diría que no.

Marie le acarició la línea del esternón con un dedo y él aprovechó para tirar de ella y rodar juntos en la cama hasta tenerla a su merced. Sus manos comenzaron a hacerle cosquillas y Marie le pidió, entre risas, que parara. Él obedeció, las cosquillas se convirtieron en suaves caricias por su costado, mientras ella recuperaba el aliento.

—Cásate conmigo, Marie.

—¿Qué? —Ella lo miró sorprendida y luego soltó una gran carcajada—. ¡No!

—¿No? ¿Me estás rechazando? —él se apartó con una sonrisa desconcertada—. ¿Por qué no? ¿Quieres alguna prueba más de que estoy loco por ti? ¿Qué necesitas?

Ella le acarició la mejilla y le dijo:

—No necesito nada más que seguir así, como estamos ahora.

Pero, al parecer, eso no le convenció.

—Estoy hablando en serio, Marie. Quiero casarme contigo, quiero compartir mi vida contigo. ¡Te quiero!

—¡Y yo a ti, Matt! Pero... —La asaltaron mil dudas.

¿Por qué cambiar las cosas si así estaban bien? Ella se sentía feliz, tenía un trabajo que le gustaba, tenía al hombre del que estaba enamorada y era maravilloso, más de lo que hubiera nunca imaginado, y todo eso la hacía sentirse muy libre, muy centrada. ¿Y si al casarse lo estropeaban todo?

—De acuerdo, entendido. No pasa nada. Pero te advierto que seguiré insistiendo hasta que me digas que sí.

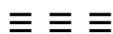
—Trato hecho.—Le dio un beso en los labios y se deslizó a un lado de la cama, antes de que la cosa empezara a ponerse más tierna—. Pero ahora tengo que ir a la redacción y luego me pasaré por mi apartamento. ¿Me podrás recoger allí?

—Claro, pero no te retrases. No quiero que se nos haga tarde en la carretera. ¿Has avisado a tu hermano de que esta noche cenaremos en casa de mis padres? ¿Te ha dicho si ha llegado nuestra nueva cama? No pienso dormir ni una noche más en tu catre de adolescente.

—Sí, sí, sí. A todo sí. ¡No seas tan gruñón, Storm! —dijo, con una sonrisa divertida—. ¡Nos vemos luego! ¡Yo me encargo de comprar los donuts!

—¿Segura?

—¡Segurísima!



Una de las cosas por las que tenía que pasar por el apartamento era, precisamente, para coger un vestido más arreglado con el que acudir a una de esas cenas familiares que tanto le gustaban a la madre de Matt. No era la primera vez que iba a la mansión Storm; pocas semanas después de la reconciliación, Matt insistió en que lo acompañara a Saint-Jean sur-Richelieu para presentarla de manera formal a su familia.

—¿No es un poco pronto? —preguntó ella.

—¿Para qué esperar más?

A Don y Margaret Storm les pilló un poco por sorpresa saber que la pequeña Marie, la hermana de Paul, a la que apenas habían prestado atención,

se convertiría algún día en parte de la familia. Lo cierto es que luego fueron todos muy amables con ella, pero quien la hizo sentir como en casa desde el primer instante fue la madre de Matt, que la acogió con cariño, dulzura y calidez.

Su hermana Patricia no fue demasiado efusiva, algo normal según Matt. Warren, por su parte, dijo entender por fin qué atractivo podía tener el sofá de la casa de Paul frente a la cama extra grande, extra larga y extra cómoda que tenía su hermano en su habitación. El temido Don Storm fue un hueso más duro de roer, por mucho que Matt le dijera que tras la jubilación se había relajado, al menos, con él. Marie se sintió analizada por su mirada aguda y penetrante, pero al fin la despidió con lo que a ella le pareció un elogio: «Me recuerdas mucho a mi Margaret. Pequeña, bonita y testaruda».

Así que sí, quería elegir un vestido que la hiciera sentirse bien, guapa, admirada y también, por qué no reconocerlo, integrada dentro de la familia de Matt.

Cuando Matt la recogió horas más tarde en la puerta de su edificio para emprender el viaje en coche hasta Montreal, había cumplido todas las tareas que tenía pendientes excepto una: se le había olvidado comprar los donuts.

—¿Por qué será que me lo imaginaba? —le dijo Matt al confesárselo y le mostró una bandeja con sandwiches en el asiento de atrás.

Ella sonrió.

—Eres insoportable, Storm —bromeó—. Empiezo a pensar que he alimentado a un monstruo.

—Soy el hombre a tu medida, amor. —Matt se acomodó frente al volante. Esperó a que ella tomara asiento y añadió—: Cásate conmigo, Marie.

Marie soltó una carcajada de nuevo.

—¿Otra vez? ¡Pero si me lo has pedido esta mañana!

—Te lo dije: no pararé hasta que me aceptes. Y sabes que no me rindo fácilmente.

—Sí, algo de eso me suena.

—¿Tienes alguna duda, Marie? —replicó él, mirándola fijamente.

No, no tenía ninguna duda. Matt era el amor de su vida, siempre lo había sido, siempre lo sería. La amaba, la escuchaba, la respetaba, la apoyaba en sus decisiones. Estaba absolutamente enamorada de ese hombre. Y sin embargo, ¿por qué le costaba tanto dar ese último paso?

—¿Y tú? ¿Por qué estas prisas, de repente? —le espetó.

—¡Porque te quiero! Porque quiero que seamos un equipo de verdad, con

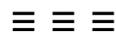
nuestros planes, nuestros sueños, nuestro día a día. Quiero que empecemos a construir ya nuestro futuro juntos.

Ella también quería eso con todas sus fuerzas, pero...

—Para mí ya somos un equipo. Somos el mejor equipo, Matt. Tú y yo. — Él bufó y meneó la cabeza, resignado. No quería que se sintiese mal, ni rechazado, así que le agarró la mano con fuerza y añadió en voz baja—: Ten paciencia conmigo, amor. Solo necesito un poquito de tiempo.

Él tiró de su mano y se la llevó a los labios, dándole un beso.

—Todo el del mundo, si es por estar contigo.



Al día siguiente, Marie fue la primera en despertar. El sol lucía en el cielo y entraba de lleno por la ventana desnuda de cortinas. Habían dormido como marmotas, después de estrenar la enorme cama nueva. Se despertó y contempló a Matt, tumbado a su lado, con el espeso pelo castaño revuelto y la expresión relajada de alguien sin demasiadas preocupaciones. Marie se incorporó y se tendió sobre él, a lo largo de su cuerpo, abrazada a su amplia y musculosa espalda. Estirada sobre él, apenas si le llegaba a la altura de las corvas.

—Matt... —le susurró en la oreja— despierta. Abre los ojos, es hora de levantarse, dormilón.

Él gruñó una palabra ininteligible y siguió durmiendo. Marie comenzó a darle besitos por la línea de los hombros y luego fue subiendo hasta la nuca, muy despacio.

Él gimió, se removió bajo su cuerpo y oyó cómo murmuraba con voz somnolienta:

—Estoy en el cielo. Cásate conmigo, Marie.

Ella se rió y se abrazó con fuerza a su espalda, sin tener muy claro si todavía estaba dormido o fingía estarlo.

—En el fondo, eres un soñador romántico, Matt.

Él abrió los preciosos ojos azules se giró un poco para mirarla, con expresión desesperada.

—¿Es que ni siquiera me puedes dejar que sueñe tranquilamente con mi boda?

—Ah, tu boda. Claro. Y solo por curiosidad, ¿qué te respondía la novia?

—¡Que sí, por supuesto! —respondió fingiéndose ofendido. Comenzó a

girar despacio todo su cuerpo hasta quedar boca arriba. Colocó las manos en las caderas de Marie sentada sobre su estómago y agregó—: Y también me decías, gritando loca de alegría: ¡Sí, quiero casarme contigo, cariño! ¿Por qué no me lo has pedido antes? ¡Es lo que más deseo en el mundo!

Marie rompió a reír al escucharlo hablar con voz afeminada. La tarde anterior, en el coche, había estado tentada de decirle que sí, pero lo cierto es que esa tierna insistencia de Matt para que se casasen ya se estaba convirtiendo en una especie de tira y afloja divertido entre ambos.

—Pues ahí lo tienes. Si ya ha ocurrido en tus sueños, ¿qué más quieres? —bromeó ella—. Date por satisfecho.

—Ah, eso te crees tú. Ni hablar. Quiero oírtelo decir a ti, Marie, y quiero estar bien despierto en ese momento para que no se me escape nada.

Lo miró embelesada. Era tan bonito...

—Me aseguraré de que no sea un sueño cuando acepte, Matt. Te lo prometo —respondió antes de besarlo en los labios—. Pero ahora... debemos levantarnos. Vienen los chicos ¿recuerdas? Ríos me ha dicho que nos llamarían cuando estuvieran a media hora de aquí. Y por la tarde es la fiesta de los Owls en el Anchor, ¡tenemos muchas cosas que hacer!

Matt tardó unos minutos en levantarse después de que Marie hubiera bajado a preparar el desayuno. Cogió su teléfono móvil, repasó los mensajes y luego escribió uno que dejó enviado.

—Prepárate, Marie Lovefield. Hoy no te escapas.

≡ ≡ ≡

Marie miró el reloj. Se estaba haciendo tarde. Matt y Paul se habían ido hacía un rato al bar para comprobar la música y colgar algunos carteles y objetos fetiches de los Owls que habían traído de Ottawa para ambientar el local. La idea se le había ocurrido a Matt: organizaría una fiesta dedicada a los Owls en el Anchor, invitaría a algunos de sus compañeros más cercanos y, de esta forma, le darían más publicidad, aunque ya no lo necesitara tanto: en los últimos meses, el Anchor se había convertido en el bar de moda para la gente joven de los alrededores.

Casi al mismo tiempo que Ríos avisaba de que llegaría en cuarenta minutos, Matt la llamó para pedirle que se acercara a la pastelería. A él se le había olvidado recoger la tarta que había encargado para la fiesta.

—¿Una tarta? ¿Cómo vas a repartir una tarta entre ochenta personas?

—Llegará, no te preocupes. Confía en mí.

Así que Marie se dirigió a la pastelería del pueblo y se encontró con la señora Johnson esperándola tras el mostrador con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ah, Marie! ¡Creí que vendría Matt! Estaba pensando si acercarle la tarta yo misma después de cerrar. Antes no podía, porque hoy no tengo ayuda en la tienda.

—Yo también pensé que se encargaría él, pero han debido estar muy ocupados en el Anchor.

La señora Daisy cogió una caja rosa en forma de cubo grande envuelta en una gran cinta blanca que, a su vez, hacía las veces de asa, y se la tendió a Marie.

—Esta es. Ve con mucho cuidado, es de dos pisos y pesa un poco. — Luego, se llevó la mano al pecho y suspiró profundamente—. ¡Enhorabuena, hija! ¡Es tan bonito!

Marie sonrió sin entender muy bien a santo de qué venía esa felicitación y cogió la caja con cuidado. Pesaba un poco, pero el Anchor quedaba solo unas calles más allá. Se despidió de la pastelera y cruzó la calle. No había avanzado ni cincuenta metros cuando se topó con un póster pegado en el escaparate de la ferretería del señor Evans donde leyó en letras gigantes:

«Marie Lovefield, reina de mi corazón, ¿quieres casarte conmigo?».

—Pero ¿qué...?

Miró a un lado y a otro, en busca de Matt y de alguna cámara oculta lista para inmortalizar el momento. No encontró a nadie. Estaba anocheciendo y la calle estaba extrañamente desierta. Continuó su camino y al doblar la esquina se detuvo en seco: un enorme y llamativo cartel colgaba de la fachada del establecimiento de deportes de Monroy con el mismo mensaje que antes:

«Marie Lovefield, no me hagas sufrir más y... ¡Cásate conmigo! Prometo hacerte feliz fuera y dentro de la cancha».

Por un instante, se quedó en shock. Pero luego, una sonrisa boba se esbozó lentamente en sus labios. Notaba una extraña emoción, una especie de felicidad pudorosa ante la evidencia de que todo el pueblo estaba siendo testigo de la declaración de amor pública de Matt. Unos pasos más adelante,

encontró otro cartel, y luego otro más, y otro. En todos, Matt expresaba su amor y terminaba con la misma pregunta:

«¿Quieres casarte conmigo?».

Cuando llegó frente a la fachada del Anchor y vio a Matt, esperándola de pie delante del porche de entrada, sintió que la emoción le presionaba el pecho. Las piernas le temblaban a cada paso que daba hacia él y el corazón le latía desbocado. Una pequeña luz amarillenta iluminaba su figura corpulenta. Marie se recreó en el brillo de sus ojos, en el esbozo de la pequeña sonrisa que intentaba disimular en esos labios dulces y mullidos que ella conocía tan bien.

—Parece que alguien se ha vuelto loco con su proposición de matrimonio —dijo ella según avanzaba hacia él, poco a poco—. Fíjate que lo ha anunciado en carteles por todo el pueblo, a la vista de todo el mundo. El muy descarado.

—¡No me digas! —Matt se hizo el sorprendido—. ¡Qué poca vergüenza! Hay gente muy rara por ahí...

Ella se encogió de hombros.

—Voy a tener que decirle que sí —dijo, mirándolo a los ojos fijamente.

—¿Tú? ¿Al de los carteles?

Marie asintió con un movimiento lento de cabeza. Ascendió los dos escalones del porche para depositar la caja de la tarta sobre un bidón de cerveza y desde la altura extra que le proporcionaba el segundo escalón, rodeó el cuello de Matt con sus brazos. Solo así conseguía alcanzar sus hombros.

—Pero será porque de verdad lo deseas, ¿no? —Matt bajó la voz, como si de repente se sintiera inseguro.

—Sí.

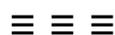
—Dilo, Marie. Necesito escucharlo. —Él la había rodeado por la cintura con sus brazos y la miraba intensamente.

—Sí, quiero casarme contigo, Matt Storm. Siempre lo he deseado. Eres lo que más amo en este mundo.

—Otra vez, por favor... —suplicó—. Ten en cuenta que me has rechazado varias veces y debes compensarlo.

Ella se volvió a reír, exultante.

—¡Sí —gritó lo más alto que pudo—, quiero casarme contigo, Matt Storm! ¡Quiero pasar el resto de mi vida contigo!



Por fin. Matt respiró aliviado, tenía un nudo en la garganta. La estrechó entre sus brazos y la acalló con un beso en el que volcó las horas y horas de nervios y emoción vividos esos últimos días. Amaba a Marie como jamás imaginó que amaría a una mujer, y alguien como él, a quien no le valían las medias tintas, que siempre aspiraba al máximo, que lo daba todo por lo que realmente quería, lo quería todo con ella. No tenía sentido esperar por algo de lo que jamás había estado tan seguro: deseaba compartir su vida con esa pequeña mujer que lo hacía el hombre más feliz del mundo.

Ella se encaramó a él y le rodeó la cintura con las piernas, mientras él la sostenía en volandas.

—He traído la tarta, y por la cara de la señora Daisy, intuyo que debía ser otra pieza más en todo este espectáculo.

—Aja. Si los carteles fallaban, era mi última arma secreta.

—¿La tarta? —preguntó intrigada, Marie.

En ese momento, la puerta del bar se abrió y aparecieron Paul y los chicos coreando sus nombres, entre pitidos y silbidos. Ríos hizo enmudecer a todos con un gesto de la mano y les preguntó:

—¿Tenemos boda?

Los dos se miraron sonrientes y Matt respondió:

—Sí, ella ha dicho que sí.

Con un grito de alegría, los jugadores corrieron y los subieron a los dos en volandas para meterlos dentro del bar. Sonaba *Marry you*, de Bruno Mars, y una ronda de cervezas los esperaba sobre el mostrador.

—¡Hoy invita la casa! —gritó Paul a todos los que se habían acercado al bar a ver a los Owls.

Alguien abrió la caja de la tarta y la colocó en mitad del mostrador. Destacaba tanto como un *cupcake* de fresa entre una fila de perritos calientes. Al verla, Marie emitió un grito de sorpresa y se volvió a Matt con una enorme sonrisa en la boca.

—¿Cómo has podido...?

—No tuve elección: estaba seguro de que jamás te podrías resistir al poder de convicción de una tarta de donuts.

Ella se rio, encantada. Y él saboreó el dulce sabor del donut en sus labios de fresa.

Serie «Estrellas del basket»

Cómo tocar a una estrella (#1)

Bruce Ross, capitán del equipo de baloncesto Ottawa Owls, se teme lo peor; apenas puede mover el hombro sin sentir un dolor intenso. Es la peor de las noticias justo en la mitad de una temporada en la que se juega su futuro profesional. Su vida personal también es un desastre; las continuas apariciones de su exnovia en las televisiones, inventando todo tipo de historias escabrosas sobre su relación, están afectando a su imagen. No, la verdad es que no está en su mejor momento. Por suerte, Samantha Riley, una de las mejores fisioterapeutas de Ottawa, tiene una paciencia infinita para aguantar al malhumorado, engreído y carismático capitán. Cuando Sam le pide ayuda para entrenar a un grupo de niños de la organización benéfica con la que ella colabora, él se niega en redondo; la paciencia no es su mayor virtud y aun así... ¿podrá convencerlo Samantha de que la vida es algo más que jugar al baloncesto?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited)



Cómo disparar a tu corazón (#2)

Si hay algo que realmente le asquea a Scott Truman, el todopoderoso dueño de los Ottawa Owls, es el juego sucio. Por eso, cuando Philippa Bouchard, inspectora de la Policía Montada, le ofrece colaborar en su investigación para dismantelar la red de apuestas ilegales y amaño de partidos de la mafia rusa que opera en algunos clubs de la liga nacional de baloncesto, no duda en aceptar con una condición. Una condición que tiene que ver con la atractiva e inteligente inspectora. Pippa no está dispuesta a que la intensa atracción física que ha surgido entre ellos ponga en peligro la seguridad del empresario. La mafia rusa lo tiene en su punto de mira pero, ¿a quién tiene Scott en el punto de mira de su corazón?

[Cómprala en Amazon](#)

(Gratis en Kindle Unlimited)



Serie «Amigas en Nueva York»

Las tres novelas son autoconclusivas y se pueden leer de manera independiente.

Solo tú me importas (Amigas en Nueva York #1)

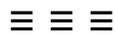
Hoy en día, cualquiera puede convertirse en una estrella de la televisión de la noche a la mañana. Al menos, eso es lo que piensa Jack Woodson, un joven productor de Nueva York, cuando se apuesta con sus dos mejores amigos a que es capaz de transformar a Stella Martin, la pequeña camarera a la que su jefe acaba de despedir delante de sus narices, en una de ellas.

Para conseguirlo, contratará a Stella como asistente de producción y ocultará su plan a los ojos de espías, competidores y novias celosas que acechan por los pasillos de la cadena de televisión y amenazan con hundir su proyecto.

Jack no tardará en darse cuenta de que su pequeña camarera brilla con luz propia ante las cámaras, pero... ¿qué ocurre cuando tu propia estrella no desea convertirse en una estrella?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).



Solo tú me provocas (Amigas en Nueva York #2)

¿Qué haces si la mañana siguiente a la boda de tu mejor amiga te despiertas con un resacón increíble al lado de un tipo que no soportas?

- 1) Le echas la culpa de todo. (Aunque no recuerdes qué fue «todo»).
- 2) Acuerras con él que aquí no ha pasado nada.
- 3) Sales huyendo de puntillas.
- 4) Todo a la vez.

Una noche loca y, de pronto, la vida de Kim Donson se pone patas arriba por culpa de Fred Patterson, el hábil e inteligente abogado cuya mirada de desprecio era capaz de provocarle un intenso sarpullido. Por eso, Kim no está dispuesta a dejar que él tome las riendas de su vida. Por eso, huye y se esconde donde piensa que jamás la encontrará.

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).



Solo tú me besas (Amigas en Nueva York #3)

A Hannah no le gustan los gatos. Ni su casero. Ni los ruidos de las obras del piso de arriba. Tampoco le gusta ese tipo, Steve, el encargado de la obra que no hace más que interrumpirla a todas horas, aunque no tiene más remedio que reconocer que es guapísimo.

Steve es un hombre sencillo con una vida normal. Entonces, ¿por qué le gusta tanto esa extraña pelirroja, enganchada a los videojuegos, a la comida basura, adicta a hackear páginas web y a meterse en los ordenadores y las vidas ajenas?

[Cómprala en Amazon.](#)

(Gratis en Kindle Unlimited).

Sobre Lola Cooper

Lola Cooper es del sur de España, pero vive en los alrededores de Ottawa (Canadá) donde se trasladó a vivir cuando encontró al hombre de su vida.

Le encanta dar grandes paseos junto al lago con su perro Titán y reírse con los personajes de sus novelas. Escribe al atardecer sobre una antigua mesa de madera mientras su gatita Fressia dormita sobre sus piernas.

Es adicta al café, al té, a las gafas de sol y a los post-it pegados por cualquier sitio para no olvidar las ideas que se le ocurren en cualquier momento.

Puedes encontrarla en **Facebook**: [Lola Cooper](#)

O contactarla por email: lolacooperescribe@gmail.com